

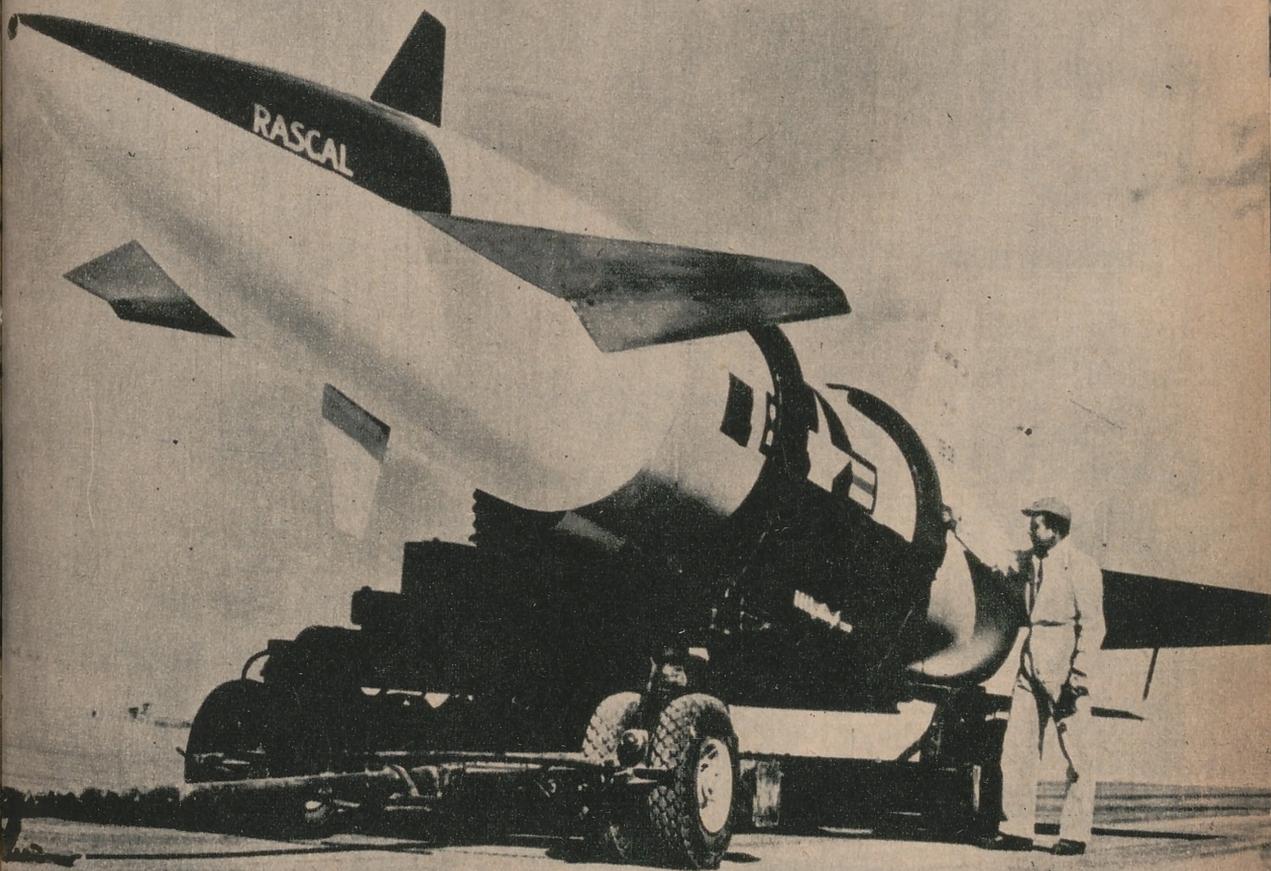
EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 17 - 23 noviembre 1957 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - Il Epoca - Número 468

CIENCIA Y SEGURIDAD



**PARA DEFENDER LA PAZ,
EL MAXIMO PODER
INDUSTRIAL Y TECNICO**

**UN ARSENAL DE ARMAS ATOMICAS
AL SERVICIO DE LA N. A. T. O.**

El tercer Congreso Iberoamericano de Educación (pág. 9) * EL ESPAÑOL visto por los españoles (pág. 13) * Una batalla sin pólvora en alta mar (página 17) * Miguel Esteban es un lugar de La Mancha (pág. 21) * El Mayor-General Iskander Mirza, primer Presidente del Pakistán (página 25) * El paisaje y los hombres de una provincia en el libro de Rafael Coloma (pág. 29) * Honra sin barcos (pág. 32) * Formas nuevas para el arte de vender (pág. 49) * La fiebre de Malta ya no es enfermedad (página 54)

EN EL AÑO 2257
Novela por Antonio Manuel Campoy



**LA QUIEREN TODOS
Y TODOS LA TOMAN CON PLACER Y ALEGRÍA...**
porque saben que a todos conviene...

Para las jaquecas intempestivas de mamá;
para estimular las actividades físicas y mentales
de papá; para "abrir" el apetito al niño...
Es la saludable bebida de los "¡buenos días!",
la preferida en la casa, la que toda la
familia ha elegido para su bienestar.



"SAL DE FRUTA" ENO
MARCAS REGIST.

REFRESCANTE - TONICA - REGULADORA

ENO se vende en
dos tamaños.
El grande resulta
más económico.



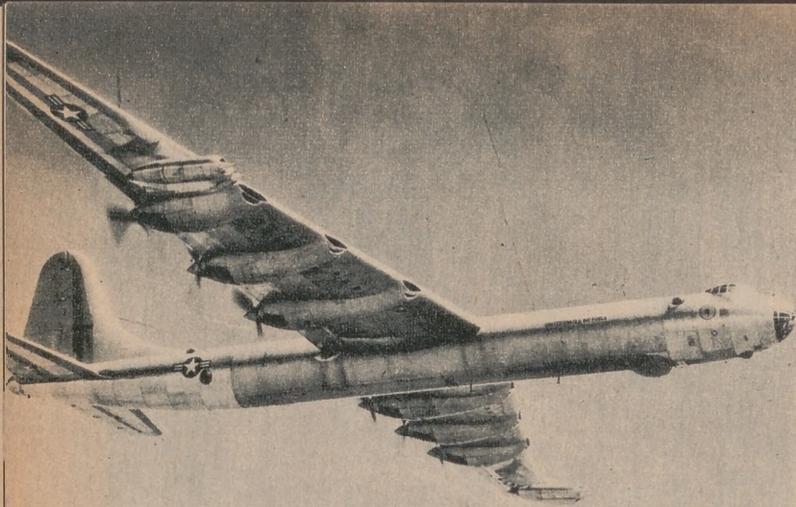
Estos conos de plástico albergan en su interior un equipo magnético para detectar submarinos sumergidos, y con ellos se están equipando los aviones norteamericanos

CIENCIA Y SEGURIDAD

PARA DEFENDER LA PAZ, EL MAXIMO
PODER INDUSTRIAL Y TECNICO

UN ARSENAL DE ARMAS
ATOMICAS AL SERVICIO
DE LA N. A. T. O.

EL discurso del Presidente americano del pasado día 8 tiene un antecedente remoto y otro inmediato a los que referirnos para ambientar debidamente sus palabras. Resulta, efectivamente, indispensable la alusión. Henos aquí ante un proceso lejano, que traduciremos a la más breve síntesis. ¡Siete de noviembre de 1917! Han pasado cuarenta años desde que el actual régimen soviético se instaurara. Aquel día de aquel año caía el Gobierno provisional ruso. La revolución desplazaba al Alcalá Zamora de turno allá. Lo curioso fué que el régimen zarista —no disculpamos ni silenciamos sus faltas— caía impelido por los aliados de Rusia, en guerra con Alemania a la sazón. Por la simplicidad de la política americana, empeñada en «democratizar» al pueblo ruso pero sobre todo por la cerrazón de las políticas británica y fran-



El «Convair» B-36 D, la versión a reacción del bombardero intercontinental de las Fuerzas Aéreas norteamericanas. Puede alcanzar 435 millas por hora

cesa. El embajador galo en San Petersburgo, a la sazón, Paleologue, ya nos explicó, en su momento, documentadamente y con harta razón, la mostruosidad de semejantes apoyos. Rusia cambió así, merced a la revolución interior de una minoría osada y ferroz, y con el apoyo exterior de ciertas democracias y regímenes liberales, su estructura tradicional, multiseccular, no discutimos que autocrática incluso, por esta otra soviética cuyos hitos cumbres a través de los tiempos vamos a citar. ¿Pero es que la Rusia eslava y arárguica —el país nato del «nihilismo»— resulta apta para sistemas liberales de corte occidental? ¿Acaso Rusia no es mucho más que una avanzada de Europa en Asia, la vanguardia asiática en la propia Europa? En fin, atengamos a la mera realidad de las cosas. En 1919 Rusia crea la «Komintern». ¡Apenas creado el Gobierno comunista, la revolución roja, pues, aspira a hacerse universal! Los planes «N. E. P.» —el quinquendalismo—,

Los proyectiles teledirigidos «Hawaks», especiales para protección de ataques aéreos en vuelo bajo

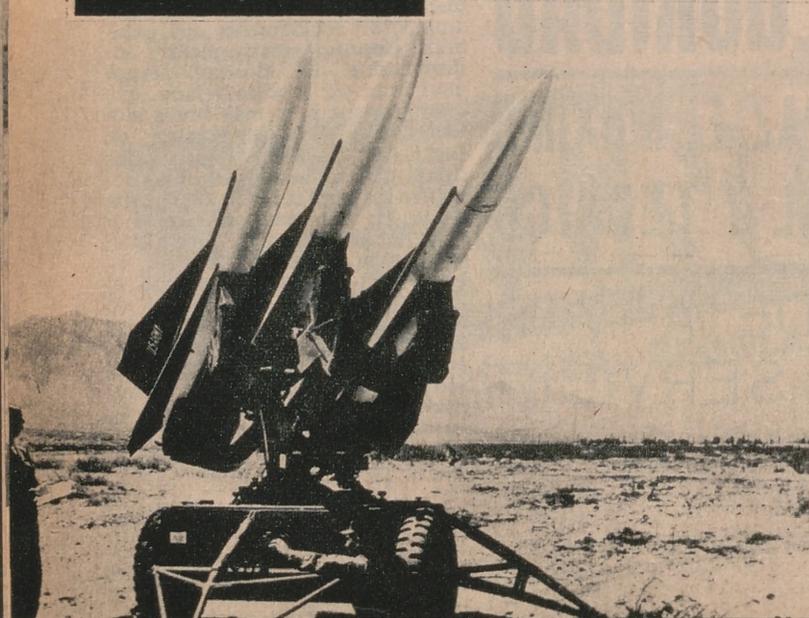
que daran vigor económico al sistema, surgen en 1921. En 1926, es la victoria contra la oposición trotskysta. Luego, las grandes depuraciones. Y el pacto germanosoviético. Al fin, la guerra mundial, en 1940. Yalta. ¡La victoria de Rusia sobre todos! Después, la ruptura con Tito, que sigue a la anexión de inmensos territorios en Asia y en Europa. El comunismo se extiende como una colosal mancha de aceite sobre el mapamundi. Y entramos en los hechos inmediatos. Muere Stalin. Fulminación de Beria. Deportación y derrota de los «antipartidos». Caída, en fin, vertical de Zukov. Con ocasión de la celebración del XL aniversario de la revolución, en cierta ciudad americana, representaciones de los rusos expatriados, de los pueblos subyugados, de las víctimas, en fin, del sistema, han podido llevar una pancarta con ese letrero exacto: «Cuarenta años. Cuarenta millones de muertos». En realidad, los muertos violentamente, durante el régimen han sido muchos más. Pero sigamos, para acabar este antecedente remoto y entrar decididamente con el pasado agosto, 27, del año que corre; los rusos afirman haber lanzado, con éxito, un cohete intercontinental. Ningún lugar del mundo quedará fuera de sus posibles impactos. Cuatro de octubre;

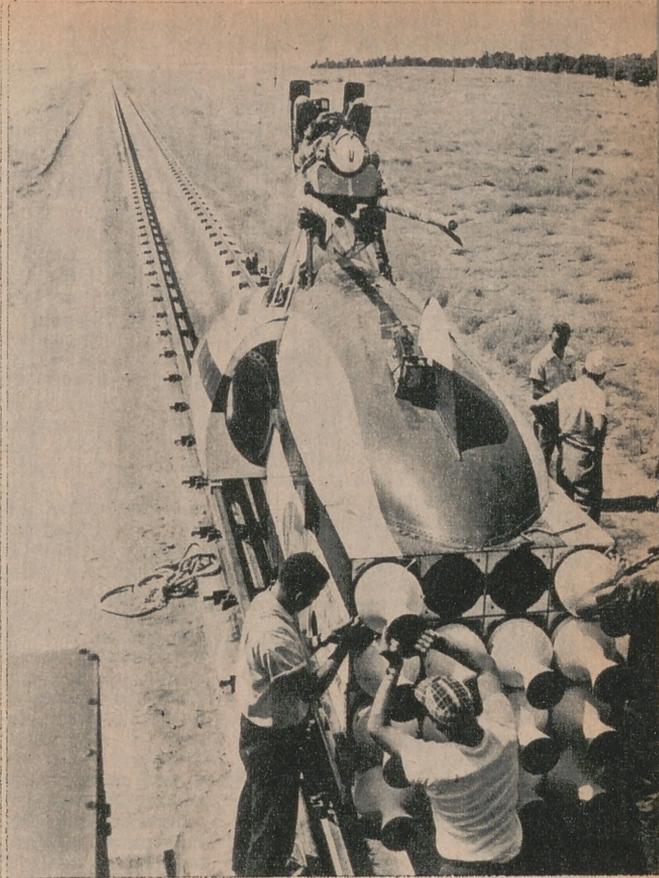
se lanza el primer «Sputnik». Tres de noviembre; surge en el espacio el segundo «Sputnik». El primero, de 86 kilogramos de peso, gira en torno de nuestro planeta a la distancia de 900 kilómetros. El segundo satélite pesa algo más de 500 kilogramos y gira a 1.500 de la Tierra. La velocidad de ambos parece ser la misma: alrededor de 38.000 kilómetros por hora. El primero recorre su órbita, en consecuencia, apenas en noventa minutos. El segundo, en menos de dos horas. ¡Sensación! La propaganda rusa trabaja bien. Se alaban los progresos de la ciencia soviética. Los poetas de la U. R. S. S. cantan el milagro de la técnica comunista. «¡Es el símbolo de la paz!», dicen unos. Pero otros se imaginan, en cambio, graves males. Peores, sobre todo, porque no se sabe de antemano qué males se derivarán del «Sputnik» en cuestión. Hasta la perrita que transporta el segundo es tema de comentario. Unos gloosan el hecho con sensibilidad de histeria, sin recuerdo para las víctimas humanas del comunismo, tantas como bien conocidas. Por ejemplo, para esos desgraciados italianos que comunican al mundo, por medio de un ave ártica, las circunstancias de horror en que se encuentran trabajando, sin descanso, para la mayor potencia de la Unión Soviética. Otros, en fin, son los pobres húngaros, cuya revuelta contra el opresor aplastaron los «tarques» sin otra oposición del mundo que la retórica.

Las gentes se sienten nerviosas. ¿Qué diablos ocultará el «Sputnik»? ¿Es verdad que se ha lanzado por Rusia ya el proyectil que va a la Lura? ¿Nos irán a bombardear los soviéticos desde nuestro satélite real? ¡Ah qué poderosas armas debe almacenar el Ejército rojo cuando logran sus cohetes tal portento! Tal ha sido la tónica, hasta aquí, no ciertamente sólo de la Prensa soviética, sino incluso la de ciertos países del mundo libre, servil, nerviosa, torpe muchas veces. Durante muchos días el criptocomunismo, la infiltración roja y el «aparato» de la propaganda rusa han trabajado con desenvoltura y bien. No hay que dudarlo. El ámbito del neutralismo, de la vacilación, del «timoratismo», se ha extendido mucho más de lo conveniente y de lo debido. He aquí el cuadro de la situación en el instante mismo en que Eisenhower ha cogido el micrófono. He aquí el ambiente que era preciso recordar para situar exactamente el discurso del Presidente americano. La depresión en el mundo los Estados Unidos, incluidos, era general cuando Eisenhower se ha decidido hablar. ¿Era fundado semejante desconcierto y baja moral? Sin duda, no. Pero indudablemente era menester llamar las cosas por su nombre. Y aquí ha surgido, oportuno, correcto, documentado, como es natural, y singularmente objetivo, el discurso radiado del Presidente yanqui

ARMAS DEL ESPACIO

Eisenhower comenzó sinceramente su exposición aclarando que, en el momento actual de lo que llamaríamos carrera de ar-





El submarino atómico «Nautilus», y el proyectil teledirigido «Convair» F-102 A, dos poderosos elementos de defensa con los que actualmente cuentan las Fuerzas Armadas norteamericanas

mamentos supercientíficos, hay, naturalmente, hechos satisfactorios y otros que no lo son. Cosas agradables y no agradables, en fin, para contar. Y así, dentro de ese realismo tan propio de los hombres de responsabilidad —¿y hay en el mundo, lo hubo acaso alguna vez, ser humano con una responsabilidad sobre sus hombres superior a la que tiene en la actualidad el Presidente norteamericano?—, Eisenhower ha explicado a los suyos cuál es la situación de los armamentos propios. En el mar, la poderosa Marina yanqui está armando con proyectiles cohetes a sus barcos nuevos a partir de 1955, en lugar o además de cañones. Submarinos atómicos, como el «Nautilus», hoy capaces de navegar miles de millas, no sólo ya bajo la superficie del mar, sino incluso bajo la capa compacta de los hielos flotantes del Artico, extremo éste del mayor interés, dado el papel que la estrategia de la tercera guerra mundial reserva al mar polar. Los submarinos, en fin, sigue el Presidente americano, arman también cohetes modernamente. De este modo los sumergibles, que pueden emerger en cuestión de escasísimos minutos, están en condiciones de lanzar proyectiles tierra adentro, en una profundidad y alcance enormes. ¡Ah!, no olvidemos —la aclaración sirve para siempre— que estas armas nuevas, de extraordinario alcance, van provistas de bombas nucleares de colosal poder destructor.

En el Ejército de tierra los americanos están realizando ya la transformación de la artillería en armas-cohetes. De momento, los grupos divisionarios de cañones y obuses están en trance de ser re-

emplazados por los proyectiles «Little John», «Honest John» y «Corporal», fundamentalmente. ¡¡Cuatro batallones de esta última clase de armas tienen una potencia de fuego equivalente a la de toda la artillería utilizada a lo largo de la última guerra mundial!! Incluso la artillería antiaérea deja o ha dejado paso a los cohetes «tierra-aire». Los «Nike», por ejemplo, o los «Terrier», hace ya largo tiempo que protegen el suelo americano. Un «Bormac», anota el Presidente, experimentado recientemente en Florida, buscó por sí sólo un avión sin piloto a 100 kilómetros de distancia y le derribó inmediatamente.

En el aire, los yanquis, sigue Eisenhower, han realizado últimamente enormes progresos también. El viejo, pero excelente «B-36», última palabra de la serie precedente de las «fortalezas volantes», ha quedado superado. Actualmente, aparatos de dicho tipo quedan pocos en servicio. En cambio, ha entrado en actividad el «B-53», un bombardero a reacción, que, apoyado por cazas, parece ser el tipo medio de la gran aviación americana en el momento. Un «B-53» es capaz de transportar bajo sus alas una carga destructora equivalente, ella sola —aclara el Presidente—, a la que habrían podido llevar todos los bombarderos que intervinieron en la última gran guerra. Y, sin embargo —he aquí el ritmo sorprendente de esta evolución de la aeronáutica yanqui— estos nuevos «B-53» están en trance de dejar paso a unos aparatos más veloces todavía, más manejables, con mayor radio de acción y más poder ofensivo; se trata del bombardero supersónico «B-58».

En orden a lo que se ha dado

en llamar «armas del espacio» —un general español bautizó a estas armas con el nombre de «cohetería»—, la situación actual de los progresos yanquis es la siguiente, según acotamos en el discurso que glosamos. Quedan aparte los cohetes de alcance menor o proyectiles tácticos de campo de batalla. El Pentágono tiene resuelta esta cuestión ya hace tiempo. Se tra a ahora de los proyectiles de alcance medio y largo. Los primeros, aclaremos, deben tener un alcance que va desde 1.500 a 5.000 kilómetros. La primera cifra representa, para darnos cuenta, la distancia de Madrid a Manchester, Munich o Nápoles. La segunda, la que hay desde el propio Madrid a los montes Urales o el golfo Pérsico. Los yanquis, dice su Presidente, disponen ya, en producción normal —lo que no es lo mismo que en trance experimental o de pruebas—, de cohetes de 1.600 kilómetros de alcance. Esta distancia basta para batir desde Madrid Amsterdam, Cassel, Trieste, Mesina o Trípoli.

TREINTA Y OCHO TIPOS DE PROYECTILES

Pero hay ingenios probados con mucho mayor alcance. Entre los 38 tipos de esta clase de proyectiles de que disponen los Estados Unidos, hay alguno que ha volado o recorrido ya 5.000 kilómetros con pleno éxito. Pero no es ello todo, con ser ya sorprendente la revelación. Lo más sensacional de lo dicho, a este respecto, por Eisenhower es el resultado obtenido últimamente por el «Snark». Se trata, en este caso, de un proyectil dirigido intercontinental, lo que allá se denomina por sus iniciales «I. C. B. M.». En este ca-

so del «Convair Atlas», del que conocíamos ya ensayos precedentes. Se recordará que precisamente un aparato de este tipo —que es a la postre un avión sin piloto, dirigido todo a lo largo de su trayectoria— cayó, hace ya algún tiempo, en la selva ecuatorial brasileña, habiendo sido lanzado en el polígono de pruebas del Cabo Cañaveral, en la costa oriental de la península de Florida. Aquella vez, el cohete en cuestión parece ser «se descarrió». Pero los técnicos han debido de terminar poniéndole en razón y, según Eisenhower, un aparato de esta clase ha efectuado un recorrido de 8.000 kilómetros, perfectamente dirigido, hasta llegar a su blanco. La novedad es sorprendente. El buscado y ansiado proyectil intercontinental, lo que dió en llamarse —convengamos, es verdad, con demasiada precipitación— el arma absoluta, está ya en trance de ser fabricado por los Estados Unidos. He aquí una novedad de singular alcance sobre la que no vamos a insistir. La importancia de esta manifestación y el logro de semejante realidad, son evidentes.

Queda, por fin, una nueva re-



Arriba, James R. Killian, que ha sido nombrado recientemente director de la Oficina para la Ciencia y la Tecnología, creada para la investigación de los nuevos armamentos. Abajo, el Presidente Eisenhower, durante su último discurso: «Seguridad y ciencia»

ferencia a los éxitos americanos en materia de «misiles». Se trata de cohetes no militares, sino simplemente exploradores de la atmósfera. A decir verdad, mucho más que de la atmósfera —que ya se ha quedado pequeña, cuando apenas si era conocida hace un año—, de las capas altas del éter que rodean a la Tierra. Los proyectiles exploradores yanquis —lanzados para hacer observaciones, tomar datos y lograr «la información» de tan remotas e ignoradas regiones del firmamento— han logrado magníficos records hasta 3.200 kilómetros de altura e incluso 6.400 kilómetros, esto es, 1.641 veces la altura del coloso de la orografía mundial, el monte Everest. Como es bien sabido —y damos el dato como revelador de lo logrado por la ciencia americana—, la gran dificultad en el lanzamiento y recogida de proyectiles radica, en buena parte, en que debido a su enorme velocidad se desintegran al simple rozamiento con las capas de aire de la atmósfera baja. Esta es la razón por la que se duda mucho de que pueda volver a la Tierra el primer «Sputnik» soviético y de que incluso vuelva tampoco el segundo. La perrita en cuestión no volverá jamás a este mundo. Pero los yanquis, aclara Eisenhower, han logrado determinado material que ha servido para fabricar proyectiles que han salido de la Tierra y vuelto a ella, después de haber ascendido cientos de kilómetros en el cielo. ¿...?

«¿Los satélites? —pregunta Eisenhower—. Sin duda son un gran triunfo de la ciencia rusa.» No olvidemos, sin embargo, añadimos nosotros, que los americanos tenían estudiado y proyectado minuciosamente su «Vanguard», el satélite cuyos planos y características divulgaron las revistas, no ya sólo científicas, sino incluso de formación y populares. Lo que pasa es que los americanos trabajaban a un ritmo, en este menester, a la postre pacífico y meramente científico, seguros de que podrían, con todo, lanzar su satélite dentro del período actual del Año Geofísico Internacional. No se trataba, ciertamente, de armas de guerra y el ritmo era prudente. Pero los rusos se adelantaron. ¿Por qué? Para lograr, sencillamente, un éxito moral o, a decir más exactamente, de propaganda. El satélite primero causó, en efecto —lo hemos subrayado—, sorpresa general. El segundo estaba reservado para ser lanzado el 7 de noviembre. Los rusos, que han hecho de su régimen un fruto exclusivo del terror y de la propaganda, guardaban afeanos para ese mismo día el lanzamiento del satélite segundo, con su perrita, desde luego. Pero el asunto grave de Zukov obligó a cambiar el plan. El mariscal rojo resultaba incompatible con Krustchev. Este le había, es verdad, llamado en su apoyo cuando la batalla del secretario con el trío de los «antipartido», estuvo a punto de malograrse para el actual dictador.

Los satélites, dice bien Eisenhower, carecen de interés militar. No son armas de guerra, aunque puedan servir como medios de in-

formación del espacio. A la postre, es esto justamente lo que ha visto, también, la crítica militar. Aunque en ella haya producido sorpresa la clase de combustible empleado por los rusos en el lanzamiento de los «Sputniks». Para el primero, de haber empleado los combustibles normales, habría sido menester de 80 a 90 toneladas de carga de proyección. Para el segundo, de 500 a 510 toneladas, esto es, la carga entera de un tren de mercancías de cincuenta unidades. Demasiado, sin duda. ¿Qué combustible han utilizado los rusos? ¿Energía nuclear? ¿Boro? He aquí lo posible. Pero la incógnita no interesa aquí a nuestros efectos.

LA SUPREMACIA MILITAR DEL OCCIDENTE

Eisenhower, realista, mesurado, ha dado a entender que es posible incluso que los americanos no estén, en algún punto concreto, tan adelantados en estos menesteres de los nuevos ingenios como lo estén sus rivales. Pero, sin duda alguna, su ventaja en armas nucleares es notoria. Se ha disminuido la lluvia radiactiva de este tipo de bombas, lo que es del mayor interés táctico y humanitario, ya que reduce las bajas inútiles. Los Estados Unidos tienen, de estas armas nucleares, un «stock» imponente. Se disponen, incluso, a transportarle parcialmente a la Europa Occidental, para que, en caso de una agresión soviética, tales armas, sitas así al pie de obra, puedan ser empleadas inmediatamente. Este colosal arsenal atómico americano está en condiciones de ser empleado: parte, en el campo de batalla, mediante la utilización de las armas tácticas ya logradas; parte, puede ser transportado en la colosal fuerza aérea de los novísimos aparatos de bombardeo americanos; parte, incluso, puede ser lanzado sobre cualquier blanco que se elija en el orbe sin más que emplear los poderosos cohetes ya citados.

Eisenhower ha hecho una aclaración que si innecesaria para los técnicos conviene que se haya formulado a los civiles. Los Estados Unidos sólo con sus proyectiles de alcance medio—1.500 a 5.000 kilómetros—, en parte ya conseguidos, en parte muy próximos a obtenerse, tienen suficientes armas para arrasar a Rusia. No se olvide, en efecto, que este país, pese a su enorme extensión de más de veintidós millones de kilómetros cuadrados —cuarenta y cuatro veces la extensión española—, está rodeado materialmente por bases occidentales, en gran parte americanas. Desde Escandinavia, en efecto, hasta los Balcanes, en Europa; el Próximo Oriente y el Pakistán, en Asia; el litoral del Pacífico y, en fin, el Artico, resulta envuelto el gigantesco bloque ruso. Desde esta periferia, el mero empleo de armas del alcance medio citado pueden arrasar, en efecto, a la U. R. S. S. mediante el lanzamiento de armas nucleares en brevísimo tiempo. He aquí lo indudable. Lo que sabían los técnicos, como decíamos, y saben ya todos los civiles que hayan escuchado al Presidente yanqui.

se haga cargo, con toda la responsabilidad, del desarrollo del programa de proyectiles dirigidos. El programa correspondiente a la ejecución de este plan tendrá, pues, un solo director. Y, naturalmente, puede tener quien lee, como cosa segura, que el Parlamento yanqui jamás en el futuro entrará con las tijeras de poder impertinentemente en los presupuestos de defensa, sobre todo en lo que se refiera a los proyectiles dirigidos y «misiles».

Los americanos, por otra parte, dejarían de serlo si no anunciaran ya un nuevo gran esfuerzo para superar todas las dificultades. La Hacienda, nadio puede dudarlo, será puesta inmediatamente en juego. El presupuesto militar se incrementará y ya hay senador que insinúa que al menos 1.500 ó 2.000 millones de dólares más serán reservados para aumentar las asignaciones para la producción de «misiles» y aviones dirigidos sin pilotos. Y dada la enorme capacidad de la Hacienda yanqui, de sus técnicos, de sus instalaciones, de sus industrias, ¿hasta dónde podrán llegar mañana—un mañana inmediato—los Estados Unidos en este orden de cosas? Los «spatniks» han tenido una repercusión curiosa. La que torpemente ha provocado, naturalmente sin proponérselo, Moscú. La de servir de acicate, de espolazo, a la producción de las armas del espacio. El Kremlin habría hecho mejor en laborar para su defensa, en silencio, en estricta reserva, como justamente lo ha venido, por cierto, haciendo hasta la fecha. Necesidades de otro tipo lo han impedido, es verdad. Pero he aquí el resultado de sus propagandas. Han terminado por alentar la actividad militar de su enemigo. He aquí, en efecto el «boomerang» al que antes aludíamos.

UN ARSENAL DE ARMAS ATÓMICAS PARA LA N. A. T. O.

Los Estados Unidos, con su enorme poder científico, industrial y técnico, con su inagotable riqueza, no están, por añadidura, solos. El mundo occidental, el mundo libre, está enteramente con ellos. ¡Y cuántos recursos no tiene también toda esa gama de países militar y políticamente a su lado! Inglaterra, Alemania, Francia, Italia... ¿es que no significan tampoco nada? Eisenhower ha aludido, justa y concretamente, al potencial bélico americano, para asegurar rotundamente que es superior al ruso. Y así es. Pero es que en el campo de la política mundial los Estados Unidos, al revés que Rusia, tienen sólo sumandos, Rusia, en efecto, está en situación diferente. Los «satélites terrenos», los países sometidos tras del «elón de acero» lejos de ser aliados suyos, son esclavos que ansían hallar la ocasión de rebelarse contra el dictador rojo. No se trata de nin-

guna afirmación gratuita. Las experiencias de las revoluciones de Praga, de Berlín oriental, de Budapest, en fin, son manifestaciones claras de cuanto decimos. ¡Sería curioso escuchar a Zukov, a Molotov, a Kaganovich, a Malenkov, lo que dicen y piensan de la unidad interna de la Unión Soviética! Y escuchar a los pueblos más esclavizados, dentro de la misma órbita de la U. R. S. S. Sólo la mitad, poco más, de la población de Rusia es realmente rusa. Y aún esa población, algo más de cien millones de seres, ¿hasta qué punto acepta y tolera de corazón el régimen de terror que padece? Las constantes evasiones del paraíso soviético son mucho más elocuentes que las mentiras que para la propaganda exterior inventa cínicamente Krustchev; el mismo que enalteciera ayer a Stalin para execrarle hoy mismo, sin tardar más.

El bloque occidental va a tomar nuevamente contacto a través de su gran organización militar de la N. A. T. O. Sin duda alguna, la eficiencia de esta alianza es bastante menor de lo que debiera. No se olvide que integra quince potencias, algunas muy importantes, en su seno. La convocatoria de la reunión está anunciada ya. Se celebrará el mes próximo, en París. Es muy probable que repercuta allí, como un eco postrero, toda esta propaganda arrogante de Rusia, que intentó vanamente amedrentar a los demás. Norstad va a tener en seguida bajo su directa custodia un arsenal de armas atómicas. Un aliento que sin duda, va a inspirar la reunión parisiense. Será menester, desde luego, hacer un esfuerzo mayor y tomar las cosas justamente con mucho más rigor. Las intenciones soviéticas están claras. Quiere atemorizar al mundo para dominarle. Brinda la paz a los que se quieran supeditar. No hay más que un medio de contener a Rusia: armarse más y mejor que ella. Si hay paz—paz relativa, al menos—en el mundo ha sido ello hasta aquí por la supremacía atómica occidental. Si la hay, hoy mismo también, es porque sin dejar, ni mucho menos, de cesar semejante superioridad hay superioridad general de armamentos, conforme Eisenhower ha proclamado. Porque nadie lo dude, si la U. R. S. S. tuviera esa hegemonía bélica de la que alardea Krushev, no perdería el tiempo en discursos. Se lanzaría sin más a aplastar al mundo libre antes que fuera demasiado tarde. Si Rusia permanece arma al brazo, es porque sabe que desencadenando la hecatombe no sacaría provecho. Antes bien, no ignora que una agresión suya, por feroz que fuera —y lo sería mucho, sin duda— estaría condenada fatalmente al fracaso probablemente en seguida.

Occidente tiene actualmente sobre las armas un Ejército in-

menso. Los Estados Unidos, solamente 2.800.000 hombres, el Benelux, 100.000; Inglaterra, casi un millón; Francia, 1.300.000; Grecia, 120.000; Turquía, 400.000; Italia, 300.000, etc. Sólo la aviación americana suma más de 40.000 aparatos. Los rusos, enfrente, disponen en la actualidad de 3.900.000 hombres en filas. No vale la pena de contar los contingentes de los países satélites. Esos no lucharán. Y si luchan, en la hipótesis de una guerra, lucharán por la liberación de la patria. Cierto que la Marina soviética es importante. Sobre todo peligrosa por el número de submarinos con que cuenta; alrededor de 500. Pero las matas aliadas suman un enorme número de unidades. Sólo los Estados Unidos disponen de millares de barcos, grandes, chicos y medianos. Rusia, en la estrategia naval, opera además con desventaja; carece de portaaviones, que son indispensable complemento de la flota. Por añadidura, sus mares son todos litorales, aislados entre sí, rodeados en casos de otras potencias no siempre amigas. La servidumbre que la geografía militar impone así al bloque soviético es enorme.

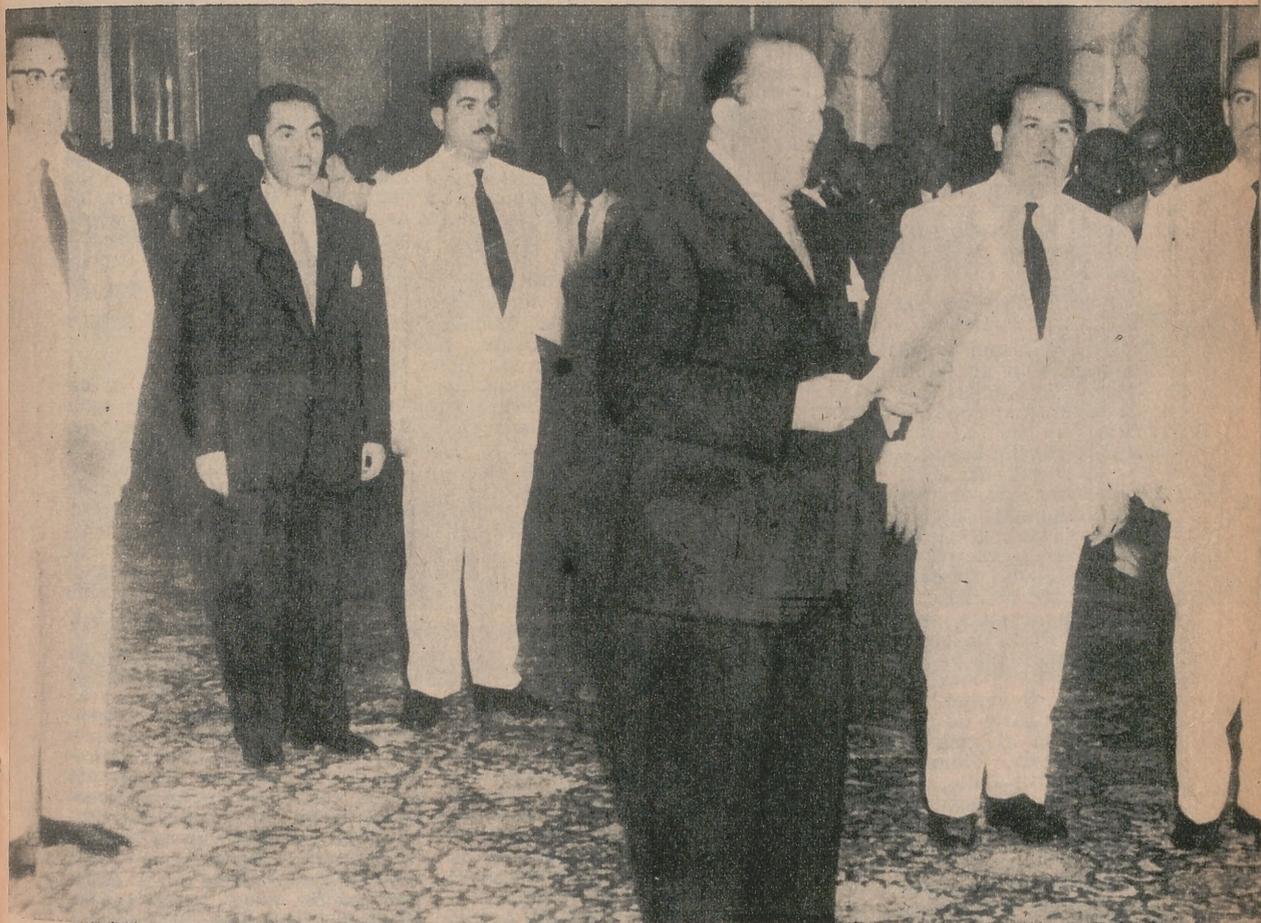
Sin duda alguna, Rusia es una potencia poderosísima. Su material es ingente y en su mayor parte moderno. Pero la balanza claramente se inclina del lado de sus rivales, el mundo libre, cuyos Ejércitos están más poderosamente equipados, con armas muy modernas, con ventaja en la lucha atómica y con la reserva, en fin, de casi todo el orbe. La guerra de mañana no será del tipo clásico, en la que la victoria la decidirán solamente los batallones, los aviones y los barcos. La guerra de mañana la decidirán sobre todo, los recursos industriales, técnicos, financieros y científicos. Alguien lo ha dicho: «La guerra del pasado, la ganaban solamente los generales; la de ayer—la última mundial—la ganaron los industriales; las de mañana la ganarán los sabios y los técnicos». He aquí una afirmación que, honradamente interpretada se acerca mucho a la verdad se nos hace.

Y «la guerra de mañana será trágica algo así como un suicidio colectivo de la Humanidad entera, no hay ciertamente más que un modo de evitarla. ¡Siendo más fuertes que Rusia! ¡Armandose en forma tal que el Kremlin eluda la contienda! Mientras que esta superioridad exista, el mundo estará en paz. El día que falte, fatalmente la hecatombe surgirá. El mundo occidental lo sabe. Y por eso ahora, tras los progresos rusos, que han motivado sus nuevas y últimas insolencias, el mundo entero tendrá que redoblar su esfuerzo para armarse. ¡Que es sensible; que consume esta colosal paz armada demasiados recursos, demasiados esfuerzos, demasiadas energías? ¡Exacto! Pero peor, mucho peor, sería dejar correr las cosas, abstraídos mirando los «spatniks» a la hora exacta que pasan por la localidad, hasta que un día nos sacara de este ensimismamiento, rayano en la simpleza, el estruendo infernal del ataque soviético.

HISPANUS

TODOS LOS SABADOS EL ESPAÑOL

COMO EL PAN, LA CULTURA



El Ministro de Educación Nacional, don Jesús Rubio, durante el discurso en el acto de imposición de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio al generalísimo Trujillo

PRESENCIA ESPAÑOLA EN EL III CONGRESO IBEROAMERICANO DE EDUCACION

UN PLAN DE CONJUNTO PARA LA LUCHA CONTRA EL ANALFABETISMO

Por La Española, la actual Santo Domingo, entró la cultura de Occidente en América, y ahí fué donde, confundido con los ruidos de la selva y con los trinos de los pájaros tropicales, se oyó por primera vez en el Nuevo Mundo el canto monorritmico del abecedario latino. La mayor revolución cultural y lingüística que ha habido en la tierra estaba iniciada. El quipu incaico, el ideograma azteca y el cuasifonema maya quedan ampliamente superados por el abecedario aprendido en canturreo a la umbría y al olor tropical de una vegetación exuberante. Ahí fué, en la isla La Española, donde la tosca sandalia misionera dejó su primera huella perdurable.

Fué en La Española donde se establecieron los pilares básicos de la civilización occidental en las Indias. Tuvo la primera ciudad cristiana del Nuevo Mundo, el primer Ayuntamiento, la primera Real Audiencia, la primera catedral y la primera Universidad de las Américas, de la que tenían que salir los primeros indios latinistas, que de alumnos llegarían a ser catedráticos de españoles.

Y ahora, en el solar de la vieja Universidad de Santo Domingo, receptáculo y casi portal de Belén de la gran obra cultural y civilizadora en América, se ha celebrado, a los cuatrocientos sesenta y cinco años del grito de «¡Tierra!» en Guanahani, el III

Congreso Iberoamericano de Educación.

EL DIALOGO DEL CARIBE

El III Congreso Iberoamericano de Educación, clausurado recientemente en la República Dominicana, va a suponer un avance decisivo en la gran lucha por la cultura en la gran área de los países de nuestra estirpe peninsular.

La Oficina de Educación Iberoamericana—fundada en 1930—ha organizado ya tres Congresos internacionales. El primero se celebró en 1951 en Lima. El segundo tuvo lugar en Quito en 1954, y el tercero es el que acaba de celebrarse en Ciudad Trujillo. Estos Congresos se reúnen cada

tres años, y el próximo está convocado para 1960 en Caracas.

A este III Congreso han asistido un total de 98 delegados y observadores, estos últimos de la UNESCO, del Bureau Internacional de Educación, de la Organización Internacional del Trabajo, de la Organización Internacional de Educación Católica, de la Organización de Estados Centroamericanos y observadores de la Santa Sede y de los Estados Unidos. Cuatro ministros de Educación han presidido las Comisiones, secundados por ocho subsecretarios de Estado y por destacados técnicos de los diferentes países.

PIDEN COPIAS DE UNA LEY

La representación española ha estado presidida por el ministro español de Educación, que presidió la Comisión de Enseñanzas Técnicas, en la que representó también a España el profesor don Armando Durán Miranda, director del Seminario Iberoamericano de Enseñanzas Técnicas. En la Comisión que ha estudiado los problemas de la educación fundamental y de la formación del profesorado tuvo un lugar destacadísimo el director general de Enseñanza Primaria de España, don Joaquín Tena, elegido por unanimidad secretario general adjunto del Congreso. También han formado parte de la Delegación española el embajador de España en Santo Domingo, don Alfredo Sánchez Bella, y el agregado cultural de aquella Embajada, don José Luis Herrero.

La nueva ley española de Enseñanzas Técnicas ha despertado la curiosidad de los congresistas y observadores extranjeros, y han sido varios los países iberoamericanos que pidieron copias de aquella ley, considerada por todos tan revolucionaria que probablemente sirva de pauta para otras disposiciones legales inspiradas en ella.

EL QUINQUENIO DE LA ESCUELA

También el plan español de construcciones escolares—que prevé la edificación de 25.000 escuelas en cinco años—ha sido muy elogiado, y especialmente despertaron el interés de los técnicos de la UNESCO los proyectos, presentados por nuestro país, para escuelas en el medio rural. Aquellos observadores, que están preparando un importantísimo estudio sobre construcciones escolares en América, pidieron copias de las más modernas muestras españolas de edificación escolar rural.

En el III Congreso Iberoamericano de Educación ha sido aprobado el Estatuto de la Oficina de Educación Iberoamericana, y ha habido acuerdo sobre convalidación de títulos, sobre planes de enseñanzas técnicas, formación del profesorado y campañas de alfabetización.

Este último punto, el de la lucha contra el analfabetismo, ha sido uno de los más insistentemente tratados en el III Congreso Iberoamericano de Educación.

LA ALFABETIZACIÓN. PROBLEMA CENTRAL

Ya en la sesión de apertura del Congreso el representante del Consejo Ejecutivo de la UNESCO, don Rodolfo Barón Castro, ministro de El Salvador en España, trató de «La alfabetización en Iberoamérica», tema sobre el que se ha insistido también en las reuniones hasta el punto de aparecer como el eje de las diversas cuestiones tratadas en el Congreso de Ciudad Trujillo.

En general se considera a Iberoamérica como una gran zona de elevada espiritualidad dentro del plano universal, pero en los países iberoamericanos el tanto por ciento de analfabetos es aún del 39 por 100.

Utilizando datos oficiales de la

UNESCO en torno al año 1950, las necesidades mundiales de alfabetización son las siguientes, por grandes zonas: En Europa del Norte y del Oeste existe un 1 por 100 de analfabetos; en Europa Central el porcentaje es de un 2; en América del Norte el tanto por ciento de analfabetos es de un 3; la Unión Soviética tiene un 5 por 100 de analfabetos; en Oceanía el porcentaje es de un 10; Europa Meridional da una cifra de un 20 por 100; Iberoamérica, 39; Asia del Este, 45; Asia del Sudoeste, 75; Asia Meridional, 80; África Tropical y Meridional, 80, y África Septentrional, 85.

EN LA ZONA INTERMEDIA

O sea que las naciones de habla española y portuguesa están situadas en una zona de equidistancia entre el mínimo y el máximo de las necesidades mundiales de alfabetización, lo que conocido el gran número de población india que existe en muchos de ellos, es una situación no muy descorazonadora. La conquista de tal posición, mediada la centuria actual—aunque insuficiente—es el fruto de un esfuerzo tenaz.

A principios de siglo, todos los países iberoamericanos rebasaban el 50 por 100 de analfabetos y algunos de ellos mantenían proporciones similares a las que hemos expresado para las zonas africanas, por lo que ese 39 por 100 actual constituye un gran avance en medio de las grandes dificultades que suponen la escasez de maestros, las grandes zonas casi incomunicadas o de difícil penetración y la diversidad de lenguas aborígenes de algunos lugares.

UN ESFUERZO CRECIENTE

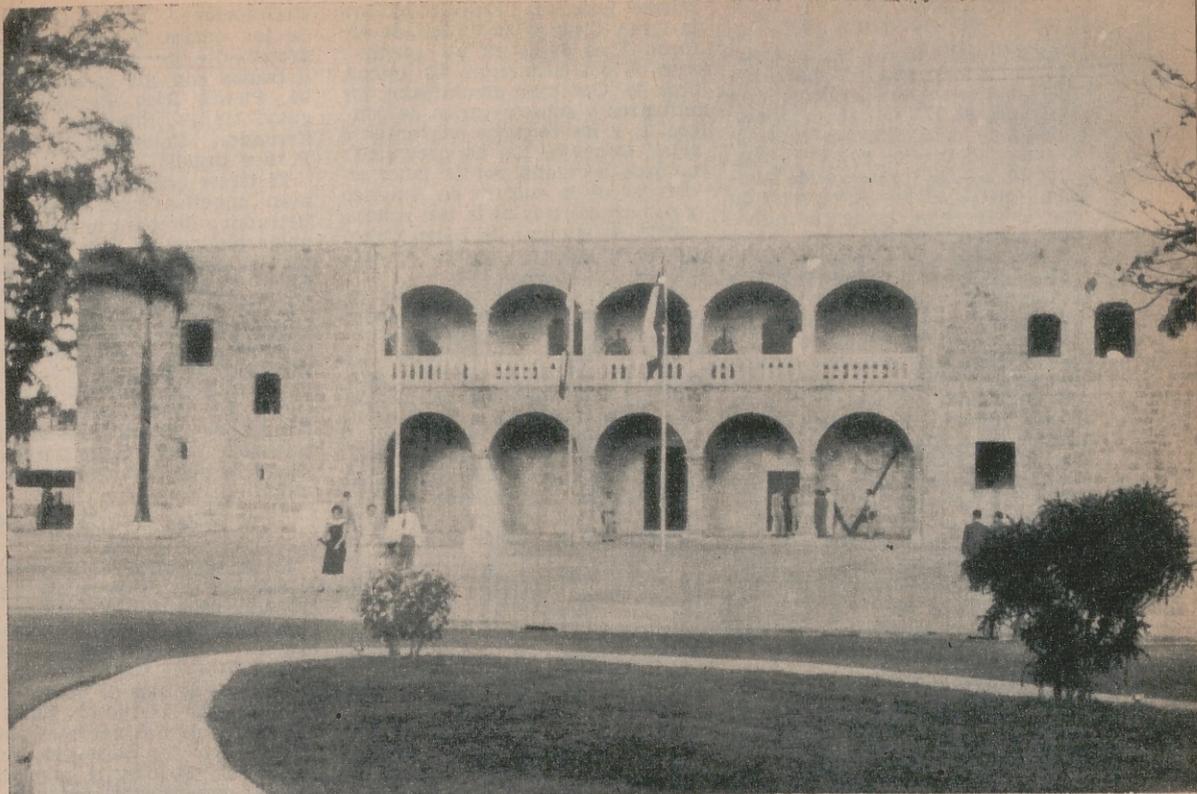
Este esfuerzo en pro de la educación se ha acentuado en los últimos años. Los ejemplos son muy abundantes. Una nación de territorio reducido y población densa, como El Salvador, se ha lanzado con sus «grupos pedagógicos de emergencia» a la liquidación virtual del analfabetismo de un lustro. El Perú ha elaborado un «Plan de Alfabetización», cuya primera etapa, denominada «Campaña de Iniciación», ha dado principio en el mes de abril. Y otros países iberoamericanos preparan o tienen en marcha ya proyectos acomodados a sus condiciones peculiares, como el Banco de Educación y la Ictex colombianos.

En España, el índice de analfabetismo ha bajado de 58,7 en 1900 a 17,3 en 1950, y ha sido montado el aparato conveniente para reducir aquél a un 10 por 100 en 1960 y anularlo completamente en 1970.

Son muy ambiciosos los propósitos de la Oficina de Educación Iberoamericana, y son casi geográficamente coincidentes con el llamado «Proyecto Principal número 1» del Consejo Ejecutivo de la UNESCO, que trata de la formación de maestros y alfabetización de lo que ellos llaman América Latina, en la que incluyen también Haití y excluyen, naturalmente, las Filipinas, por estar



El Instituto Politécnico «San Ignacio de Loyola», de Ciudad Trujillo, regido por jesuitas españoles



El alcázar de Diego Colón, en Santo Domingo, restaurado recientemente según proyecto del arquitecto español Barroso

aquel «Proyecto Principal número 1» de la UNESCO circunscrito a Centro y Sudamérica. Es un proyecto de base universal, pero de proyección americana.

En Patcuaro (Michoacán, Méjico), sufragado por la UNESCO, la Organización de Estados Americanos y los fondos gubernamentales del país donde radica, está establecido el Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina, y en Rubio (Venezuela) funciona una Escuela Normal Rural Interamericana, sufragada también con fondos internacionales.

LOS PROBLEMAS EN ESQUEMA

Pero el esfuerzo más importante tiene que salir de los propios países interesados, y para ello, la Oficina de Educación Iberoamericana es el poderoso instrumento para una acción conjunta a gran escala.

Los grandes problemas con los que se enfrenta la educación en los países iberoamericanos son, en esquema, los siguientes: Analfabetismo hasta un porcentaje medio de un 39 por 100. Absentismo escolar, o sea que un elevado porcentaje de su población infantil no asiste a la escuela. Deserción escolar, por la que una gran proporción de alumnos abandona la escuela en el segundo año y algunos, después del primero para ponerse a trabajar.

Otro problema grave es el del crecimiento acelerado del alumnado, hasta el punto de que la Primera y Segunda Enseñanza ha pasado en Iberoamérica durante los últimos quince años de 17 a 26 millones de inscritos. Este crecimiento acelerado (Iberoamérica es la región del mundo de mayor crecimiento demográfico) agudiza otros dos grandes problemas: El de las construcciones escolares y el del reclutamiento y

formación del personal docente.

Por lo que se refiere a la Enseñanza Media nos encontramos que tiene una urgente necesidad de reforma en todos los países iberoamericanos por el planteamiento de nuevos criterios sobre la finalidad de tales enseñanzas. El ejemplo de los Institutos Laborales en España es un ejemplo de la tecnificación que conviene a la Enseñanza Media.

MÁS DINERO A LA CULTURA

La Enseñanza Superior tiene que salvar su esencial humanismo conciliándolo con la formación profesional y la alta investigación tiene que decidirse entre el «humanismo científico» y el «humanismo tecnológico».

Toda esta reforma supone un notable aumento de los gastos públicos dedicados a la educación. Iberoamérica destina solamente el 1,2 por 100 de la renta por habitante a los gastos de educación, mientras que Europa occidental y la Mancomunidad británica destinan a estos gastos casi el 3 por 100 de la misma renta.

Alemania occidental destinó en 1951 a educación un 2,50 por 100 de la renta nacional; Bélgica en 1953, un 2,44; Francia, en 1953, destinó un 2,25 de su renta; Suecia, en 1955, gastó un 2,71 de su renta nacional en educación; España, en 1955, invirtió un 0,96 de su renta para los mismos gastos.

EL HOMBRE ES LO PRIMERO

Tan importante se consideran esos gastos destinados a la educación en los países de la Europa occidental, que incluso en los momentos de crisis esos Estados, aun teniendo que hacer inversiones inmediatas reproductivas, no suprime los gastos de educación

por considerar, justamente que el hombre es la primera riqueza de un país y su más importante cultivo.

En nuestro país se ha conseguido en un año aumentar los alumnos varones de las Escuelas del Magisterio de 10.000 a 15.000 y las mujeres de 18 a 20.000, lo que constituye esto último una expansión normal. Durante el pasado ejercicio se presentaron a las oposiciones a las escuelas nacionales 9.400 opositores, mientras que en este mismo año se han presentado 13.500.

Estos aumentos son explicable por las mejoras económicas para el Magisterio español y por las mayores atenciones que el Estado presta a la Enseñanza primaria.

APRENDEN A LEER EN SESENTA Y TRES HORAS

Estos datos han sido presentados al Congreso de Ciudad Trujillo por el director general de Enseñanza Primaria, don Joaquín Tena, quien informó también de las campañas de alfabetización que se realizan en nuestro país por equipos de maestros volantes, intensificación de las clases nocturnas para adultos y campañas de alfabetización por métodos rápidos.

La labor de alfabetización que se realiza en los cuarteles del Ejército no solamente es eficaz por sí misma, sino que sirve de muestra o índice de las necesidades que en esta materia existen en las distintas comarcas.

Incluso se han hecho interesantes experiencias pedagógicas en los grandes campamentos militares del Ejército español. Concretamente en el de Colmenar se ha conseguido recientemente que diez reclutas, analfabetos puros, aprendieran a leer y a escribir en sesenta y tres horas, instruidos por maestros especiales.

EN COLOMBIA, UN BANCO DE EDUCACION

La rentabilidad de las inversiones en Enseñanza Primaria ha sido expuesta por la Delegación española al III Congreso Iberoamericano de Educación con datos muy concretos sobre lo que aquí se realiza, presentando también cifras sobre la correlación que existe entre la renta individual y los años de estudio.

Sobre este mismo punto de la rentabilidad de la enseñanza, la Delegación de Colombia explicó la interesante experiencia constituida por el llamado Banco de Educación que existe en aquel país y que está formado con aporaciones del Estado colombiano y de la Banca privada. Es un sistema de crédito reintegrable al estudiante que, para la formación en el extranjero, se amplía con el ICE-TEX que adelanta el dinero que es después, al cabo de los años, devuelto durante el ejercicio de la profesión con arreglo a unos porcentajes graduales muy bien establecidos.

TODOS HUESPEDES DE HONOR

En líneas generales estos han sido los principales puntos que se han tratado en el III Congreso Iberoamericano de Educación que inauguró sus tareas el 23 de octubre para clausurarlas el día 1 de noviembre. La sesión inaugural tuvo lugar en el Aula Magna de la Universidad de Santo Domingo, de curiosa arquitectura funcional que la hace parecer un gran «stand» de Exposición o de feria de muestras, y las sesiones de trabajo se celebraron en el palacio de Bellas Artes, que es como una moderna acrópolis helénica del Caribe.

Los noventa y ocho delegados y observadores fueron declarados huéspedes de honor del Gobierno dominicano que les hizo entrega de unos pergaminos, haciéndolo constar así, durante la sesión inaugural del Congreso.

EL MEJOR MUSEO ESPAÑOL DE AMERICA

En nombre del Gobierno español, el Ministro de Educación de España, don Jesús Rubio impuso al generalísimo dominicano don

Rafael Leónidas Trujillo Molina la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio en un solemne acto al que asistieron los miembros del Gobierno dominicano, los ministros y subsecretarios de Educación y los técnicos asistentes a aquel Congreso. La condecoración ha sido organizada por la labor en defensa de la cultura en América y por los méritos de la fiel restauración del alcázar de Diego Colón donde vivió doña María de Toledo.

Las obras de restauración de aquel alcázar han sido realizadas por el arquitecto español don Javier Barroso al que ayudaron un grupo de artesanos también españoles. La restauración del alcázar de Diego Colón ha costado unos cincuenta millones de pesetas y todos los muebles, tapices, tallas, alfombras, fueron adquiridos por el Gobierno dominicano en anticuarios españoles por un coste aproximado de quince millones de pesetas. Por su valor actual y por su significación histórica el alcázar de Diego Colón en la antigua isla La Española es el mejor y más auténtico museo español de América, enclavado en la antigua ciudad de Santo Domingo de gran sabor colombino y colonial.

UNA OBRA QUE SIGUE

La obra de la fe se logró esforzada y hasta rápidamente por la permeabilidad espiritual de aquel Continente, pero la etapa de educación, que se abrió con la llegada de los españoles, no se ha cerrado aún y continúa en la gran batalla por la cultura.

En el conjunto de las veintitrés naciones de habla española y portuguesa —según el censo de 1950— hay un grupo de naciones en vanguardia en lo que a la alfabetización se refiere; es el de aquellos países en los que el analfabetismo no excede de un veinte por ciento: Argentina, Uruguay, España, Chile y Costa Rica forman esta avanzada con un 13,6 por 100, el primer país citado (censo de 1947) y un 20,6 por 100 el último. Para tales Estados, el problema es mínimo o se presenta en trance de liquidación.

EL AFAN POR SUPERARSE

Situados en la zona intermedia —del 20 hasta el 50 por 100 de

analfabetos—, están la mayoría de los países, y que, por orden decreciente de su proporción de iletrados son los siguientes: Cuba, Puerto Rico, Panamá, Paraguai, Méjico, Filipinas, Portugal, Ecuador, Colombia, Venezuela, Perú y Brasil.

El tercer grupo de países lo forman aquellos cuya cantidad de iletrados sobrepasa la mitad de su población adulta. Son los siguientes en orden decreciente: República Dominicana, El Salvador, Nicaragua, Honduras, Bolivia y Guatemala. Las naciones que encabezan este grupo están muy próximas al grupo antecedente, y más sabiendo que utilizamos el censo de 1950. Incluso el 70,6 por 100 de iletrados que dió Guatemala en aquel censo puede considerarse hoy notablemente disminuido.

MAS DATOS EN CONJUNTO

En su conjunto los países americanos de habla española y portuguesa presentan un 39,3 por 100 de personas que no saben leer ni escribir —siempre referidos estos datos a los de 1950 y al total de moradores de más de quince años.

Si a este conjunto global le añadimos las dos naciones peninsulares, los dos países iberoamericanos de Europa, la proporción general baja hasta colocarse en un 35,6 por 100.

Estos datos generales pueden dividirse en dos grupos lingüísticos: países de habla española (sin incluir Filipinas y las provincias españolas de África) dan un 29,2 de porcentaje medio de analfabetos, y los de lengua lusa (exceptuando los dominios portugueses) dan un porcentaje de un 49,5 por 100.

EL MEJOR BALUARTE

Esta es la cruda realidad, expuesta con toda la fuerza autocrítica que la magnitud del problema merece. Hay una gran batalla a librar por todos los países iberoamericanos, tan armados de recursos espirituales: la batalla general de la alfabetización absoluta.

El «Proyecto Principal núm. 1» del Consejo ejecutivo de la UNESCO ha señalado la urgencia, y en este punto de vista coincide plenamente la Oficina de Educación Iberoamericana, según se ha dicho en el Congreso de Ciudad Trujillo.

Es ni más ni menos que la segunda oleada, porque el «Proyecto Principal núm. 1» de hace cuatrocientos sesenta y cinco años, que fué plenamente español, se ha universalizado, y la obra continúa.

Ahora, en estos momentos en que se habla de desarme en las grandes reuniones internacionales, se ve claramente que a través de la cultura y del mutuo conocimiento entre los pueblos puede lograrse un desarme de los espíritus infinitamente más importante y duradero que el de una reducción circunstancial de las armas materiales.

Es la cultura contra la miseria y la guerra, ya que si las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz.

F. COSTA TORRO



Palacio de Bellas Artes, donde se han celebrado las sesiones del III Congreso Iberoamericano de Educación



EL "ESPAÑOL" VISTO POR LOS ESPAÑOLES

LO QUE LOS LECTORES OPINAN
SOBRE NUESTRO SEMANARIO

EL ESPAÑOL abrió una encuesta hace unas semanas y los resultados están a la vista de sus lectores. Son ellos quienes leen, quienes hacen posible que el semanario salga a la calle cada sábado, y en el de servirles a ellos encuentra EL ESPAÑOL su mayor grandeza y su mejor recompensa.

EL ESPAÑOL ha recibido muchas cartas, tantas que ni se puede pensar en dar una relación, aunque sólo fuese superficial, de ellas. Y en esas cartas venía de todo: alabanzas, veces de aliento, palabras de gratitud.

sugerencias y orientaciones, muchas de ellas valiosas y que estimamos en todo lo que valen. Y también algunas censuras, siempre bien intencionadas.

«¿QUE LE GUSTA MAS EN «EL ESPAÑOL»?»

Los viajes de los enviados especiales por los pueblos y ciudades de España tienen la preferencia de la mayoría. Las entrevistas con personalidades de las artes, las letras y la ciencia; los reportajes que retratan el progreso industrial de nuestra Patria y los que ponen al alcance del conocimiento de los lectores los últimos adelantos en medicina, aviación, invenciones e investigaciones técnicas, tienen también gran aceptación, así como los que dan cuenta de la situación internacional, de la política mundial y aquellos que relatan la vida y costumbres de otros países.

El libro que es menester leer.

Una sección por la cual muestran nuestros lectores indudable interés. En general la consideran acertada, conveniente y útil, pues les pone al tanto de las novedades editoriales extranjeras.

EL ESPAÑOL procura estar al tanto de la actualidad nacional y retratar ésta con precisión e imparcialidad. Uno de nuestros lectores ha recogido este sentido de la revista en unas breves líneas:

«... Alabo el espíritu que a ustedes anima y que imprimen a su semanario, espíritu patriótico y católico, que hará abrir los ojos a los españoles que todavía los tengan cerrados al progreso de nuestra Patria, considerando que lo extranjero es mejor.»

Sobre la novela corta hay diversos pareceres. Mientras unos saltan las páginas dedicadas a ella, otros estiman mucho este panorama de la moderna creación española que les ofrecemos todas las semanas.

Existen muchos escritores jóvenes, nuevos y españoles, que quieren darse a conocer, que desean hacer saber a sus compatriotas lo que escriben, lo que sienten y lo que piensan. Editar una novela no es cosa fácil. En sus páginas EL ESPAÑOL brinda una oportunidad a esos escritores, a esos españoles que tienen algo que decir, porque, al fin y al cabo, la revista es para todos los españoles, no para unos pocos. Su deseo de ayudar, de conceder una oportunidad a quien la pide y merece, es el que ha hecho que el semanario abra esa ventana de cara al panorama literario nacional.

«¿QUE MODIFICACIONES DE DETALLE PUEDE SUGERIRNOS?»

La cantidad de respuestas es abrumadora. Las modificaciones han llovido sobre EL ESPAÑOL. Si los 29 millones de españoles hubiesen escrito tendríamos 29 millones de ideas y sugerencias.

En esta encuesta se ha puesto de relieve una vez más el ingenio y el humor de los españoles. Uno de nuestros lectores nos pide, por ejemplo, que demos fotografías de personas a las que él estima. Otro sugiere que se suprima la novela y que en su lugar se vaya dando el diccionario «Espasa». Hay quien pide que se escriban reportajes en contra de determinado país. Varios aconse-

jan que se publique más acerca de arte. Una lectora, verdadera entusiasta de la revista, sugiere que ésta se convierta en periódico diario... Sin embargo, hay unas cuantas ideas y sugerencias en las que han coincidido bastantes lectores.

El recuento matemático, frío y preciso, nunca refleja exactamente el contenido de las cartas, unas veces de aliento y estímulo y otras de crítica y censura. Hemos pedido opiniones, sugerencias... Nos han dado respuesta cumplida a todo, y lo que más ha satisfecho a EL ESPAÑOL es el gran amor que los españoles sienten por su Patria y el enorme deseo que tienen de conocerla toda entera. Una buena muestra es la carta siguiente escrita desde un pueblo aragonés:

«... Las descripciones de pueblos y rincones de España deben dar preferencia a los mejores rincones turísticos. ¿Desconocen el incomparable Parque Nacional de Ordesa? Comparable en el mundo solamente al imponente Colorado de los EE. UU.; Panticosa, Valle de Anso, Hecho, Montserrat, Covadonga, rías gallegas, etcétera, etc...»

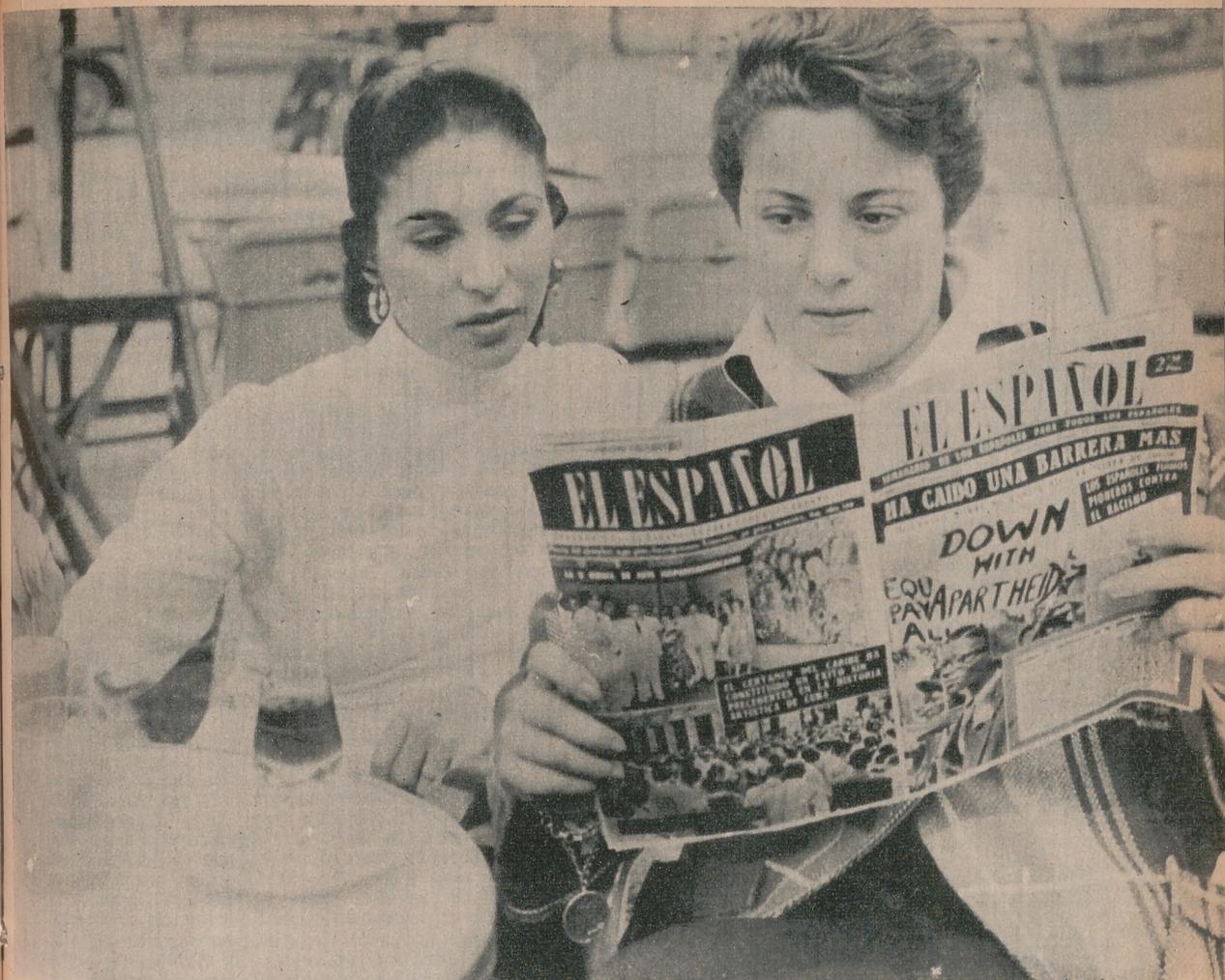
«EL ESPAÑOL» CRUZA EL MAR PARA SERVIR A LOS ESPAÑOLES

Sabíamos que nuestra revista atravesaba las fronteras, y la lista de nuestros suscriptores en el extranjero no es pequeña. Pero hemos recibido una carta que habla por ella misma mucho mejor de como pudiéramos hacerlo nosotros:

«Por si puede servir para algo, tengo también el gusto de mani-



Todos los españoles, cualquiera que sea su profesión, nos han escrito. Las descripciones de pueblos y rincones de España tienen preferencia entre los lectores



EL ESPAÑOL está siempre al tanto de la actualidad internacional y...

festarle que desde mi llegada a Tánger, hace cuatro años, he procurado sembrar entre mis alumnos—y por ellos entre los familiares—el interés por su revista. He terminado mi misión en Tánger y parto para Santiago de Chile, pero antes de abandonar mi residencia para venir a despedirme de mi familia he pedido el parecer de todos o casi todos los profesores sobre las preguntas por ustedes propuestas.

Es cierto que apenas me han expresado alguna orientación nueva. Para satisfacción suya y de sus colaboradores puedo decirles que la opinión más frecuente ha sido la de que **EL ESPAÑOL** resulta perfecto o casi perfecto.

En fin, que todo ello sirva para que **EL ESPAÑOL** siga siendo—como merece serlo y creo yo que lo es—«Semanao de los españoles para...». Ha sido siempre la revista que más me ha gustado, y ahora lo que siento es que en Chile me será imposible tenerla, pues no se tienen facilidades económicas. Con todo, si llegase a la Biblioteca Española...»

EL TAMANO TAMBIEN CUENTA

Los lectores además de contestar a las preguntas formuladas en la encuesta, han expresado libremente su opinión en relación

con otros aspectos del semanario. No pocos se han referido al tamaño, formato, impresión, precio, etc. La mayoría agradecen que conserve su escaso coste, y uno de ellos nos asegura que, siendo escasas sus posibilidades económicas, el único periódico que compra durante la semana es nuestra revista, porque «estoy seguro siempre de encontrar en ella lo más actual y notable».

El formato, nos dicen, es agradable. Se puede doblar y llevar en el bolsillo, y si se encuaderna no resulta tan aparatosamente grande como cualquier diario u otras revistas.

Son detalles más bien de orden técnico y un tanto accesorio, pero demuestran el interés que los lectores se toman por su revista. La confección les parece buena, así como las fotos. En este capítulo técnico hay otra sorpresa: unos cuantos lectores, pocos, ésa es la verdad, nos piden que el precio aumente a cinco pesetas y que esa subida vaya en provecho de la portada y la última página.

Como puede verse al leer estas líneas, las soluciones ideas y sugerencias son muchísimas. Sería imposible, repetimos, ir enumerando cada una con sus pormenores y detalles. Las respuestas dadas a la última pregunta del cuestionario alcanzan una cifra

que sobrepasa el medio millar. Hay quien aconseja «algún consultorio de algo y un horóscopo semanal, al estilo del que hacen otras revistas». Un lector sugiere que las portadas en color se hicieran en una imprenta del norte de España, en la que él trabaja. En general cada persona que indica una nueva sección indica también la persona ideal para llevarla. E indefectiblemente esa persona es el propio lector que sugiere la idea.

«EL ESPAÑOL», SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

A todos los españoles **EL ESPAÑOL** les da las gracias. La consulta que hizo el semanario, el consejo y la opinión que pidió, los españoles la han contestado generosamente, con largueza, desinteresadamente. Ante la imposibilidad de complacer a cada uno, este semanario acepta las sugerencias de todos, y del estudio de cada una de ellas y de su consideración en bloque surgirá la línea de conducta de la revista, que no tiene más objetivo que el servicio de sus lectores, de todos los españoles con ecuanimidad, certeza y objetividad.

EL ESPAÑOL

ANÁLISIS DE UNOS HECHOS

DESDE 1917, fecha en que el comunismo soviético, después de largas luchas, se adueña del poder hasta hoy, Rusia ha obtenido ciertos éxitos—algunos importantes— en el campo de la técnica, de la industria y aun en el terreno de «su política».

Y existen unos factores, reconocibles, sobre los que estos avances se han venido cimentando a lo largo de los cuarenta años que median entre la subida al poder de Lenin y el lanzamiento de los «Sputniks» primero y segundo. Factores que pueden llamarse unidad, eficacia en el mando, autoridad y continuidad. Cuatro premisas fundamentales para que el mecanismo de un sistema pueda producir resultados positivos.

Sin embargo, también en política los hechos han de valorarse según las circunstancias en que éstos se realizan. No es de los hechos consumados, simples, esquematizados, de los que la Historia nos habla, sino también de las circunstancias, medios y fines de que estos hechos se han valido para ser históricos. La unidad política del comunismo soviético no se ha conseguido mediante la convicción nacida por la bondad del sistema; ni su autoridad despótica ha sido el producto logrado por unos principios sanos que, al ser reconocidos por los súbditos, ha creado en éstos una voluntad libre de unión y de obediencia; ni la continuidad se ha conseguido merced a la aceptación íntima de la ideología sustentada por quienes en estos cuarenta años se han sucedido en el Kremlin. Estos factores de unidad, eficacia, autoridad y continuidad, que en sí mismos y objetivamente son siempre deseables, han sido en Rusia aplicados por medios ilícitos, se han inspirado en principios perversos y han ido dirigidos a fines reprobables.

La unidad rusa se ha comprado con sangre. No existe en la Historia ninguna imposición que tenga en su deber tantas víctimas. Las cifras de muertes que esa unidad ha costado hablan con una elocuencia aterradora. La obediencia a esa autoridad ejercida para el mal ha tenido también el precio de la sangre o la pérdida de toda libertad, de todos los derechos de la persona humana. La continuidad soviética ha caminado siempre sobre los millones de cadáveres que ocasionó el «desviacionismo» político.

El periódico «Blatskaya Gazeta», de la ciudad de Minsk, capital de la Rusia Blanca, publicó en su día los siguientes datos acerca de las personas a que se ha dado muerte «legalmente» en la U. R. S. S., desde 1917 a 1941, fecha en que el periódico publicaba los datos basados en estadísticas oficiales secretas de los soviets o en documentos encontrados en los territorios de ocupación. Hasta esta fecha habían sido muertos 28 obispos, 42.800 sacerdotes, 75.500 funcionarios civiles, 390.000 funcionarios y oficiales militares; 9.000 médicos, 7.000 profesores, 420.000 personas de todas las clases intelectuales, 240.000 campesinos, 692.000 obreros, 815.000 empleados y 12.950 personas de diferentes profesiones y oficios. De este modo—añadía el periódico— la G. P. U. y la N. K. V. D han asesinado un total de 2.700.278 personas. Además, durante los años de la guerra civil fueron asesinadas 1.400.000 personas, y desde 1920 a 1921, en el período de la «gran hambre», perecieron 10.205.000 personas entre hombres, mujeres y niños. En el período 1932-33, se dejó sentir de nuevo el hambre y murieron 10.000.000 de personas, mientras otros 10.000.000 de seres humanos eran fusilados «para aligerar la gravedad del problema del hambre ocasionado por la escasez de alimentos y abundancia de población». En resumen: hasta el comienzo de la última guerra mundial, 33.000.000 de personas habían muerto «legalmente» en la Unión Soviética. Si se añade a estas cifras el número de asesinados y deportados durante la ocupación de Polonia, Besarabia, Bucovina del Norte y los Estados Bálticos, la cifra total de seres humanos que encontraron la muerte de un modo violento e inesperado en la U. R. S. S., desde 1917 a 1943, alcanza los 40.000.000. Son datos constatados en estadísticas de servicios secretos. Sobre estas muertes se iba cimentando una política inhumana que ha querido imponer su tiranía al mundo, caminando por tierras cubiertas de cadáveres inmolados al imperialismo del terror, del miedo y de la sangre.

Los grandes procesos depurativos que, dentro de la U. R. S. S., van desde 1934 a 1938, causaron sensación en el mundo entero. Las purgas eran el fruto de una pugna revolucionaria brutal. No había reñidores. Las víctimas de hoy eran los asesinos de ayer. Los jueces de hoy, los acusados de mañana. Los revolucionarios, devorados por la revolución que ellos mismos engendraron. Los procedimientos, los mismos que las víctimas habían inventado. Zinoviev y Kamanev fueron las principales figuras de aquel proceso sin precedentes que tuvo un epílogo tan trágico en 1936. Zinoviev y Kamanev encabezaban con Stalin la célebre «troika». Platakov y Redek fueron los primeros en la lista del segundo proceso. El primero había sido miembro del Comité central del partido y vicecomisario de la industria pesada; el segundo, figura destacada del Congreso soviético. El tercer proceso fue en 1938. El proceso de los veintinueve. Al frente de ellos figura Bujarin, intelectual del comunismo y entusiasta de Lenin. Después moría Yagoda, organizador del primer proceso y planeador de la segunda «purga». Krestinsky, secretario del partido y embajador en Berlín; Rakovsky, antiguo jefe del Soviet en Ucrania y ex embajador en París; Rikov, sucesor de Lenin en el Consejo de Comisarios del pueblo. Ellos fueron los autores del segundo proceso y las víctimas del tercero.

La libertad, como atributo de toda persona humana, ha quedado extirpada de raíz en ese mundo de presiones mecánicas y movimientos previstos, cruelemente articulados, donde toda iniciativa, toda ilusión y toda esperanza han huido despavoridas.

Hace unos años, la Prensa de todo el mundo, menos la soviética, naturalmente, publicaba la noticia de un nuevo y macabro hallazgo en las cercanías de Winniza, en la Ucrania Occidental. Después se supo que el origen de aquellos miles de cadáveres, antecesores de las fosas de Katyn, se remontaba al año 1938. Diez mil esqueletos de hombres y mujeres con un tiro en la nuca. Hombres y mujeres de la Rusia ucraniana que se habían negado a entregar al Estado sus fincas y granjas.

Y es significativo que sea Rusia la única nación del mundo que no ofrezca, en sus estadísticas, gráficos comparativos de mortandad. Los centros de investigación en materia demográfica no pueden publicar estadísticas de la población, dando detalles y fechas de las mismas en diferentes partes del país, porque esto permitiría deducir consecuencias muy significativas. Ni la Prensa soviética ha mencionado nunca los procesos de emigración obligatoria de millones de hombres hacia el Este o hacia el Norte.

Es indudable que Rusia ha conseguido grandes adelantos en el campo industrial y económico, pero la economía rusa es sólo y simplemente una colosal economía para la guerra. Para industrializar el país ha sido necesario crear grandes centros industriales, largas vías férreas y colosales campos de experimentación, pero sobre el establecimiento de enormes campos de concentración. Campos perfectamente vigilados, controlados por una Policía especial, campos que tienen sus capitales, de donde parten las órdenes directas, como Magadan, la nueva capital de los campos de trabajo forzados del Este; Seimchan, uno de los centros punitivos de las minas de oro al este de Siberia, y Berelyakh, el punto más temido por los desgraciados trabajadores del Norte. Veinticuatro millones de esclavos—según recientes estadísticas— se encuentran hoy en estos campos de trabajo. Diecinueve millones son rusos; el resto, austriacos, polacos y alemanes en su mayor parte. Un mundo entero de hombres trabajando once horas diarias en los desiertos asiáticos, o en las «taigas», o en la tundra siberiana. Una mano de obra inagotable que no consume, que carece de valor humano, porque sus bajas se reponen con suma facilidad.

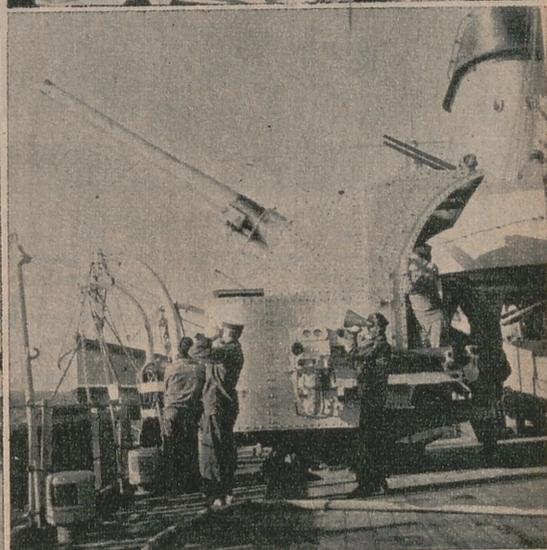
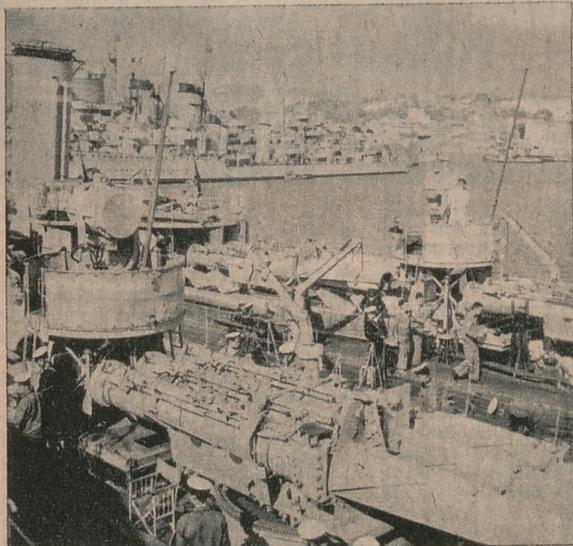
Este es el balance trágico. Sin embargo, cabe pensar y debe pensarse en el fruto óptimo que la unidad, eficacia, autoridad y continuidad rinden cuando están servidas por medios lícitos y al servicio de fines justos y nobles.

EL ESPAÑOL

UNA BATALLA SIN POLVORA EN ALTA MAR

La Operación "Anibal II" vista por un profano

Zafarrancho de combate en el "Miguel de Cervantes"



El juego estratégico de los barcos ante el ataque de los aviones

LA noche del 27 al 28 de octubre pasa rápida. Contribuyen a ello dos cosas: una sobremesa, mejor una charla prolongada en el puente de mando, contemplando el cielo cuajado de brillantes estrellas, buscando constelaciones, hablando de esas mil y una cosas que sugiere, en los barcos y fuera de ellos, la noche, y luego, el nervosismo que nos produce el saber que por la mañana atacarán los aviones, que asistiremos a la primera acción de maniobras en mar abierta.

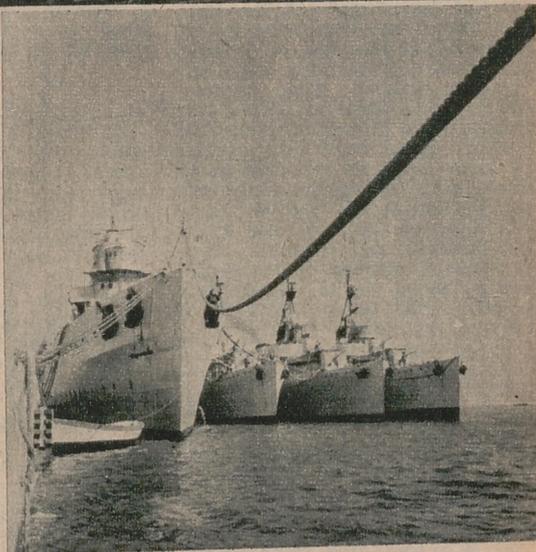
Temprano, deben ser poco más de las ocho y media, tocan a zafarrancho de combate. Pepe Montero Alonso—que, como expliqué en la primera parte de este reportaje, es el otro periodista embarcado en el «Cervantes», y que comparte conmigo un amplio camarote—tiene buen humor por la mañana — y siempre—, y mientras desayunamos, a toda marcha, improvisa unos

versos: *Zafarrancho de combate, — mi corazón vibra y late, — mas soy poco marinero — y por eso yo prefiero — mi café o mi chocolate.*

Luego, todos los días los recitamos al levantarnos. Pero, pese al toque de zafarrancho, los aviones no han llegado todavía y nos da tiempo a subir a cubierta antes de que comience el ataque.

28 DE OCTUBRE. ATACAN LOS AVIONES Y BAILAN LOS BARCOS

De salida, ayer navegamos rumbo al Sur. Luego, durante la noche, hemos cambiado, toman-



do un rumbo Oeste, y después hemos subido hacia el Norte. Siempre ordenado el grueso de la flota en dispositivo de combate antiaéreo y antisubmarino. Posición en la que los destructores, en cabeza, se despliegan en forma de abanico, se abren en semicírculo, y siguiéndoles, amparados en el centro del arco,



Las aguas de Baleares han sido escenario de las maniobras de nuestra Flota

navegan en fila, cada uno metido en la estela del que le precede, los cruceros, a cuya cabeza marcha el «Canarias».

El toque de zafarrancho ha situado con asombrosa rapidez a toda la dotación en sus puestos. Y en ellos se mantiene, atenta y preparada, en espera de los aviones.

Para comprender la estrategia defensiva de los buques hay que tener presente que los ataques navales — barco contra barco, avión contra barco —, tanto el que dispara como el que recibirá el disparo están en movimiento. Que ni hay aquí artillero que tire, como en tierra, desde un punto fijo a otro fijo, ni aviador que lance sus bombas sobre un objetivo inmóvil. Esta circunstancia de la doble movilidad, que constituye la dificultad mayor del ataque, es la razón que explica la regla clave de la defensa: la acentuación del movimiento propio cuando se es atacado para dificultar los cálculos que guíen los tiros de los enemigos. Para frustrar el disparo de los torpedos lanzados por los submarinos o burlar las bombas que dejen caer los aviones.

Y así, cuando los «radares» del «Lepanto» y el «Ferrándiz» — modernos destructores norteamericanos cedidos a nuestra Marina — localizan a los aviones atacantes, y los aviones localizan al grueso de la flota, comienzan todas las unidades a «bailar» una especie de fantástico vals, a cambiar el rumbo y la velocidad, a «caer» — una caída es, en términos marinos, un cambio de rumbo — alternativamente a babor y a estribor, unas veces rápidos, otras más despacio. A navegar en un zigzag arrítmico que dificulte el cálculo de posiciones que realicen los aviadores para arrojar con seguridad sus bombas, o el de los submarinistas para soltar con certeza sus torpedos.

Pasan velocísimos los reactores. Evolucionan ágiles los barcos. Y la danza defensiva termina ocupando todos los barcos su primitiva posición, mientras los aviones, cumplido su papel, se achican hasta desaparecer en el horizonte.

Al terminar el zafarrancho, el «Cervantes» se llena de comentarios. Los jefes y oficiales, y también en grupos, los marineros, comentan cuáles podrían haber sido las consecuencias verdaderas de este ataque fingido. Y, naturalmente, hay opiniones para todos los gustos, pues barcos y aviones, dentro de sus respectivas posibilidades, han jugado bien su difícil partida.

LOS BARCOS LLEVAN LAS TRIPAS FUERA

Un barco de guerra debe estar igualmente preparado para el ataque y para la defensa. Estar preparado para la defensa significa, entre otras cosas, estar dispuesto a reaccionar, con rapidez y eficacia ante cualquier impacto que pueda herirle.

Para que tengamos una visión directa de cómo funcionan los servicios de seguridad, de reparación de averías del barco, y como ejercicio que cabe perfectamente dentro del entrenamiento de las maniobras, el segundo del «Cervantes» — don Daniel Yuste — escribe en un papel la localización y características de un supuesto impacto en nuestro buque: «Impacto con incendio en el compartimento de la giroscópica 1-B-19.»

Lo llevamos nosotros mismos a la Central de Seguridad del «Cervantes», donde uno de los dos terceros — el otro es el encargado de la Central de Tiro — está sentado ante una mesa en cuyo tablero metálico aparecen grabados dos cortes del navío: uno vertical, de proa a popa; otro horizontal, de banda a banda.

Lee el papel que le entregamos y rápidamente localiza en su planillo el compartimento 1-B-19. Al mismo tiempo, un oficial ha extraído de un fichero con igual rapidez la ficha correspondiente al mismo. En ella constan especificados los demás compartimentos a los que puede afectar la avería del que ha recibido el impacto. Y las conexiones eléctricas más próximas para realizar empalmes, y las bocas de agua más cercanas para inundar el compartimento, si conviene, para evitar la extensión del incendio.

El tercero avisa por teléfono a los encargados de reparar los «destrozos» producidos por el impacto. Y cuando llegamos al 1-B-19 los marineros andan ya enchufando las mangueras y haciendo todos los movimientos que requeriría el empalme de los cables. Y algunos más, porque ha querido la casualidad que allí mismo se haya producido una pequeña avería verdadera.

Viendo arreglar ambas — la supuesta y la cierta — caigo en la razón por la que los buques de guerra llevan las tripas — todos los cables, cañerías y conducciones — fuera, a la vista, a la mano: para facilitar estas operaciones, estas curas de urgencia. Cada conducción tiene una marca, una franja de color, que indica su función: paso de agua, de combustible, de vapor...

A la máxima potencia de los buques de guerra corresponde una máxima complicación. Al peligro que corren por los impactos que puedan sufrir en un combate, servicios dobles, y triples, y cuádruples. Hay, por ejemplo, una Central de Tiro que orienta los cañones y dirige sus disparos, pero cada torre — cada montaje doble — puede tirar desconectada de la Central si es necesario. Y el buque lleva, si no recuerdo mal, cuatro «cañas» — cuatro timones —, desde las que puede ser

gobernado, y además, para el caso de ser inutilizados todos ellos, un timón «a mano».

PETROLEO AL «MIRANDA» EN ALTA MAR

Dar petróleo a otro buque, «petrolearse», es difícil y peligroso. Difícil porque como ambos navíos no interrumpen su marcha, deben navegar a la misma velocidad, uno junto al otro, con las banderas o costados a muy poca distancia, mientras dura el trasvase de combustible. Peligrosa porque a esa velocidad y a esa poca distancia—menos de 45 metros—cualquier desviación de los timones, cualquier «guiñada» provocaría un abordaje, un choque de los dos barcos. O una brusca separación que partiría las estachas que se unen y la manguera por la que se pasa de uno a otro el petróleo.

A las tres y diez de la tarde comienza la maniobra. El «Cervantes» se dispone a dar petróleo al destructor «Miranda». Este, que sigue la estela del crucero, se sale de la formación y avanza para situarse a su lado, paralelo a él por la banda de estribor. La mar está lisa «como un plato», según la gráfica expresión de los marinos. La maniobra resulta así menos peligrosa.

Todos, los comandantes de ambos buques en los alerones de sus puentes de mando, los oficiales y las dotaciones, siguen con nerviosa tensión la aproximación del destructor.

El «Miranda» se acerca valiente y preciso. Y hay un general suspiro de alivio cuando se «clava» al costado del «Cervantes», a unos 35 ó 40 metros, y se pone a navegar a su mismo rumbo y velocidad.

Desde el crucero se lanza un cabo—cuerda delgada—que recogen los del «Miranda». Atada al cabo va una estacha, y en pocos minutos ambos buques quedan atados, unidos por ella. Luego se tiende otra, mucho más fina, que lleva unas señales multicolores, como pañolitos atados, de trecho en trecho, para medir a simple vista la distancia que separa a ambos barcos. Y, por último, otra estacha gruesa, a la que va unida —«amadrinada», me apunta Moreno Bustamante, que conoce mi afición a las palabras técnicas—la manguera por la que circulará el petróleo.

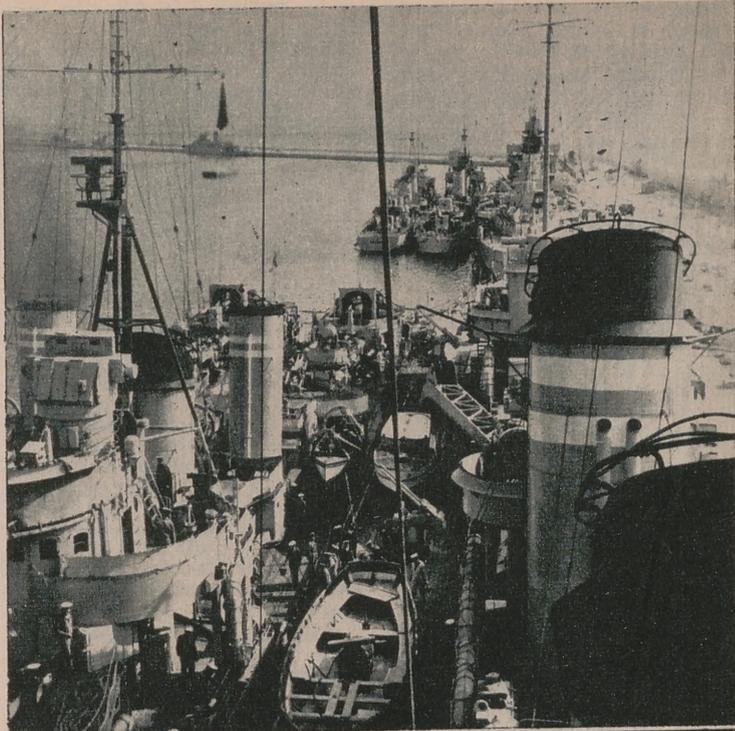
Megáfono en mano, que a esta distancia se admite la voz, el comandante del «Cervantes» grita a su colega del «Miranda»:

—¡Ahí le mando un buen petróleo!

—¡Se lo pagaré con música!

—responde el comandante del «Miranda», don Javier Elizalde. Y mientras los dos buques navegan juntos y atados, como un tronco de extraños caballos metálicos; mientras de uno a otro pasa el combustible y luce el sol en un limpio cielo azul, se llena el aire de las canciones de «El último cuplé», que nos brinda por sus altavoces el «Miranda».

En una hora pasan del crucero al destructor 7.300 kilos de petróleo. Y a las cuatro y cuarto, aproximadamente, retiradas las estachas, deshecha la re-



Los barcos que han participado en la Operación «Aníbal II», anclados en Palma

unión, el destructor vuelve a su puesto en la fila.

FONDEAMOS EN LA BAHIA DE ALCUDIA

Terminada la maniobra, el grueso de la Flota se diípe en los dos bandos, azul y rojo, previstos para el desarrollo de la Operación «Aníbal II». Por un lado, se alejan el «Canarias», el «Cervera», el «Méndez Núñez» y los destructores «Lepanto» y «Ferrándiz». Por otro, el resto de los destructores y el cazasubmarino «Meteoro» siguen a nuestro crucero, al «Cervantes», que capitanea el bando azul.

Desde este momento, nosotros ignoramos el rumbo y situación del bando rojo, y ellos desconocen los nuestros. Estamos en vísperas de la batalla en la que culmina esta fase de las maniobras. Nuestra misión, apoyados por los aviones, es defender el paso, el «freu» —«freu», hermano linotipista, en el léxico de la Marina—, entre la isla de Mallorca y la de Menorca.

Y aquí empieza ese difícil y apasionante juego de la estrategia. ¿Cuál es la mejor posición para defender ese freu o paso? ¿Situarse al sur del mismo, metidos en él, para formar una barrera opuesta al avance de los buques enemigos para «taponarlo»? ¿Co-



Una vista de Porto-Pi, en Palma de Mallorca

locarse al norte del paso para sorprender al bando rojo, esperándole ante su entrada?

El Estado Mayor de nuestro bando y nuestro almirante, en definitiva, resolverán. A nosotros—nosotros nos consideramos ya parte de la dotación del «Cervantes»—sólo nos corresponde, mientras navegamos rumbo a la bahía de Alcudia, donde fondearemos esta noche del 28 de octubre, esperar órdenes. Mantengámonos en una disciplinada espera.

Y charlar de las cosas de la mar. De las toninas—especie de atunes—que jueguetean acompañando a ratos, a trechos, al buque. De las gaviotas, palomas de la mar...

Charlar y curiosear la biblioteca del «Cervantes» en la búsqueda pícaro de un «Quijote». Pero lo hay, al menos en un tomo de Obras Completas. Y las «Vidas» de Plutarco. Y el «Cristóbal Colón» de Madariaga. Y el «Magallanes» de Stefan Zweig. Y los «Heterodoxos» de don Marcelino. Y «El candor del padre Brown» de Onésterton... Hay un bloc de vales en lo que puede leerse el título de la última obra retirada y el nombre del lector: «La casa de la Troya», por A. Pérez Lugín. T. de Máquinas Maríños.

De todas formas, esta biblioteca no es más que una pista incompleta sobre las lecturas de los marinos. Cada uno lleva en su camarote sus propios libros.

Mientras navegamos, el comandante del «Cervantes» no abandona el puente de mando. Coma y duerme allí en un camarote especial para no apartarse de la carta de navegación, de la pantalla de radar, de la «caña», del puesto, en suma, desde el que se gobierna el barco.

Nosotros comemos y cenamos con nuestro guía en su cámara. En la que campean dos retratos: uno, el que Jáuregui hizo de Miguel de Cervantes; otro, del Jefe del Estado.

29 DE OCTUBRE.—UNA BATALLA SIN POLVORA

Salimos temprano de la bahía de Alcudia. Navegando en orden de fila, siguiendo aguas, metidos todos y cada uno en el surco verde esmeralda de la estela del buque que le precede. La mañana es clara y luminosa.

La batalla va a refirse, al fin, al norte del «frau». En las aguas que forman su antesala.

Los reactores y los bombarderos ligeros que combaten a nuestro lado vuelan altísimos sobre nosotros. Al toque de zafarrancho de combate, toda la dotación ha ocupado sus puestos. Los artilleros están atentos. Los cañones, con sus negras bocas apuntando al aire, esperando que le marquen un blanco más concreto.

Aproximadamente a las diez y cuarenta y cinco minutos se tocó la alarma, empezó el zafarrancho. Unos veinte minutos después se produce el contacto visual con el enemigo. Y se realizan una serie de movimientos

de los buques y la Aviación muy difíciles de explicar para un experto. Toda nuestra línea ha «caído» a babor—ha girado hacia la izquierda—en una evolución perfecta. Hay un momento en que los buques del bando azul, los nuestros, forman un frente impresionante que avanza a toda marcha hacia las diminutas siluetas del «Canarias» y los otros cruceros rojos, que parecen inmóviles en el horizonte. Mientras, los bombarderos han arrojado, teóricamente, su carga de bombas sobre ellos. Y sobre ellos han caído, en un picado espectacular, los velocísimos reactores. Y al mismo tiempo, en perfecta coordinación aviones y buques, cuatro destructores azules han virado a estribor, y abiertas sus bandas hacia el «Canarias» y navegando en sentido contrario al suyo le han lanzado, teóricamente también, la andanada mortal de sus torpedos. Y se han alejado cubriéndose la retirada con densas cortinas de humo negro.

Desde la torre o central de tiro se transmiten con maravillosa rapidez las órdenes a los artilleros y los montajes dobles del «Cervantes», sus cañones del 15, entablan con los cañones del 20 del «Canarias»—mayores, de más alcance—la eterna lucha de David y Goliat. Lucha sin pólvora sin salvas reales, de bombardeos sin bombas y torpedeamientos sin torpedos.

El girar de las torretas de tiro y el elevarse y descender de los cañones, disparando, y las evoluciones de los buques, y el combate todo, duran muy poco tiempo. Unos diecisiete minutos en total. Y es lástima, porque, aun sin pólvora, la batalla silenciosa al sol es emocionante.

¿QUIEN HA GANADO?— LA RESPUESTA LA DARA EL JUICIO CRITICO

Terminada la batalla, los buques vuelven a reunirse, a formar un solo conjunto. A navegar, de nuevo, como antes del combate. ¿Pero hemos ganado o hemos perdido? ¿Han vencido los «azules» o los «rojos»? ¿Cómo podemos saber si no se ha disparado un solo tiro real, si hemos hundido a los enemigos o nos han hundido a nosotros?

Hay, en principio, una regla para suponerlo. Esta regla arranca de algo a lo que ya nos hemos referido: de la dificultad que encierra el tiro de la artillería naval, por ser disparo hecho desde una posición móvil—el barco que tira—a un blanco también en movimiento—el barco que recibe los disparos.

En estas circunstancias—si suponemos, por vía de ejemplo y para explicar de un modo no técnico pero claro las cosas, que el «Cervantes»—el artillero conoce la posición, rumbo y velocidad de su barco, de la posición desde la que efectuará su disparo. Pero debe calcular la velocidad, rumbo y posición del blanco, del «Canarias», para que su tiro sea eficaz.

Para realizar estos cálculos con la rapidez necesaria, que se trata,

amigo lector, de segundos, cuenta el jefe de tiro con la ayuda, con los datos de la central transmisora, que ordena los disparos.

Si los cálculos de los artilleros del «Cervantes» estaban bien hechos—lo que se comprueba luego por los datos que de su posición, rumbo y velocidad en el momento del tiro proporcione el «Canarias»—se supone que han caído en blanco. Y si no, no.

Aplicada esta regla al conjunto de la batalla se obtienen el triunfador y el derrotado (teóricos) de las maniobras.

Ahora bien, estos datos o cálculos, su certeza o su error, se discuten y se valoran en un juicio crítico. El juicio crítico es una reunión de todos los mandos que han intervenido en el desarrollo de estas operaciones. Se celebrará al final de las mismas, en un edificio próximo a Porto Pi (Palma de Mallorca). En él, en debate abierto, cada uno defenderá su actuación: cada almirante, la estrategia de su bando; cada comandante, la actuación de su buque; cada artillero, la exactitud de los disparos... Sus «enemigos», a modo de fiscales acusadores, les cantarán los defectos, y los fallas. Y de la discusión y de la prueba—que se examinan los documentos oportunos—saldrá, para unos, la victoria, y para otros, la derrota, no por «teórica» menos sentida. Y el comandante general de la Flota decidirá, a modo de juez supremo, de árbitro inapelable, el resultado final.

30 DE OCTUBRE.—ADIOS A LOS BARCOS DE GUERRA

En la mañana del 30 de octubre navegamos proa a Palma. Vamos a desembarcar. Han terminado para nosotros las maniobras. La Flota hará aún ejercicios de tiro real, con olor a pólvora, con «rebuto»—vibración y viento—de cañonazos, con emoción de tiros en el blanco. Y luego, en aguas de las Islas Canarias, otro ejercicio: la «Operación Teide».

Nos vamos a perder lo mejor, pues siempre—y más esta vez, porque le hemos tomado el gusto a la mar y los barcos—patece mejor lo que queda.

Volvemos al puerto con pena. Con pena y con agujetas, ¡que hay que ver lo que se anda y las horas que se pasan a pie firme en un buque!

Volvemos, llenos los ojos y el espíritu de la hermosura del cielo y de la mar. De la emocionante veteranía de nuestros barcos de guerra. Del espíritu joven y la destreza sin igual de nuestros marinos.

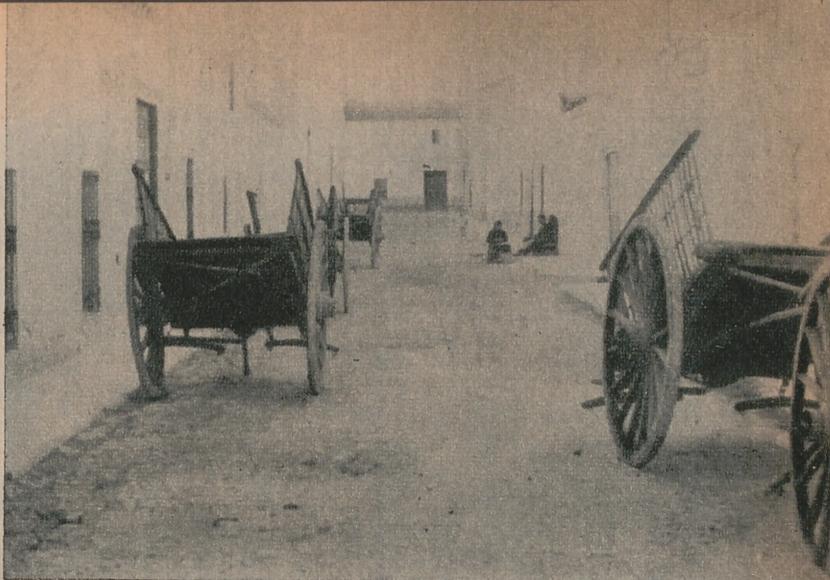
Y sin ganas de decir adiós a la Flota. Sin ganas de perder de vista el manso y azul Mediterráneo.

Y ya en el puerto bajamos, con la pena nostálgica de los licenciados, con lento paso, a tierra. Mientras se cuadra, en el último saludo, el marinero de guardia. Mientras desde cubierta nos despide, amistoso y correcto, con la estupenda cortesía de la Marina, el comandante del crucero «Miguel de Cervantes».

MIGUEL ESTEBAN es un lugar de La Mancha

Por tierras del Quijote, entre El Toboso y Quintanar

En sus bodegas hay seiscientas mil arrobas de buen vino



EN las tierras de La Mancha ha aparecido un personaje de todos los años: el otoño. Las viñas se han vestido de amarillo y la vendimia ha terminado ya. Bajo un sol que todavía quema, las huertas se han ido quedando desnudas poco a poco y la uva manchega, que basa su economía, ha pasado a las bodegas.

Miguel Esteban, un pueblo en el vino y en la patata, un pueblo que linda con las tierras del «Quijote», entre El Toboso y Quintanar de la Orden, un pueblo de 5.000 habitantes ha terminado ya la faena. En la plaza las mujeres corren cuando dan las nueve, porque ya las tardes son cortas y el cielo se vuelve negro en seguida. Miguel Esteban, cara al invierno, se prepara a resistir el frío, que pega fuerte por estas llanuras, hermanas gemelas de las de Castilla. Las mujeres, junto al hogar, hacen punto en los ratos libres y preparan el equipo al marido, a los hijos para que puedan ir sin temor a la huerta a eso de las siete de la mañana, cuando amanece en los pueblos y anochece en las ciudades.

En las cámaras cuelgan los melones de la última cosecha, que ya se vuelven amarillos esperando la Navidad y los cerdos, bien «cebaos», gruñen por poco tiempo. Las calles de Miguel Esteban, paralelas, de casas blancas con ventanas azules, se reflejan en el cielo de un otoño benigno, de un otoño continuación del verano, en el que hasta las moscas se sienten a gusto. Estos insectos son la verdadera plaga del pueblo, el martirio de los tranquilos bueyes que pasan a las horas del sol por las calles. Son la nota del verano, pero este año han resistido hasta ahora y se empeñan en rúnrunear en las ventanas y en los lomos de las caballerías.



Es domingo en el pueblo. Los carros descansan. La juventud de Miguel Esteban pasea

Todas las casas del pueblo tienen patio, un pozo y un aljibe. Todas recuerdan el tiempo de los árabes, detenido en las edificaciones de bovedilla, a listas marrones y blancas. En el patio, los chiquillos corren, se asoman al aljibe o al pozo, y la madre chillaba desde dentro, desde la sombra baja, donde ella guisa sentada en una silla, atizando el fuego y echando sarmientos, que no se conoce otra cosa para estas lumbres. En los patios se secan los «habichuelos», unas judías gordas y coloradas que sirven para hacer los guisotes durante todo el invierno. Unas judías que tienen la piel dura y por dentro son harinosas y saben bien. Las mujeres de Miguel Esteban, de caras relucientes y cuerpos redondos, son todas «Aldonzas». Saben hacer una tortilla de patatas de tres pisos con muchos huevos y saben criar hijos como Dios las da a entender, pero hermosos y sanos. Son mujeres que todavía llevan refajos rojos y pañuelos negros a la cabeza. Que tienen un delantal para los domingos, un delantal de lunares, limpio, severo, sin volantes, que sólo se saca para ir a misa o a dar un paseo por la plaza, allá por lo anochecido, mientras los hombres juegan en casa del

«Diógenes» a las cartas o al billar o discuten de política, que también ellos saben por dónde se andan.

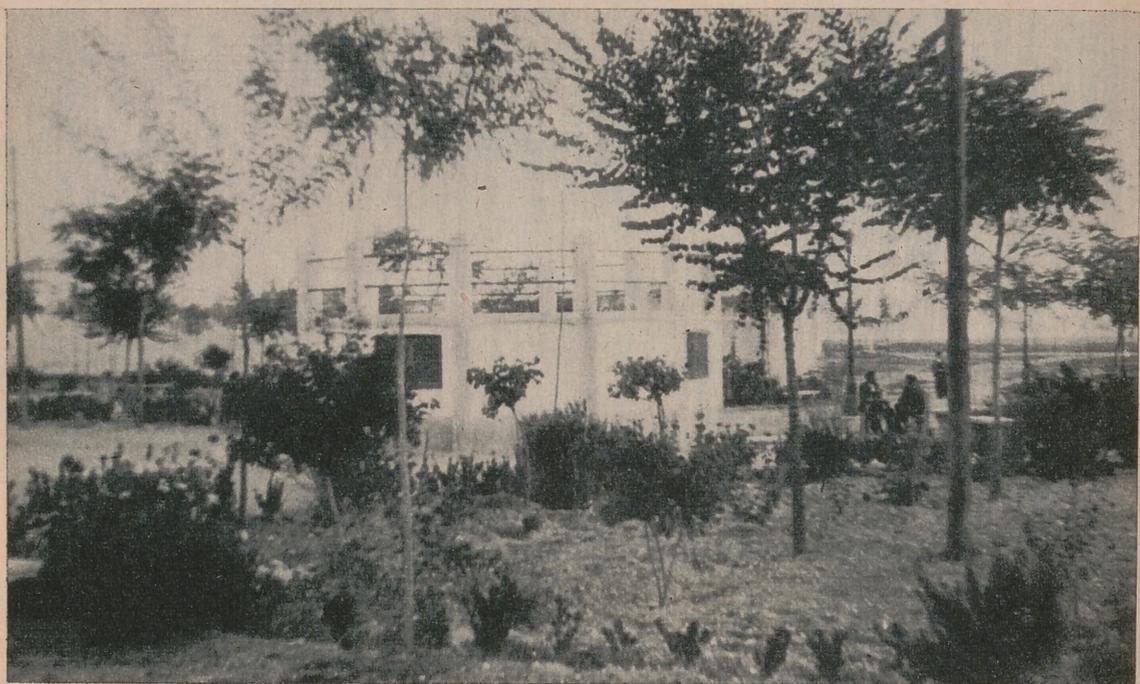
MUCHAS SILLAS EN LA CALLE PRINCIPAL DEL PUEBLO

Quando llegué a Miguel Esteban, en la calle de Santa Ana, la principal del pueblo, donde está la central de Teléfonos y la casa del médico, me sorprendió una hilera de sillas colocadas a ambos lados de la calle.

—Es que hoy hay procesión. Es la Virgen del Rosario.

Los hombres se reúnen en grupos, blusas negras, de día de fiesta, y boinas del mismo color. Las mujeres parlotean esperando que aparezca la imagen. Es un pueblo devoto, donde a las siete de la mañana las campanas que llaman a la primera misa siempre encuentran resonancia.

Otro acontecimiento importante ha ocurrido en la calle de Santa Ana, que, aparte de la procesión, hace congregarse al vecindario. Ha muerto don Enrique, el médico, que llevaba más de cuarenta años en el pueblo y que era pariente de la mitad de los vecinos. Las mujeres van a curiosear, y los pésames a la viuda



Un parque, con jardinillos bien cuidados, para la expansión de los vecinos de Miguel Esteban

se oyen por todas partes. Don Enrique era una institución en el pueblo, que, al desaparecer, dejó un vacío enorme. Me entero entonces que en este pueblo manchego la muerte se celebra. De casa de don Enrique sale mucha gente.

—Estos son los que han venido a la comida.

Me extraña esto. Pregunto. En Miguel Esteban es costumbre de toda la vida el que los que van a un entierro sean agasajados en la casa del fallecido. Se matan pollos, se descuelgan los jamones de la cámara y en medio de la tristeza se despide el duelo entre una alegría que significa una profunda fe en el más allá. Una alegría relativa, porque aquel que se va marcha a otros lugares mejores.

De todas las casas de la calle de Santa Ana han salido sillas para la doble solemnidad de la procesión y del entierro. A las nueve hay un trasiego y la calle queda vacía, desierta a la luz de las estrellas, que en este cielo manchego lucen luminosas y forman figurillas en las paredes encaladas, que dos veces al año son pintadas: una, por Semana Santa; otra, por las fiestas a la Patrona, la Virgen del Socorro. Las leyendas, que no faltan en Miguel Esteban, parecen resurgir por la noche, a esta hora, cuando las puertas se cierran y los habitantes se encaraman en las camas, a las que hay que subir con escalera.

La calle de Santa Ana, la más larga del pueblo, con sus cincuenta y tantos números, ha quedado silenciosa. Sólo como una prueba de que la vida continúa, en el bar del «Diógenes» siguen los hombres jugando a las cartas. Es domingo.

EN LAS BODEGAS HIERVE AHORA EL VINO DE ESTA COSECHA

Las tinas de barro, de siete

metros de altura, donde ha ido a parar la uva de esta cosecha, hierven a 24 grados. Hay en la bodega un olor que emborracha. Es olor a vinagre, a humedad. El ruido es como el del agua al caer en cascada. Las uvas, al convertirse en vino arman barullo, es un barullo de vida. He llegado hasta la bodega con el hermano Angel Lara, propietario de una de las bodegas más importantes de Miguel Esteban. Primero saca de un barril un vino que sabe a tierras bajas de Andalucía, a Jerez o a Montilla. Luego hemos pasado a la bodega con techo entramado de madera, donde da vértigo asomarse a las enormes tinas donde el mosto hierve. Pienso en un posible accidente. Sería horrible. Un hombre que cayera allí quedaría deshecho en un momento. No daría tiempo ni de quitar los tapones que en la parte baja aparecen en las vasijas.

—Este es el enemigo de los que trabajan aquí. Son, por lo general, hombres curtidos por muchas vendimias, que conocen bien el oficio, pero a pesar de todo ha ocurrido alguna vez...

Un obrero que antes me pidió un cigarrillo rubio, porque, por lo visto, esto es algo especial por estas tierras, coge, desafiando el peligro, un palo largo y comienza a menear el caldo. Sus manos expertas recorren al mismo tiempo la boca de la vasija, para que no se derrame la espuma. A la luz que se filtra por las ventanas de la bodega el líquido se vuelve rosado. El hombre, como impulsado por un afán de lucimiento, da más fuerte a remecedor, y el vino sube en espuma hasta la boca, de dos metros de diámetro. Parece que se va a desbordar. Es un espectáculo impresionante. Un espectáculo en el que los nervios se ponen en tensión temiendo por la vida del hombre que hace esto.

Hace calor en la bodega. Un

calor especial. No de verano. Es un calor artificial que despiden las tinajas donde el vino hierve hasta quedar en cero.

—Dentro de catorce días este caldo ya estará dispuesto para llevar al mercado. Bien alimentado y con 13 ó 14 grados, que se consiguen después de que el mosto quedó en cero, con un período de maceración de dos o tres días.

Miguel Esteban, un pueblo que produce 18 millones de kilos de uva, proporciona al mercado 600.000 arrobas de vino, un vino que sólo se vende a granel y que, sin adulterar, tal como sale de allí, se cuele poco a poco, pero luego no deja andar.

Junto a los recipientes donde el orujo se transforma en caldo, como ellos dicen, hay varias garrafas, donde se guarda un líquido químico que es el que alimenta al vino durante los quince o veinte días que tarda en fermentar. Estas garrafas han sustituido al antiguo alimento de carne y alcohol que antes se echaba.

—El vino se lo come todo. Es igual que un gigante. Aprovecha hasta los últimos residuos que se le dan. Y, claro, un vino bien alimentado, tiene más grados y más azúcar, de la que dependen éstos.

Este año la uva no ha sido buena hasta el final. Engordó con las últimas lluvias. Los vinateros creen que no se le podrán sacar muchos grados al vino. Ellos llaman pocos grados a 13 ó 14, lo suficiente para hacer temblar las piernas después de cuatro chatos. El mar verde de viñas que forma Miguel Esteban no ha producido mucho este año, no se ha portado bien. Pero hay que tener en cuenta que el agua no abunda por estos lugares, y los campesinos miran al cielo, de donde les viene su mejor aliada: el agua. Este año llegó tarde y la uva engordó artificial-

mente. Pero engordó al final. Como dicen los vinateros: «No hay de qué quejarse.» Otras cosechas se han perdido del todo y en el pueblo no se murieron de hambre. Siempre queda lo otro, la patata, que por mal que se dé la cosecha ayuda a comer.

—Está tan repartida la propiedad que aquí no hay pobres ni ricos. Todos nos llamamos de tú y nadie se doblega ante nadie. Todos somos hermanos y así nos llamamos. Hemos implantado la democracia verdadera. La consecuencia de esto es que cada uno de los habitantes de este pueblo manchego, donde los quesos se meten en calderos llenos de aceite, tengan todos su pedazo de tierra, a] que cada mañana marchan en silenciosa comitiva todos los de la casa. Los hijos, las hijas y el padre. Sin embargo, existe el respeto de que los hijos llamen a los padres de usted, y no se acercan a ellos más que para hablarles de cosas tan importantes como son las bodas, o quién sabe si el abrazo más apretado se lo dan cuando el hijo marcha a la «mil», porque luego no vuelve más al pueblo. Un brazo menos en la huerta, una puerta a la que no hay que llamar por la mañana cuando canta el gallo, el mejor despertador del mundo.

La Cooperativa ha venido a resolver el problema de muchos labradores. Este año la uva se ha pagado a 1.60. Nada ha quedado en el granero. Sólo lo justo para el consumo de la familia. El pueblo ha adelantado mucho desde entonces. No se han plantado más cepas y las cosechas, por malas que hayan sido, han tenido salida. Miguel Esteban era hace unos años un pueblo que vivía pendiente de los compradores. Ahora la enorme bodega de la Cooperativa, que se alza entre más de cuarenta, es el refugio de todos. Un lugar donde el grano es recibido seguro y pagado siempre al final por acciones. La familia que se levanta con el sol para marchar a la huerta que en ocasiones está a hora y media de casa, tiene hasta cierto punto asegurada la comida.

—No hay problemas en el pueblo. Somos elegidos de Dios, porque en todas las casas hay siempre patatas y jamón, y en el horno no faltan nunca los panes, amasados para la semana. El pan blanco, metido en harina, es como aquel pan del que Dios nos habla en sus Evangelios. Un pan sencillo, que tiene olor de campo, que se come con el trabajo y el sudor de la frente. Las faenas duras, a la hora del almuerzo, a eso de las once de la mañana, se olvidan. El pan blanco reúne a la familia, y el padre, como un rito, lo parte en dos sobre la rodilla. Todavía quedan tradiciones en los pueblos de España.

AQUI HACIA FALTA UN GUARDIA DE LA CIRCULACION

Ha sido el hermano Juan Tranco quien me dijo esto. Las calles

El mosto extraído de las uvas de este año ya hierve en las tinas de barro

de Miguel Esteban están llenas de carros. Uno en cada puerta. Es indispensable este medio de locomoción para traer los productos de la huerta, aunque la familia marche andando detrás. En cada casa hay un par de caballerías, que son el mayor tesoro de los campesinos.

—Hacia falta un guardia de circulación cuando los carros llegan de la huerta. La hilera que forman se pierde de vista.

Todos los días, a eso de las seis de la tarde, hay mercado junto al bar de «Los Pinchos». Llegan los compradores de Quintanar, de Alcázar de San Juan, y los productos se venden en pública subasta. Es algo que forma parte del carácter del pueblo. Si una tarde los carros no armaran este jaleo parecería que todos los habitantes de Miguel Esteban habían abandonado sus casas encaladas.

Después de los negocios hay su rato de charla, de entretenimiento. Entonces la taberna de «Los Pinchos» se llena de gente, de hombres que todavía huelen a campo y que llevan pegados en las abarcas el barro de los surcos. No hay en ningún sitio una «tasca» donde el vino cueste más barato y los aperitivos sean mejores. Los trozos de jamón colorado, curado encima de las cocinas o en las cámaras, son gordos como tacos. Son unos «pinchos» que no se han visto nunca en las capitales, por los cuales uno se explica que las mujeres y los niños estén colorados y con los rostros brillantes.

El hermano Paco, el tabernero, no se da a basto. Sale su mujer y sus dos hijos a ayudarlo en la faena y todos beben. Es un rato alegre, sencillo, un rato de expansión necesario después de estar todo el día agachado sobre la tierra, cuidándola, rogándola para que dé buen fruto, y como consecuencia las cámaras estén adornadas con buenos jamones.

En casa del «Diógenes» sólo van los mozos los días de fiesta, cuando se puede jugar al billar, que ofrece su paisaje verde distinto al de los campos. Esta taberna, que está junto a la calle principal, reúne en los días de diario a los sabios del pueblo. El Alcalde, los civiles y antes a don Enrique, que iba siempre allí con el boticario.

La caravana de carros aparece otra vez por las mañanas. Ahora, vacíos, cargados sólo con los que marchan a trabajar, medio dormidos, despertando a la luz de día gracias a la brisa que sopla desprendida de las gotas de rocío. En el paisaje de Miguel Esteban, liso como la palma de la mano y fértil como hay pocos en la tierra, aparece la segunda tradición: la hilera de carros que se juntan junto a los «Pinchos», la taberna que les aguarda a atardecer.

Las mujeres, embozadas en mantones negros y pañuelos a la cabeza, despiden a los hombres desde la puerta de la iglesia. Dios está en todas partes, en los arados y en los atares. Eso es verdad. Es lunes.

TRES AÑOS SIN PISAR LA CALLE

—Hoy es el primer día que salgo desde que murió mi hombre. Hace tres años.

Ser viuda en Miguel Esteban es igual que condenado a prisión en cualquier parte del mundo. Hasta el año y medio no se sale para nada, ni a la puerta de la calle. Luego ya se empieza a ir a la primera misa, pero con la cara cubierta de velos negros. A los tres años ya pueden salir. Esta es la tercera tradición, aunque la viuda tenga veinte años. La muerte que se celebra con una comida de despedida se siente con el aislamiento del mundo. Es un rito el que las mujeres de la familia (y todos son familia entre los cinco mil habitantes) vayan cada día a consolar a la viuda, hablándole del difunto, elogiando sus virtudes y llorando con la que quedó sola.

—...Y es que es una pena muy grande.

La viuda no puede hablar con ningún hombre. Sólo con el padre. El primer día que sale a la calle va con los ojos bajos, y si pasa por delante de un grupo de mozos ha de desviar la mirada hacia el cielo, como si no viera a nadie. Ser viuda allí es un mito, una leyenda que ni los años ni la civilización harán desaparecer.

Los hijos no pueden hablar con ella hasta que han pasado unos meses, y visten de negro



por completo el mismo tiempo que ella. Las viudas, pues, engordan. A fuerza de llorar, de dormir y de comer no tienen más remedio que hacerlo, y si quieren seguir viviendo es mejor que se vayan del pueblo. A un lugar cualquiera, donde nadie las conozca y puedan cambiar los velos hasta los pies por unos cortos, menos tristes, que den sensación de vida.

La mujer en Miguel Esteban es algo aparte. Los hombres las respetan, no las miran. Ellas pasean por una acera y ellos por otra. No pueden hablar hasta que son novios formales, y él va a la casa a verla por la noche cuando vuelve de la faena. Pero el problema es grave. Las muchachas prefieren a los forasteros, porque los hombres de este pueblo, a fuerza de tratar con la tierra, se vuelven como ella: áridos, aburridos, silenciosos.

Por este paisaje, donde cada hombre recuerda a un Don Quijote o a un Sancho (de los dos hay), este paisaje de molinos, de bodegas, de viñedos inmensos, las mujeres son algo sagrado, a las que no se concibe rodeadas de estos adelantos modernos que se llevan en las ciudades. A la tarde, cuando se han recogido los trastos de la casa, ellas forman sus tertulias a la puerta y cosen, echan remiendos o hacen bolillos. Pero nunca se mezclan con los hombres, ni se enteran de sus preocupaciones. Son las que administran, las que dan hijos y los crían, y esto ya es bastante. Ser mujer allí es una bendición de Dios. Es algo así como retroceder en el tiempo y marcharse a los del matriarcado. Ellas en la casa ordenan. Ellas se cuidan de las hijas. Los hombres, de los varones.

UN MITO: AGUEDITA

Yo la conocí. Sería en el año cuarenta y tres. Era hija del hermano Moisés, y según dicen murió en olor de santidad. Aún hoy es un mito en Miguel Esteban. Era una santa, una santa que hacía milagros, según los vecinos del pueblo. Todos habían aún de ella. Recuerdan su cara de bondad y sus milagros. A todos daba estampas y medallas y dicen que curó a más de uno que se iba a morir.

Aguedita es y será por mucho tiempo la leyenda de este pueblo. «Se fué Carmelita y no volvió más...»

Yo recuerdo todavía sus cilicios, sus obras de caridad. Tuvo la suerte de conocerla cuando aún nadie sabía que un día sería la leyenda de Miguel Esteban, este pueblo que se pierde en las llanuras inmensas de La Mancha.

Es como el recuerdo sentimental de una tierra que tiene leyendas tan antiguas como las de Don Quijote, que pasó su figura huesuda y loca por aquí. Si alguna vez vas por allí te hablarán de ella. De sus milagros. La casa donde vivió, donde ahora viven el hermano Moisés, vinatero, hombre gordo y bonachón; la hermana Celestina y Encarna, la hermana viuda; la casa que antes era Teléfonos y ahora se halla en camino de alzarse nueva, te señalarán muchos dedos la habitación donde ella vivió y te contarán muchas leyendas sobre su vida corta. Aquella muchacha que hoy descansa en el camposanto de cipreses altos que se alza a la entrada del pueblo recién pasado el río Gigüela, forma parte de la historia de este pueblo sencillo. Hay que hablar de ella porque es algo fundamental para los habitantes de Miguel Esteban. Yo aún recuerdo sus ojos grandes y negros que siempre hablaban de dulzura, de bondad. En la iglesia todavía está su reclinatorio vacío.

En este pueblo rodeado de viñas, donde a cada paso hay una bodega, late este espíritu. Y es que los pueblos que tienen historia, pasado, presente y futuro, necesitan un mito, un ideal, que les ayude a sentirse más fuertes, más protegidos. Cuando se prueba el vino en las bodegas en esos vasos largos que forman una comunidad de bebedores, uno piensa en Agueda, el mito del pueblo, unido a estas tierras de castillos fantasmas, de molinos, de Dulcineas imaginarias. Los mitos, las leyendas, son algo que los pueblos necesitan para no sentirse acomplejados, para que las viejas tengan algo de qué hablar en las tardes largas del invierno, cuando chisporrotean los sarmientos y se busca el calor del hogar.

Las casas de Miguel Esteban son casas con «duende», con alma. Los retratos de la boda de los abuelos, de todos los parientes, que a muchos harían reír, porque son anticuados, señalan que este pueblo tiene alma. Los mitos, las leyendas, como la de esta muchacha que murió lo suficientemente

pronto como para haber sido santa, no pueden nacer en otro sitio que no sea en estas habitaciones de techos altos y enjalbegados, que guardan generaciones de respeto. Tradiciones que se transmiten de padres a hijos en esos momentos de reunión, cuando la taberna de los «Pinchos» parece demasiado lejos, porque el termómetro marca bajo cero.

A pesar de que el pueblo se extiende, de que esté naciendo un pueblo nuevo a partir de la plaza del Perpetuo Socorro, donde hay un quiosco para los músicos Miguel Esteban es La Mancha, la tierra más bella y más rica en tradiciones.

EL MAS VIEJO DEL PUEBLO NUNCA SALIO DE ALLI

—Es que eran otros tiempos. Entonces no había coches, y los trenes sólo llegaban hasta Quintanar.

«La Golondrina», el coche de línea que atraviesa los siete kilómetros de distancia entre Quintanar y Miguel Esteban, ha aparecido ahora. Antes, se usaba la tartana, y no era fácil salir del pueblo. Es más, nadie lo necesitaba.

El hombre más viejo del pueblo, que ronda los cien años, barre, mientras habla, la puerta del corral de su casa. La escoba es á hecha de rastrojos, pero va dejando el suelo claro, y hace aparecer las hierbas que había tapado el polvo.

Es delgado y lleva un pasamontañas. Tiene barba de muchos días y habla con la mirada perdida en el horizonte. Lo he encontrado por casualidad. El hermano Juan sale muy poco de casa. Está muy viejo ya. Tiene manías y muchos, muchísimos nietos. Habla de los tiempos en que la tartana iba una vez por semana de Quintanar a la plaza del pueblo. Entonces, la plaza principal era la de la iglesia. El no sabe que existe otra que se llama del Perpetuo Socorro.

—Yo también tenía mis bodegas. Ahora son de mis nietos y de mis hijos. Dicen que ya soy viejo para trabajar, y no me dejan salir; pero a mí me gusta barrer la puerta. Nadie la deja bien limpia.

Los nietos del hermano Juan ya son mozos, ya tienen hijos. El espera morirse cualquier día, y lo único que desea es ir a la iglesia a arreglar sus cuentas con Dios, porque eso sí, siempre ha sido un buen católico. Pero las piernas ya no le sostienen. Un hombre que ha vivido un siglo encerrado en un kilómetro y medio de pueblo, sin oír hablar nunca de periódicos, ni de política, ni de adelantos. Ha vivido feliz y es como una muestra de lo que los habitantes de Miguel Esteban son: campesinos. Hombres de bien que respetan a Dios y creen en el milagro de la tierra. El hermano Juan es el pasado, pero también es el presente, porque encarna a una porción de hombres que viven bajo el cielo azul de España, pensando que con el sudor de sus manos encallecidas hacen un vino que alegra a muchos españoles.

Raquel HEREDIA
(Enviada especial)



Una casa de labradores. Limpieza y orden



El Presidente del Pakistán, Iskander Mirza

EL MAYOR-GENERAL ISKANDER MIRZA, PRIMER PRESIDENTE DEL PAKISTAN

UN ESTADISTA DE TALLA AL FRENTE DE LA JOVEN REPUBLICA ISLAMICA
EN EL CENTRO NEURALGICO DE ASIA, UNA PIEZA CLAVE

ES el día 23 de marzo de 1956 en Karachi. Muy de mañana, el estampido de 31 cañonazos ponen en pie la ciudad para celebrar el nacimiento de la República islámica del Pakistán. Las calles son una colmena humana; la capital que diez años antes tenía 359.000 habitantes, ahora alberga a más de 1.120.000. Los coches recién salidos de las factorías norteamericanas alternan con los camellos huesudos y con las «rishas», de las que tiran seres humanos.

Por las esquinas hay faquires y encantadores de serpientes, sentados en cuclillas; por los rincones están instalados los peluqueros, que, sin más techo que el cielo azul, dejan mondas las cabezas de sus clientes. Junto a ellos trabajan también los dentistas. Miles de banderas se izan en torno al solemne palacio de Dunbar, residencia oficial del primer Presidente de la República: el mayor-general Iskander Mirza.

Iskander Mirza dirige en esos momentos jubilosos una alocución a las Fuerzas Armadas del país. Son sus palabras una declaración que fija los principios que han de regir la política exterior pakistani

y, al mismo tiempo, una orden castrense, tajante, dada por el general a las mejores tropas del Continente asiático.

—Mientras no aspiremos a una sola pulgada del territorio de otros, no cederemos una sola pulgada del territorio de nuestra patria.

Así habla el mayor-general Iskander Mirza a sus soldados, a los «prusianos de Asia», descendientes directos de los más combativos guerreros que ha tenido la Gran Bretaña desde que en 1839 se estableció en aquellas tierras hasta 1947, cuando el último galtero escocés se retiró definitivamente camino de Europa. Se dirigía el general a los legendarios lanceros bengalíes, hoy jinetes a lomo de «jeeps», a los temerarios «panjabis» y a los audaces «pathans».

Ese mismo general que hablaba aquel día es el Presidente del Pakistán, huésped de España ahora. El Jefe de Estado del mayor país musulmán de nuestro tiempo viene a tierras hispanas en visita de amistad y profundo afecto para

conocernos y llevar luego a su país, al corazón de Asia, el testimonio de un pueblo mediterráneo estrechamente vinculado al mundo islámico.

Un mundo ése que constituye la segunda fuerza demográfica de



El Rey del Irak y el Presidente pakistani se encuentran en el aeropuerto de Bagdad



Una calle de Karachi A la izquierda, el Palacio Municipal

la Humanidad. Si de cada cuatro habitantes del mundo uno es chino, de cada seis uno es musulmán. Cerca de 400 millones de seres integran la población de los países islámicos, extendidos del Atlántico al Pacífico. El Pakistán, por sí solo, agrupa a más de setenta y seis millones.

—Nada más que un año llevamos de independencia total, contra mil doscientos años de lucha en este inmenso territorio. Somos ya libres, pero estamos haciendo ahora lo más difícil: consolidar nuestra independencia—ha declarado últimamente un político pakistaní.

En esa tarea titánica de asegurar la independencia recién lograda destaca la habilidad y la inteligencia de un hombre: Iskander Mirza. Elegido para desempeñar la más alta magistratura del Pakistán, el país puede hoy mirar serenamente y con confianza el porvenir. El mayor-general Iskander Mirza tiene la talla del estadista que la joven República islámica necesitaba para salir con bien del campo de escollos tendido a los pies de la nación.

UN PAIS PARTIDO EN DOS

Al retirarse los últimos «rifles» y los últimos gaiteros británicos de la India, a sus espaldas dejaban dividido el subcontinente y decapitada su economía. Decir que la India quedaba escindida en dos partes es inexacto, porque se halla fraccionada en tres zonas.

El Pakistán se compone de dos zonas: una situada al Oeste, sobre lo que antes fueron tierras del Sind, el Beluchistán, la Rajputana y el Punjab; y otra región enclavada en el extremo opuesto, en Bengala. Resulta así que el Pakistán es el único país del mundo cuyo territorio nacional se compone de dos trozos separados por unos 2.000 kilómetros. Algo semejante a la posición de España si tuviera a Castilla situada al otro lado del Rin.

Esta circunstancia geográfica supone para la República islámica un cúmulo de dificultades administrativas y de problemas políticos, que se acrecienta más aún si se tiene presente que la tierra que se interpone entre ambas zonas pakistaníes es la India, con la que Karachi tiene pendiente cuestiones tan espinosas como la de Cachemira.

Siempre hasta ahora, en todos los casos de fricción entre los intereses indios y pakistaníes, el Gobierno de Karachi adoptó una actitud prudente y comedida. Y en repetidas ocasiones, esta política alentó a la India de Delhi para lanzarse a una acción expansiva, cuyo resultado ha sido la sumisión de todos los principados, que vacilaban entre la soberanía hindú o islámica, su misión resuelta, generalmente, a favor de la India.

Con la persuasión unas veces o utilizando otros medios, en menos de un año Pandit Nehru se enseñoreó de más de 500 principados que habían sobrevivido a la ocupación británica. Entre ellos los había tan minúsculos como el de Bihora, con 266 habitantes y dos kilómetros cuadrados, o tam

grandiosos como el de Hayderabad, con 15 millones de habitantes y unos 150.000 kilómetros cuadrados.

La prudente política de Karachi se pone de manifiesto recordando que, a pesar de ser musulmán el nizán de Hayderabad, se abstuvo de intervenir en su favor cuando la India se anexionó políticamente el principado. Sólo cuando Pandit Nehru intentó recuperar Cachemira, con una población que en su 90 por 100 profesa la religión musulmana, Pakistán demostró haber agotado su paciencia, y se dispuso a hacer respetar los que considera derechos inalienables. Para evitar la guerra abierta entre los dos antiguos dominios británicos, las Naciones Unidas hubieron de intervenir urgentemente, sin que hasta ahora se haya saldado la cuestión.

PAKISTAN, NUDO ESTRATEGICO

En esta exposición a vuela pluma de las dificultades con que tropezó el Pakistán desde los albores de su independencia debe ocupar también la atención el problema económico. Con el fraccionamiento político del subcontinente en los dos Estados del Pakistán y de la India, su economía quedó asimismo seccionada. Los recursos industriales quedaron del lado hindú, en tanto que las primeras materias y las regiones agrícolas se adjudicaron al Pakistán, con el agravante de que las fuentes para el riego de la principal región de este último país se hallan en territorio indio.

Llevado este galimatías al terreno demográfico, se da la circunstancia de que más de 300 millones de seres son súbditos del Estado de la India, mientras que setenta y seis lo son del Pakistán que no ha podido recibir bajo su bandera a otros veinticuatro millones de musulmanes que habitan en el territorio vecino.

Consecuencia de todo esto es que Calcuta está abarrotada de hindúes que huyeron de los territorios entregados a los musulmanes y Karachi está congestionado por las masas de islámicos escapados de las tierras que han quedado bajo la soberanía de la India.

Todavía no se sabe con precisión cuántos son los millones de seres que han tenido que abandonar sus hogares y sus bienes para acogerse a sus respectivos pabellones nacionales. Y se ignora también los que han muerto a causa de la emigración.

Pero en esta marea migratoria, el Pakistán no sólo se ha mantenido a flote, sino que se mueve rectamente hacia la prosperidad. Todo el país está alentado por el deseo de vivir y mejorar, y ha conseguido poner en marcha un aparato administrativo y político eficiente, unitario y flexible, al mismo tiempo. En esta imprecisa labor, el mayor-general Iskander Mirza se ha revelado como artífice de excepción. Los pakistaníes reconocen en él a un auténtico padre de la patria, que ha levantado de entre ese cúmulo de difícilísimos problemas y circunstancias un Estado moderno y bien regido. El Pakistán ha llegado a ser, a la vez, un país de cultura oriental mediterránea, que

está enclavado en el centro neurálgico del Asia. Es así un nudo estratégico mundial por reunir características de los dos sectores geográficos.

«TIERRA DE PUREZA»

El proyecto de crear un territorio como núcleo de condensación para los musulmanes de la India es reciente. El antecedente del Estado pakistaní moderno hay que buscarlo en las ideas desarrolladas por Mohamed Iqbal, poeta y pensador, que pidió un país separado para sus correligionarios, con el nombre de Pakistán, que significa «Tierra de pureza», y que toma el nombre —PAK— de las iniciales de Punjab, Afghanistan y Kashmir (Cachemira).

Fué Rahmat Ali quien organizó un movimiento popular para llevar el plan de Iqbal al terreno de la política activa, y a Mohamed Ali Jinnah, jefe del partido Liga Musulmana, le cabe la gloria de haber impulsado a feliz término la empresa, consiguiendo que Inglaterra partiese la India en los dos trozos de Bharat (o Unión India) y Pakistán. Ocurre este trascendental hecho el año 1947, en el mes de agosto.

Antes que el Pakistán y el conjunto humano que en él se agrupa tuviesen existencia oficial reconocida, las líneas generales de las corrientes políticas que le sirvieron como puntos de apoyo tenían mayor extensión que la nación resultante. En sus discursos, Mohamed Ali Jinnah, al defender la idea de que los islámicos del subcontinente indostano formasen una entidad separada, trataba de justificar tal idea alegando que esos musulmanes eran un núcleo humano diferente del hindú. Se había formado superponiendo al fondo indostano antiguo masas de gentes conquistadoras o emigrantes de orígenes turcos, árabes, persas, afghanes, etcétera, los cuales, mezclados con indios conversos, compusieron un nuevo pueblo dentro de la India. A la vez, este pueblo era una mezcla racial sintética y simbólica de todo el Islam mundial.

Por estos argumentos, en la etapa de preparación política del Pakistán, sus propulsores, a fin de reaccionar contra la absorción territorial de los miembros del Congreso de Gandhi y Nehru, negaban el predominio de lo territorial sobre lo patriótico, y se sentían más solidarios de los musulmanes de otros países que de los no musulmanes que habitaban la península india.

Mohamed Ali Jinnah, el verdadero creador del mayor Estado islámico del mundo, lucha contra todas las dificultades hasta ver realizado su proyecto. Tiene una visión estrictamente secular del Estado, y en pensamientos y hábitos está completamente modernizado y occidentalizado. Un político con menos fuerza moral que él se hubiese dejado comprometer en el camino de su empresa, y no sólo una vez, sino decenas de veces. Pero Mohamed Ali Jinnah no se deja seducir ni por el sentimentalismo de Gandhi, ni por la sutileza de Nehru ni por

los argumentos del inglés Mountbatten.

El nacimiento de la nueva nación, después de la división que realiza Inglaterra en agosto de 1947, tiene lugar al crearse un Pakistán concreto y territorial, dentro de fronteras materiales definidas. Pakistán sería, desde el primer instante, hogar para todos los que procediesen de un puro origen islámico, sin distinciones de ningún otro género. Así, después de 1947 hasta 1954, entraron dentro de sus fronteras unos siete millones y medio de refugiados y emigrantes procedentes de los territorios vecinos. Estos refugiados fueron nacionalizados automáticamente, pues sus orígenes islámicos les daban este derecho.

A pesar de las separaciones territoriales y de la multiplicidad idiomática, existe entre los pakistaníes una comunidad cultural que asegura su solidaridad en torno a Karachi, que es, a la vez, capital nacional, centro político y punto de enlace intelectual. Para la labor consolidadora de la unidad pakistaní sirve de máximo aglutinante el islamismo, tanto para contrarrestar algún posible foco de separatismos como para oponerse al concepto de «patria física», que podría beneficiar solamente a la Unión India.

ISKANDER MIRZA, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Es el 14 de agosto de 1947 cuando es reconocido el Pakistán como Estado independiente y formado por dos regiones separadas, situadas al oeste y al este de la República de la India. Antes de esa fecha histórica, esas dos zonas territoriales integraban el Imperio británico de la India.

En el mapa, el Pakistán occidental, con su puerto de Karachi, está limitado por las fronteras del Irán, de Afganistán y de la India. Al norte se encuentra el Estado de Cachemira y Jammu, mientras que al sur está bañado por el mar Arábigo. En este territorio habitan 33.779.000 habitantes.

El Pakistán oriental agrupa a más de cuarenta y dos millones de súbditos, la capital es Dacca y su puerto principal es Chittagong. Las comunicaciones comerciales entre las dos zonas se realizan por mar principalmente. La

superficie total del Pakistán suma, incluidas ambas regiones, la cifra de 947.663 kilómetros cuadrados, casi el doble de la extensión de España.

Ya en noviembre de 1953 pudo considerarse completo el ciclo de la unificación y se decidió hacer del Pakistán una República Islámica, aunque la ratificación de este régimen y del estatuto nacional definitivo no tiene lugar hasta el mes de marzo de 1956.

Antes de esa fecha, el 6 de agosto del año precedente, es nombrado gobernador general interino Iskander Mirza. Días más tarde es proclamado gobernador general permanente del Pakistán. Todavía el país era un Dominio de la Commonwealth británica.

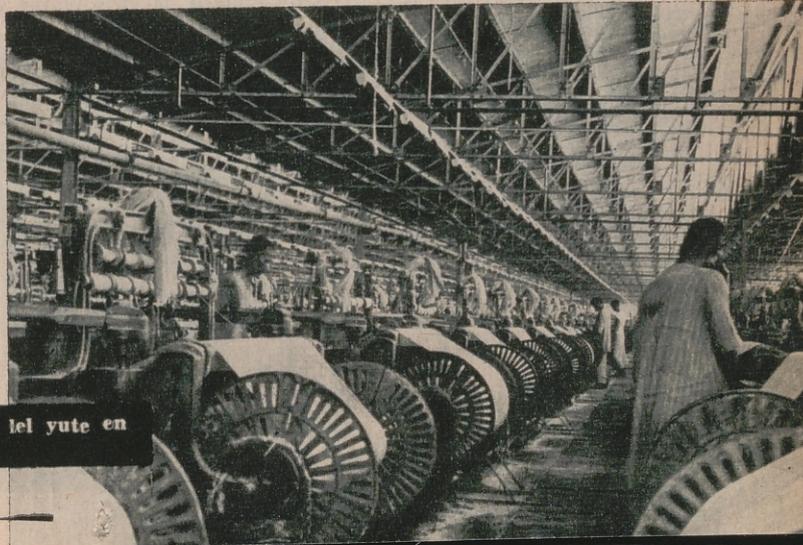
Mientras tanto, se halla en elaboración la Constitución nacional; hasta dar con el texto definitivo se invierten más de ocho años. Es el 2 de marzo de 1956 cuando la obra queda perfilada y cuando recibe el beneplácito del mayor-general Iskander Mirza.

Con la nueva Constitución el Jefe del Estado, nombrado hasta ahora por el Soberano británico, tiene que ser elegido por la Asamblea. Y es precisamente la Asamblea Nacional del Pakistán la que proclama a Iskander Mirza primer Presidente de la República. Se adopta esta resolución el mismo 5 de marzo de 1956. Se reconoce oficialmente a la República Islámica el día 26 del mismo mes y año. Con este acto queda definitivamente suprimido todo vestigio de Dominio de la Commonwealth, aunque el país siga dentro del sistema de la Mancomunidad Británica Mundial. Pero como Estado aliado libre y de un modo semejante a la India desde 1950.

DE CADETE DE SANDHURST A JEFE DE ESTADO

El primer Presidente del Pakistán, Iskander Mirza, trae al cargo la base de una gran personalidad con una vasta experiencia administrativa y política.

Nacido el año 1899, tan pronto como termina los estudios primarios ingresa en el Colegio Elphinstone de Bombay. Corre entonces el año 1916. No transcurre mucho tiempo cuando es seleccionado para ir como cadete a la Academia Militar británica



Una instalación de la industria del yute en Pakistán

de Sandhurst. Después de concluir aquí sus estudios, regre a la India en 1919. Es el primer oficial oriundo del subcontinente que ingresa en el Ejército después de pasar por aquel centro de enseñanza militar.

En su país se alista a los «Cameronians» y a los «Rifles Essexes» para tomar parte en las acciones de Khoodad Khel. Desde 1922 hasta 1924 sirve en la Caballería de Puna y en un regimiento de Caballería india, con el que interviene en las operaciones de Waziristán. Su valor sereno y sus conocimientos del arte de la guerra hacen popular su nombre entre esas promedios de intrépidos soldados que, nacidos en la India, sirven al pabellón británico.

Pronto es requerido para trabajar en la Administración. El año 1926 Iskander Mirza es nombrado subcomisario en Abbottabad. Y luego en Bannu, Nowshers, Tank. Su carrera política es una sucesión ininterrumpida de aciertos. En 1931 hasta 1936 desempeña el cargo de comisario en Nazara y Mardan. Después es nombrado agente político en Khyber.

Debido a su habilidad administrativa y a su comprensión de los problemas que le plantean las funciones que ejerce actúa como comisario diputado de Pehawar, desde 1940 hasta 1945. Después de ir destinado al Estado de Orissa, en 1946 es propuesto secretario adjunto del ministerio de Defensa en el Gobierno de la India anterior a la partición de ésta.

Cuando el Pakistán es ya una realidad política, el mayor-general Iskander Mirza pasa a ser primer secretario de Defensa en el Gobierno pakistaní. Ya en mayo de 1954 es nombrado gobernador del Pakistán oriental. La provincia sufría entonces una de las inundaciones más catastróficas registradas por la historia, y el mayor-general Iskander Mirza reorganiza rápidamente la vida en las zonas afectadas e introduce oportunas reformas en la Administración pública. Sus servicios proyectan su nombre hasta el primer plano de la actualidad. Poco después es designado ministro del Gabinete Central, teniendo a su cargo las carteras de Gobernación y de Estados y Provincias fronterizas, Ministerios que desempeña con relevantes aciertos.

Ardecido por aclamación general a la primera magistratura de la República, Iskander Mirza se gana pronto las simpatías de todos los pakistaníes. Con sus cincuenta y ocho años, es un trabajador infatigable que puede con las energías de los colaboradores, que son más jóvenes que él. Tanto cuando está sentado a la mesa de trabajo como cuando practica la equitación o acude a cacerías, da pruebas de una resistencia física inagotable. De porte distinguido, de modales exquisitos, bien plantado y cordial siempre, el mayor-general Iskander Mirza es un fiel exponente de la cortesía y de la elegancia de las clases cultas de la sociedad pakistaní.

LA BEGUM ISKANDER MIRZA

El mayor-general Iskander Mirza está casado con una iraniana. La Begum Iskander Mirza es dinámica y, como su marido, no encuentra mejor dedicación que la actividad diaria y completa para tratar de mejorar la situación del prójimo. Para aliviar sus sufrimientos y para infundirle esperanza.

Sus muchos compromisos como esposa del Presidente del Pakistán no le impiden aceptar patronazgos o cargos en gran número de organizaciones. Y una vez que ella ha aceptado un puesto, trabaja en él con gran energía, preside reuniones y hace que todos trabajen para dar el mayor rendimiento.

La Begum Iskander Mirza está profundamente interesada en todos los movimientos que tienden al progreso de la mujer pakistaní, a mejorar las condiciones de vida de los niños o de los enfermos. Es patrocinadora de la primera organización femenina del Pakistán: la A. P. W. A. y visita sus instituciones no solamente en Karachi, sino también en otras localidades como Dacca y Lahore, siempre que acude a estas ciudades.

Existen dos destacados establecimientos con los que ella se ha identificado plenamente: el Hospital Nacional Liaquat y el Centro de Ciegos Adultos. La Begum Iskander Mirza es también patrocinadora de la Corporación Cinematografía Educativa, que se encarga de producir, distribuir y exhibir películas docentes en las escuelas del Pakistán.

Tiene puntos de vista claros y

definidos sobre el papel que la mujer tiene que desarrollar para levantar el Pakistán moderno. Fue explícita en un mensaje reciente:

—Ya que los hombres están ocupados con sus empresas políticas o económicas, nuestras muchachas deben monopolizar los campos de la reforma educativa, sanitaria y social. Una mujer educada adecuadamente ha de irradiar su encanto no sólo en su hogar, sino también ha de llegar a ser compañera igual del hombre en el campo más amplio de la reconstrucción nacional.

Este Pakistán esbozado por la Begum Iskander Mirza está muy lejos de ser el tópico del viejo país islámico de los rostros femeninos ocultos por la gasa del velo, del harén protegido por tupidas celosías y de las mujeres sin quehacer en la vida social.

PIEZA CLAVE ESTRATEGICA

A pesar de innumerables adversidades, el poeta Iqbal, el gran Mohamid Ali Jinnah y el mayor-general Iskander Mirza con sus colaboradores han realizado el atrevido experimento de crear una nación y han salido triunfantes de la empresa. El Pakistán es hoy uno de los factores decisivos del frente común de las naciones libres. Su línea en política extranjera lo convierte en una fuerza de primera magnitud, lo que es más que bastante para una nación que no existía hace diez años.

En el Pakistán, que alberga también a cerca de medio millón de católicos, todas las minorías religiosas tienen garantizada la libertad de cultos y el desarrollo de sus culturas. Fue Mohamed Ali Jinnah quien lo expresó con exactitud: «Sois libres; libres para ir a vuestros templos, libres para ir a vuestras mezquita o a cualquier otro lugar de culto. Podéis pertenecer a cualquier religión, casta o credo. Empecemos nuestra existencia con este principio fundamental: todos somos ciudadanos y ciudadanos iguales de un Estado.»

Con respecto a nuestra Patria, el Pakistán siempre ha defendido a España con el mismo entusiasmo que si defendiera intereses propios. Su voz en la O. N. U. fué de los mejores abogados de la causa nacional.

Vinculado con la Liga Árabe, enlazado con el Pacto de Bagdad y la S. E. A. T. O. modalidad de Pacto del Atlántico que agrupa principalmente a las potencias anticomunistas del Pacífico, el Pakistán es una pieza clave y segura en la estrategia defensiva del mundo libre.

Por esto y por muchas otras razones de rango cultural y económico, la visita del Jefe del Estado mayor-general Iskander Mirza a España es un destacado acontecimiento en el actual momento diplomático y tendrá, a no dudarlo, sabrosas consecuencias para ambos países.

Alfonso BARRA



El paisaje pakistaní ofrece lugares tan bellos como éste

EL PAISAJE Y LOS HOMBRES DE UNA PROVINCIA, EN EL LIBRO DE RAFAEL COLOMA

LOS DATOS MAS SORPRENDENTES Y LOS LUGARES ALICANTINOS MENOS CONOCIDOS SURGEN COMO UNA REVELACION



El escritor, a la vera del camino, tomando notas para su libro. Arriba reproducimos la portada

La provincia alicantina estaba necesitada de una guía que fuese capaz de orientar a la creciente corriente turística que, constantemente, la visita. Un libro que, al mismo tiempo, advirtiese a los propios nativos de la necesidad de viajar por su propia tierra, de prodigiosa belleza y contrastes maravillosos. Un libro, en suma, que descubriese un poco las tierras alicantinas, sólo visitadas en su litoral y vírgenes aún de miradas curiosas en su parte más bella, es decir en donde se conservan con mayor pureza las tradiciones y en donde la naturaleza ha jugado caprichosamente, creando fantásticos paisajes. La Diputación Provincial pensó en todo esto, y un buen día tomó el feliz acuerdo de convocar un concurso entre los escritores de su provincia.

El premio —cincuenta mil pesetas y la obra lujosamente editada— correspondió a Rafael Co-

loma, alcoyano de nacimiento y alicantino de corazón. Coloma, aun cuando es maestro nacional, no ejerce. Su actual dedicación es la de archivero en el Archivo Municipal de Alcoy, al mismo tiempo que dirige el semanario «Ciudad». Es, pues, Coloma un espíritu inquieto que reparte sus horas de trabajo entre la investigación histórica y las tareas periodísticas. De Coloma, como hombre metido en quehaceres relacionados con la Historia, dan fe multitud de trabajos de investigación, todos ellos relacionados con el pasado de su propia ciudad. De Coloma, periodista, hay constancia en las secciones de su periódico. De ahí que su libro, «Viaje por tierras de Alicante», sea un extraordinario reportaje

Viaje por Tierras de Alicante



RAFAEL COLOMA

escrito con agilidad y con indudable calidad humana.

LA SALIDA A TURBALLOS, EL PUEBLO MAS PEQUEÑO

Coloma, en su ciudad, vive agitado. Su trabajo en el Archivo le ocupa toda la mañana. Metido entre viejos papeles —ordenando fichas, repasando legajos, tomando notas y llenando lagunas—, invierte el tiempo de su empleo fijo. Aquí el escritor tiene ocasión de bucear en el pasado y hallar temas abundantes para sus trabajos de investigación. Por las tardes, Coloma no descansa ni un solo minuto. Acude a la imprenta en donde el semanario está tomando forma. Lee todos los trabajos que se han elegido para su publicación y escribe las secciones que como director le corresponden. «Ciudad» es un semanario de bien ganado prestigio

que orienta la vida alcoyana y que se ha hecho necesario en la población.

Rafael Coloma no tiene más distracción durante la semana que la que le proporciona la tertulia sabatina. La Peña literaria del escritor alcoyano viene reuniéndose durante más de veinte años. Está integrada por un grupo de amigos, ocho en total, que intercambian sus opiniones. La Peña no tiene un nombre oficial, aunque los integrantes de la misma la denominan «Lope de Vega». La reunión está formada por hombres de distintas profesiones —abogados, arquitectos, escritores y un poeta—, que permanecen unidos por el mismo amor hacia las letras. Cada semana la reunión tiene lugar en un hogar distinto. Sus propias casas —un turno muy bien llevado— albergan las inquietudes de estos hombres. Allí se habla de todo, pero de una manera especial de todo aquello que tenga alguna relación con la Literatura. Aquí fué donde Coloma leyó las primeras cuartillas de lo que más tarde iba a convertirse en la guía de la provincia de Alicante.

—¿Qué fué lo que les leíste?

—Mi salida a Turballos. Me animaron a que continuase la empresa, y en verdad que sus palabras me dieron gran aliento.

El escritor relata así su visita a Turballos: «Antes de llegar a una casilla de peones camineros —kilómetro 37, hectómetro seis de la carretera general de Játiva a Alicante—, tuerce a la izquierda, amigo, y enfila la única carreterita que verás. No te sepa mal dar tumbos en la moto, compañero. Sólo por el placer de sacar una buena foto para tu futuro cuarto de estar, tú que vas a cazar pronto, se puede ir a Turballos. La carreterita es mala y muere allí, en ese pueblo tan minúsculo, anejo hoy a Muro de Alcoy. Es el pueblo más pequeño de la provincia. Y el escritor ama lo humilde.

Buen clima, sobre todo en verano, bastante huerta y mucha paz. En él encontrarás pocas comodidades: ni hay alumbrado eléctrico ni agua potable, ni pueden llamarte por teléfono, ni siquiera se dice misa los domingos en aquella iglesia que se desmorona. Pero hay, eso sí, muchas viviendas aún en pie vacías, y eso, en estos tiempos, es interesantísimo.

Es Turballos —no lo busques en los mapas de las geografías— el pueblo abandonado. Muro, Alcocer y Gayanes, pero especialmente Muro, absorbieron con los años a sus pobladores y hoy apenas si viven en Turballos cuatro familias: ni una más ni una menos. Y cosa notable: entre los habitantes de Turballos encontrarás a una andaluza ya vieja y sin dientes, que se regala lo suyo, y que vino hace cuarenta años con su marido a Turballos a pasar el verano, y quié se quedó. La vieja aguanta con dignidad prócer de un hidalgo venido a menos, el último hábito municipal del pueblo. Aquí la enterrarán. Aunque el versito que rueda en las bocas de la gente del pla de Muro, diga que Turballos es la «llobera» —madriguera de lobos, para

que entiendas, amigo—, es la falta de seriedad y docilidad del agua que no la hay o que cuando la hay baja por la sierra y arrambla con todo, la culpable del éxodo de sus moradores.

«Nada de sentimentalismos, compañero. Hazte cuenta que hemos conquistado Turballos. Al menos para las letras de molde.»

LA VUELTA A LA PROVINCIA EN MOTO

Coloma, bien pertrechado de moral y con ganas de coronar la empresa, se dispuso a la marcha. Los inconvenientes de los constantes desplazamientos quedaron solucionados con el ofrecimiento de un amigo. «Yo te llevo en mi moto adonde tú quieras». Coloma no dudó ni un solo instante. Con la moto del amigo ha dado la vuelta a la provincia y la ha conocido de cabo a rabo.

—¿Por qué te decidiste por la moto?

—Según mi opinión es el vehículo del día. Imagínate la cantidad de tiempo que hubiese tenido que invertir de no tener a mi alcance este moderno medio de locomoción. Hay lugares en nuestra provincia a los que resulta imposible arribar. Con la moto se llega a todas partes. Rápidamente y bien. Gracias a la moto he podido hacer el recorrido en menos tiempo que el previsto. Además de cuanto te llevo dicho has de saber que esto de la moto tiene otras ventajas. El horario lo marco yo, y no las Compañías de ferrocarril o autobús. En donde encuentro un lugar que me resulta agradable me detengo y estoy todo el tiempo que considero necesario. Para la literatura viajera creo que es el mejor medio de locomoción que existe.

Nada de cuanto sea tierra alicantina ha escapado a la mirada atenta de este escritor viajero.

A lo largo de las doscientas y pico páginas de que consta el libro, el lector encontrará descripciones que le traspasarán el alma. Unas veces sobrecogíendole, otras liberándola alegremente.

Rafael Coloma ha sabido llegar a todos los rincones, ha calado hondo en la vida de los alicantinos. En su libro, el joven maestro alcoyano no se ha limitado a la simple exposición del emplazamiento geográfico de todos y cada uno de los pueblos alicantinos, sino que en su visita a los mismos ha sabido captar el ambiente que les rodea, y de una manera muy especial el interés sociológico de las gentes que los habitan. No piensa de la misma forma un hombre enraizado en la Vega Baja del río Segura que otro arraigado en la zona montañosa. No tienen los mismos problemas y, por tanto, su forma de vivir es por completo distinta. Coloma ha sabido llevar a las páginas de su libro todas las palpitaciones de estos corazones que hermanan sus latidos en el trabajo diario.

—¿Qué diferencias ha notado entre los hombres del norte de nuestra provincia y los del sur?

—Los de la montaña, dado que se desenvuelven en un terreno más pobre, tienen un espíritu luchador; hay en ellos un estado de rebeldía, algo que les obliga a mirar hacia el horizonte con

ciertas ansias de aventura. Por contra los del Sur son mucho más tranquilos, más conservadores, no tienen los acuciantes problemas de los del Norte. Son más sedentarios. Habrás observado que todas las manifestaciones de nuestro folklore y nuestro peculiar tipismo leyendo el libro que ha escrito el alcoyano. Así, en uno de sus más bellos capítulos, refiere las tareas de la matanza de un cerdo, hecho que se realiza de una manera casi general llegado el tiempo frío de las Navidades en casi todas las masías de labriegos. «Ante la puerta de la casa de campo, una fogata de zuros y perfollos hierve un enorme cobre con cebolla. La matanza del cerdo es un rito en el campo. Ya está bajo las sombras vegetales preparada la baja mesa de blanco pino donde ha de ser sacrificado el puerco. El carnicero del pueblo hundirá el cuchillo ancho y corto en la papada del animal. Después la sollamada, como en Carroja, ¿recuerdas?, con bojas y aulagas ardiendo. Luego el afeitado de la piel a base de piedra pómez y agua hirviendo. El cerdo muerto cobra un colorcillo rosa con la herida violeta gritándole en la papada. Abierto en canal, troceado, se desparraman sus cuartos sobre superficies extendidas en la cámara, perfumada de cereales a colmo en las trojes. De sangre y sañ del puerco y cebolla hervida del cobre, aderezada la negruzca masa con orégano de la Marliola y clavo saldrán mañana ristras de morcillas tiernas, como para chuparse los dedos. Al mediodía, el ancho llar de la casa de campo, historiada su campana de bacías, platos y jarras de Alcora, sabrá de humos fuertes de carne rosada, costillitas, solomillo y tocino entreverado asándose en «les graelles» (parrillas), y oleremos todos a altar recién apagados los cirios.»

LA MATANZA DEL CERDO

Coloma se ha preocupado de todas estas cuestiones, que encierran un notable interés, no sólo para los alicantinos, sino para el mundo en general. A todas las gentes puede llegar la gracia de nuestro folklore y nuestro peculiar tipismo leyendo el libro que ha escrito el alcoyano. Así, en uno de sus más bellos capítulos, refiere las tareas de la matanza de un cerdo, hecho que se realiza de una manera casi general llegado el tiempo frío de las Navidades en casi todas las masías de labriegos. «Ante la puerta de la casa de campo, una fogata de zuros y perfollos hierve un enorme cobre con cebolla. La matanza del cerdo es un rito en el campo. Ya está bajo las sombras vegetales preparada la baja mesa de blanco pino donde ha de ser sacrificado el puerco. El carnicero del pueblo hundirá el cuchillo ancho y corto en la papada del animal. Después la sollamada, como en Carroja, ¿recuerdas?, con bojas y aulagas ardiendo. Luego el afeitado de la piel a base de piedra pómez y agua hirviendo. El cerdo muerto cobra un colorcillo rosa con la herida violeta gritándole en la papada. Abierto en canal, troceado, se desparraman sus cuartos sobre superficies extendidas en la cámara, perfumada de cereales a colmo en las trojes. De sangre y sañ del puerco y cebolla hervida del cobre, aderezada la negruzca masa con orégano de la Marliola y clavo saldrán mañana ristras de morcillas tiernas, como para chuparse los dedos. Al mediodía, el ancho llar de la casa de campo, historiada su campana de bacías, platos y jarras de Alcora, sabrá de humos fuertes de carne rosada, costillitas, solomillo y tocino entreverado asándose en «les graelles» (parrillas), y oleremos todos a altar recién apagados los cirios.»

La inquietud de Coloma no se concreta en estas muestras de nuestras costumbres más típicas. Sabe también de todo cuanto lleva hábitos vitales en las pequeñas comunidades de los valles. Así nos refiere las rencillas que se mantienen secularmente en estos pueblecitos. Son pequeños pleitos de supremacía, la cosa no pasa nunca de unas cuantas palabras. La tradición oral ha conservado algunos de estos dichos, que no son más que eso. Coloma, con su ágil estilo, nos habla de estas cosas, y con su acostumbrada amenidad nos presenta los minúsculos puntos de fricción que hoy no son más que un recuerdo. En su visita a los pueblos cercanos a su ciudad, Coloma nos habla de que «A muro de Alcoy se llega por una recta con guardia de nogales y olivos. Destaca sobre el casco urbano de la villa la azulada cúpula parroquial. Aque-

lla copla que en Turballos te dije rodaba por las bocas de los vecinos del «plá» pone verde a Muro. Yo creo que la cuarteta nació así: Muro como más grande atacó a Gayanes llamándole «caud de rabojes» (traduzco para tí: nido de raposas) y a Turballos la «lobera» (lobera) que ya conoces. Y entonces esos pueblos de belén irritados, ofendidos, completaron el versito motejando a la capital de la hoya: «Y Muro l'avivador de la gent malfaxera». Pero la realidad es bien distinta. ¿Qué ha de ser Muro vivero de la gente holgazana? Todo lo contrario. El Serpis le cae cerca y contagió a los mureros. Y hoy, en las calles de Muro oírás alegres sonos de herrerías y rasgueros isócronos de telares. También Muro industrializose—nueve borraras—acaso por darle en la cara a Occantina, su eterno rival, y eso hace que allí el aceite que había de ir tirado—sesenta mil arrobas él solo—vaya más caro que en otras partes».

En el libro de Coloma se recogen también algunas curiosas leyendas que se conservan en distintos pueblos de la provincia.

UNA PROVINCIA DE FUERTES CONTRASTES

—¿Qué le impulsó a escribir el libro de la provincia?

—Al aparecer anunciado el curso de la Diputación alicantina, no le presté gran atención. Más tarde pensé que nada se perdía con intentar la empresa, pero nunca cifré mis esperanzas en conseguir el premio.

—¿Cuántos libros ha escrito hasta ahora?

—Este es mi primer libro. No he hecho otra cosa en mi vida más que los artículos del periódico y numerosos trabajos de investigación histórica de Alcoy. Siempre me ha venido un poco cuesta arriba sostener sobre la mesa, durante mucho tiempo, el mismo trabajo.

—¿Tardaste mucho tiempo en dar cima a la obra?

—Exactamente, cuatro meses. Meditándolo, tres. Fué una carrera contra reloj. Entregué el original, precisamente, el mismo día en que finalizaba el plazo. Tanto sacrificio viajando constantemente en los días invernales, a caballo del potro metálico, ha tenido su compensación.

Salta a la conversación la literatura de viajes. Coloma tiene sus preferencias.

—He leído varios. Me gustan, pero de una manera especial me impresionaron «La ruta de los Ferramontanos», de Victor de la Serna; «Viaje a la Alcarria», de Cela; «Costa Brava», de José Pla. Aunque me satisface la literatura de los escritores viajeros, mi autor preferido es, sin duda alguna, Azorín. No me canso de releer a este paisano lustre.

«Viaje por tierras de Alicante» tiene un prologuista de altura.

—¿Cómo consiguió que le prologara el libro Azorín?

—Me dirigí a él por carta. Sabía que el maestro no es muy dado a prologar, y mucho menos en esta época, en que ya, prácticamente, no escribe. Pero me aventuré. Me contestó amablemente, diciéndome que sintiéndolo mucho no podía acceder a mis deseos, aunque le hubiese



Rafael Coloma, en su despacho del Archivo Municipal de Alcoy

gustado hablar de nuevo de sus tierras alicantinas. Las palabras suyas me parecían magníficas. De nuevo le escribí diciéndole que con sus breves líneas tenía más que suficiente para el prólogo. Recabé su autorización para utilizar el escrito, mejor dicho, su manuscrito porque la carta era autógrafa. Nueva contestación del maestro, esta vez adjuntándome el prólogo que figura en el libro. Le estoy profundamente agradecido.

—¿Qué es lo que más le ha impresionado de nuestra provincia?

—Sin duda alguna el paisaje. Es una provincia de fuertes contrastes. Nada se repite en ella. En mi libro, para afirmar de una manera definitiva aquellos lugares que mayor huella dejaron en mi ánimo, cito hasta el kilómetro exacto desde el cual se domina el paisaje descrito. Para los que quieran disfrutar a sus anchas.

—¿Qué idea fué la dominante mientras escribía el libro?

—Decir muchas cosas, ser capaz de llevar a los lectores parte de mi emoción a medida que iba conociendo mi propia tierra. Hacer un libro ágil y ameno, sin concesión alguna a este tipo de literatura que nada dice al lector.

—¿Qué espera de la obra?

—El público y la crítica tienen la última palabra. Yo he intentado dejar constancia en letras de molde de la hermosura que atesora la provincia de Alicante.

—La Diputación no ha regateado esfuerzos en la edición del libro. Ya está en las librerías de toda España. ¿Se siente satisfecho?

—A mí, indudablemente, me gusta. Mi estilo ha quedado fijado en sus páginas. Mi tierra alicantina también. La Diputación ha puesto de su parte todo lo que cabía esperar de la magnanimi-

dad de su Presidente. Ya no queda más que esperar el veredicto de la crítica. Y que los lectores lo acojan con el cariño con que yo lo he escrito.

—Ahora que ya se siente con fuerzas para escribir más de doscientos folios, ¿abordará el camino de la novela?

—Está en mi ánimo, pero aún no me he decidido. Considero que el arte de novelar tiene ciertos resortes que yo de momento desconozco por completo.

—Pero mientras tanto, otro libro viajero; otra provincia será descrita de punta a punta.

—Mi proyecto más inmediato es el de trasladarme a la provincia de Castellón y recorrerla de la misma forma con que lo he hecho en la mía. Luego escribiré las impresiones de mi viaje por aquellas tierras del Maestrazgo, tan cargadas de historia; por Peníscola, la del Papa Luna... Tengo también el propósito de escribir una biografía de Jaime I, el Conquistador. Quiero unir el paisaje a los hechos de armas más notables acaecidos en tan extenso reinado. De momento, mi trabajo en el despacho y mi periódico, como siempre, ocupan todo mi tiempo.

Un tiempo que se ha ganado para hacer este libro sobre Alicante, cuajado de sabrosos detalles, de fértiles sugerencias. La provincia, una de las más contrastadas de toda la Península, queda reflejada en todas sus facetas y claroscuros. Rafael Coloma ha llevado a su libro la agilidad, el ritmo trepidante que le impuso su medio de locomoción: la moto.

Bernardo CAPO

El prodigioso paisaje alicantino inspira al escritor



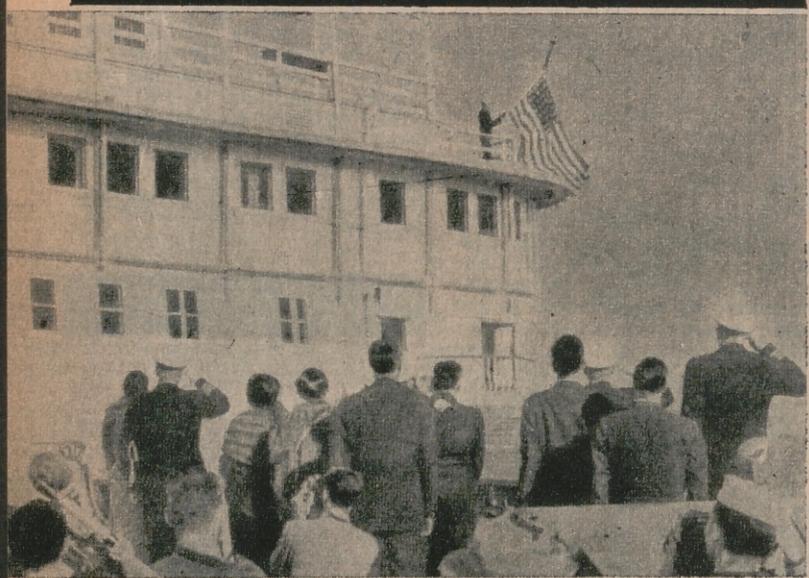
HONRA SIN BARCOS

EL ÚLTIMO TESTIGO DE LA DEFENSA DE SANTIAGO DE CUBA

UN ACTO DE AMISTAD A BORDO DEL "REINA MERCEDES"



El superintendente de la Academia Naval de Annapolis hace entrega de la campana del «Reina Mercedes» a nuestro embajador señor Areilza, a quien acompaña el agregado de la Marina a la representación española en Washington



La bandera de los Estados Unidos es arriada de los restos del buque que va a ser desguazado

ANNAPOLIS, con su breve ensenada, su gran puerto y la Academia Naval, es ciudad llena de significación en la historia norteamericana. Agarrada a uno de los numerosos recodos de la bahía de Chesapeake, no lejos de Washington, ha ido perfilando y sedimentando la solera de una de las potencias navales más poderosas de todos los tiempos.

En sus espaldas lleva un buen bagaje. Allí se celebró, en septiembre de 1786, una reunión que, poco más tarde, había de originar, en Filadelfia, la actual Constitución de los Estados Unidos. Entonces era una pequeña ciudad. Ahora, con su gran Academia Militar, sus diques y su nuevo ritmo, acaba de honrar a la Marina española en un emocionante acto simbólico: la entrega de una reliquia del crucero «Reina Mercedes», el barco que un día del año 1912 llegó a Annapolis después de un peregrinaje de trece años por los puertos yanquis. Y arribó con una histórica paradoja: honor en el vencedor y en el vencido. Porque el «Reina Mercedes» era testigo mudo de la caída de nuestra Escuadra, en Santiago de Cuba, el 3 de julio de 1898.

Hoy, un hoy que se llama 6 de noviembre de 1957, fué día de aire y cielo quietos, en la bahía de Chesapeake. Apenas había una onda en el agua cuando sonaba la «Marcha Real» española en la Academia Naval norteamericana. Entre tanto, don José María de Areilza, conde de Motrico—solar de Churruca—, embajador en Washington, pasaba revista a una brigada de marineros que rendían honores a España bajo el eco de diecinueve salvas.

«Para nosotros —había dicho momentos antes el señor Areilza— estos presentes no sólo significan un preciado recuerdo histórico, sino el símbolo vivo de una continuidad hoy gloriosamente renacida, porque aquel sacrificio fué la mejor semilla de nuestra resurrección... Con este rasgo de admirable elegancia moral y de sincera hermandad entre las dos Marinas, os ganáis el corazón de los españoles...»

Los presentes eran la campana de bronce del «Reina Mercedes», una campana de tonos románticos que cantaba en la proa del navío, y otros objetos de a bordo que el contraalmirante W. S. Smedberg acababa de entregar al

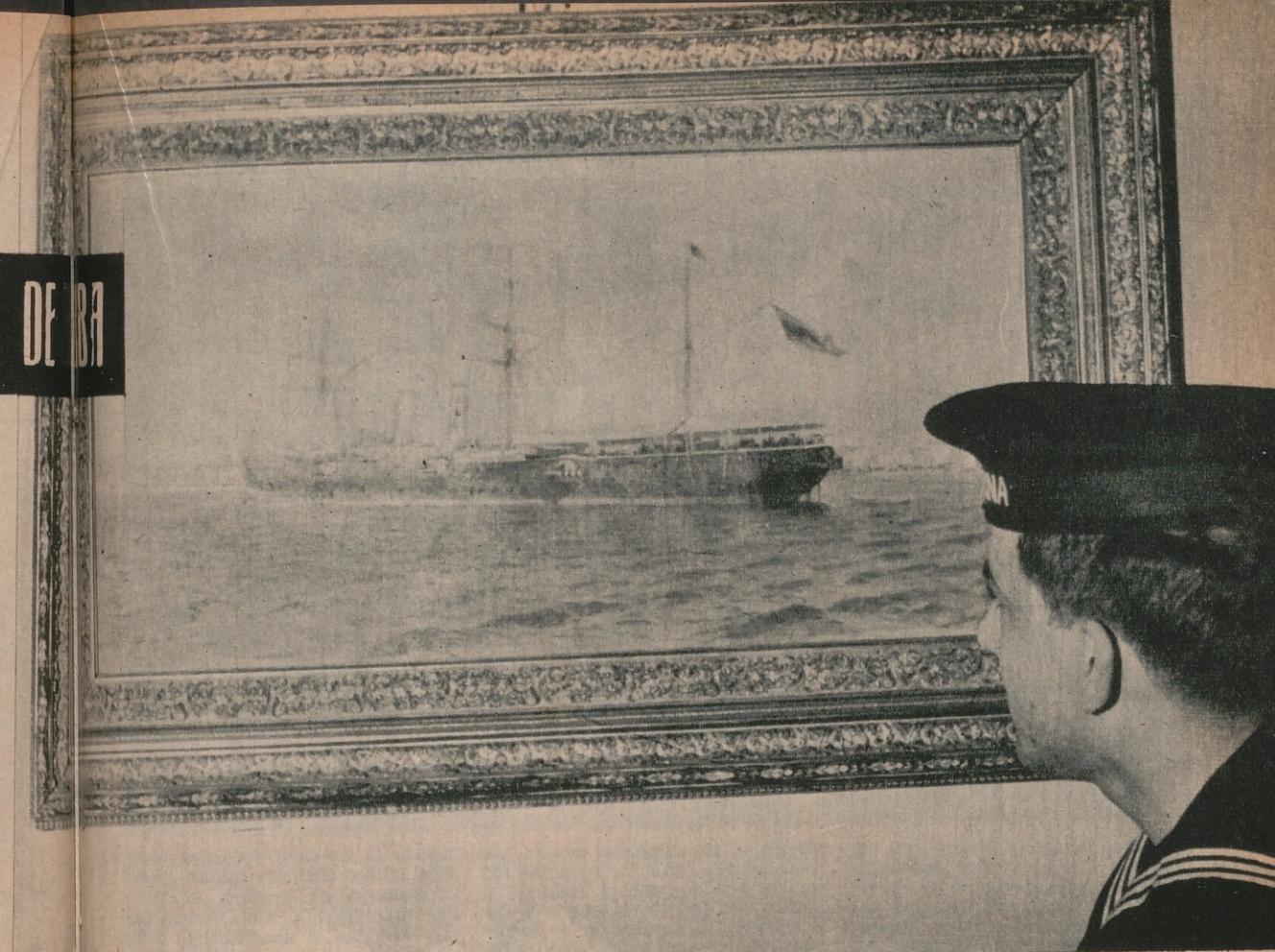
Son los últimos restos del crucero. Era una suma muy alta la que costaba su entretenimiento

—300.000 servicios auxiliares, vivienda de los comandantes de la flota y singular reliquia histórica. Por eso la Marina acordó desguazar el viejo barco que durante cuarenta y cinco años estuvo anclado en uno de los muelles de Annapolis.

Atrás quedaba el 98.

INCONCIENCIA DEL XIX

Uno de los grandes paladeadores de la vida del XIX, Fernán Caballero, ha sintetizado en justas palabras, el ambiente de aquellos años: «Nadie miraba a los españoles con malos ojos. Inconsciencia y optimismo nos rodeaba la batahola de la Revolución y la República, salvado el momento difícil de la muerte de don Alfonso XII, y sumido el país en una calma chicha, que era España se detenia en su propósito de salir a la calle de Fuenarrabal... El cuadro de nuestros grandes hombres, para mayor felicidad, estaba cubierto dos veces. De aquí que los españoles se permitiesen el lujo de tener dónde elegir... Los españoles se consagraban a sus ocupaciones predilectas. Triunfaban con los oradores y los cantantes de ópera y los poetas fáciles y los prosistas amenos... Muchos de ellos, como los de Julio Burell, Cuadros de Historia, Dramas de Echegaray, Ripios punzantes de Salvatierra, María Granés. Como el glotón y el sátiro en las fábulas atelanas, juegan papel indiscutible en las piezas cómicas de la época. La patrona y la sue-



El ejemplo del «Reina Mercedes» es lección viva para los jóvenes marineros



Estas fotografías deterioradas por el tiempo se conservan en el Museo Naval de Madrid entre los recuerdos del «Reina Mercedes»



gra, el cesante y el maestro de escuela... Buen humor en todas partes... Versos cortesanos de Grialo. Peña y Gofí alterna la crítica musical y la taurina. Palmas al Guerra... Las muchachas del taller de avispa y mangas de jamón cantan habaneras. Chotis de Chueca en los organillos...»

Y comenta Lafín en su libro sobre el 98: «El modesto brillo de la vida española no pasa de ser el brillo engañoso del oropel... Faltaba en el alma de los españoles la conciencia de un posible destino histórico y la firme voluntad de adquirir un nivel estimable y una fecundidad eficiente entre los pueblos que, con su concierto y desconcierto deciden la Historia Universal. Y la misma deficiencia no era tan nefasta como la alegre y chabacana ligereza con que se la desconocía.»

Pero no todo era sainete; en ello estaba la tragedia. La piedra de toque, el camino hacia el auténtico ser, se dibujaba en los hombres de rayadillo y en los marineros que, lejos de la metrópoli, veían desmembrarse los restos del Imperio. En Cuba y Filipinas, la insurrección abría los ojos por los cuatro costados. «Rápidamente, los hechos iban planteando a Sagasta —entonces presidente del Consejo de Ministros— un tremendo problema de conciencia: ¿Dónde estaba su deber? ¿Ir resueltamente al reconocimiento de la independencia de Cuba, evitando, por tanto, la guerra con los Estados Unidos, o negarse a ello, aun estando seguro de ser inevitable el rompimiento con los norteamericanos?... La insurrección filipina, meses antes oficialmente terminada, al punto de ce-



Otro de los recuerdos del «Reina Mercedes»

lebrarse la pacificación con el obligado tedeum, única consagración barata de los éxitos militares, volvió a retofiar con gran pujanza; pronto se dió cuenta el Gobierno de estar para España tan perdida Filipinas como Cuba. El nuevo despertar de la insurrección tagala coincidió casi con la declaración de guerra de los yanquis.» Con estas palabras del conde de Romanones se presenta a grandes trazos el punto de vista del partido liberal ante el problema de las colonias: fatalismo y cierta abulia para enfrentarse abiertamente con los hechos.

Una visión barojiana del Madrid de entonces da perfecta idea de cuál era el estado en que se encontraba la capital desde que los «políticos» trataban de gobernar las últimas migajas del Imperio: «Madrid entonces era un pueblo en donde un hombre, sólo por ser gracioso podía vivir. Con una quintilla bien hecha se conseguía un empleo para no ir nunca a la oficina. El Estado se sentía paternal con el pícaro, si era listo y alegre. Todo el mundo se acostaba tarde; de noche, las calles, las tabernas y los colmados estaban llenos.» Y entre tanto, el soldado que enflaquecía bajo el rayadillo, en Cuba y en Filipinas era lo único que habría de salvar, en unión del marino, el honor histórico de España.

LA GUERRA

La rebelión cubana trajo de la mano la guerra con Norteamérica. La desgracia del «Maine» y otros accidentes graves abocaron a la ruptura de hostilidades. Pero, a pesar de mascarse en el ambiente, la inconsciencia colectiva proseguía con sus peregrinas cavilaciones. Pocos días antes de la declaración de guerra, comentaba Castelar en «La España Moderna»: «Me llamaréis optimista; pero yo no veo que veyan las operaciones militares mal hoy —se

refería a las dirigidas contra los insurrectos—, tras las medidas tomadas por el general Blanco; y menos veo que vayan mal hoy las relaciones diplomáticas; y explicada ya, como hemos explicado, la nefasta epístola de Dupuy; disipadas ya, como hemos disipado, todas las sospechas, relativas al desastre del «Maine».

No se hizo esperar la generalización del optimismo absurdo. La Prensa y los políticos parecieron cerrar los ojos, y la manifiesta inferioridad de nuestras fuerzas terrestres y navales apareció transformada en una arrolladora superioridad. Los periódicos y revistas publicaban datos y estadísticas a la luz de los cuales todo era liso y llano. En la anteriormente citada «La España Moderna», de mayo de 1898, se publicaba un extracto de un artículo de la «Fortnightly Review», con un balance de las Flotas americana y española, según el cual, nuestros navíos no tendrían grandes dificultades ante los enemigos: «España —decía— no debe tratar de realizar un gran golpe, sino obrar aisladamente con sus dos mejores buques, y los menores, los demás buques acorazados españoles, deben ser más que suficientes para estorbar el bloqueo de La Habana.» Y añadía que otros escritores de temas navales veían en la guerra de guerrillas y en la prolongación de la lucha la victoria posible de España.

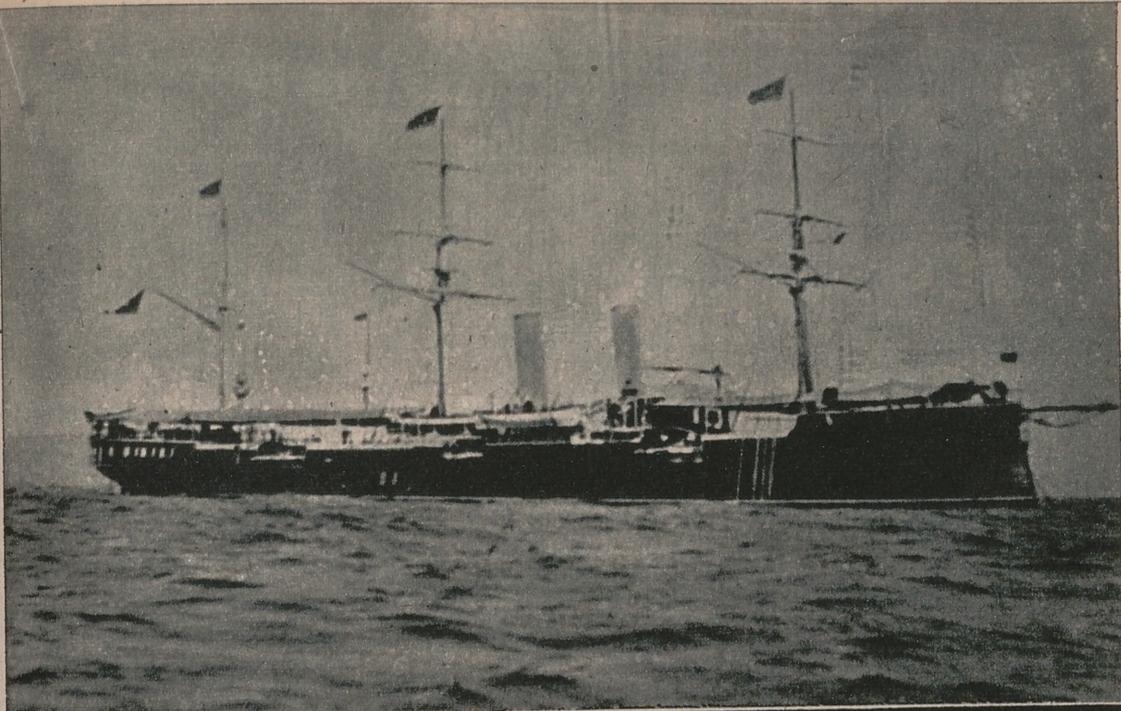
Hoy se conoce exactamente el gran error en que cayó la opinión española. «La superioridad de las fuerzas navales de los Estados Unidos sobre las de España—dice Fernández Almagro—era aplastante de veras, y causa asombro que en nuestra Patria, por lo común, se ignorase.» No obstante, la Marina y el Ejército se aprestaron a defender con plena entereza el prestigio de España. Y esto es más de tener en

cuenta si consideramos que hombres como Cervera tenían plena consciencia de nuestra inferioridad material. «Nuestra fuerza naval—escribía el almirante—, comparada con la de los Estados Unidos, está, aproximadamente como uno por tres. Yo, sin embargo, no rehusaré hacer lo que se juzgue preciso; pero me parece conveniente analizar la situación tal cual ella es, sin hacerme ilusiones que puedan acarrear desengaños funestos»

Todavía más concreto en su pensamiento, mes y medio antes de estallar el conflicto: «Insensato sería negar que lo que racionalmente podemos esperar es la derrota, que podrá ser gloriosa, pero no por eso dejaría de ser derrota que nos haría perder la isla en las peores condiciones.» Pero el 25 de abril de 1898 llegó la declaración oficial de guerra. «Cuando Sagasta recibió la noticia—cuenta Romanones—, no por esperaba menos angustiada, del ultimátum del Gobierno de Washington, almorzaba yo en su casa y conservo de aquella hora un recuerdo imborrable. Nos sentábamos a la mesa Sagasta, su hija Esperanza, Fernando Merino y yo; el rostro del jefe liberal no expresaba sólo tristeza, inquietud, temor; expresaba todo esto y algo más que no acierta mi pluma a definir: la resignación ante la fatalidad histórica.» El 98 había abierto el paréntesis del desastre.

«HONRA SIN BARCOS»

Para defender nuestros territorios ultramarinos venía haciéndose notar la necesidad de una Flota moderna. En los últimos veinte años del siglo pasado pudo parecer, por un momento, que España tomaba en serio la defensa de las colonias. Los técnicos militares dieron su fruto: el cañón «González-Hontoria», el torpedo



El crucero que fué testigo mudo de la caída de nuestra Escuadra en Cuba

«Bustamante» y el submarino «Peral» insinuaron un renacimiento tardío. Costa abogó por el fortalecimiento de la Armada, y en el Parlamento entró en discusión la Ley Beránger para construcción de una Escuadra. En discusiones entre el Senado y el Congreso se fué pasando un tiempo precioso y, comenta Fernández Almagro, «el buen deseo que agudiza todos los trabajos en el momento de ser iniciados, determinó que los créditos concedidos en diez anualidades se hiciesen efectivos de tal suerte, que la construcción de la Escuadra se pudiera llevar a cabo en lapso más breve, y esta facilidad no fué utilizada con éxito, ya que a los cinco años de entrar la ley en vigor, sólo había sido botado al agua uno de los barcos proyectados, el «Marqués de la Ensenada». Si existían de mayor porte algunos buques de guerra, databan de tiempo anterior: el «Pelayo» y el «Reina Regente», por ejemplo». El debate salió a relucir de nuevo en las Cortes en la legislatura de 1894, traído a colación por el diputado y marino Díaz Morea, quien aseguró que «no se contaba, en realidad, ni siquiera con un buque capaz de entrar en combate».

Todo moría en los más y los menos de las discusiones, mientras Cuba y Filipinas se nos iban por segundos. Y tenían que irse de nuestras manos, porque sin Marina eran indefendibles ante el poderío naval, muy superior, de los Estados Unidos. Lo único que quedaba era el sacrificio que se hizo automático con la declaración de guerra. «El entusiasmo era grande—palabras de Fernández Almagro—, y por eso resultó proporcionada la decepción... Quebraron las ligeras informaciones de color de rosa y hubo, lógicamente, que improvisarlo todo, em-

pezando por la elemental defensa que incumbía a las presuntas Escuadras del Atlántico y del Pacífico, ya que aun dando de barato la existencia de barcos en el número que fuese, casi ninguno valía por estas o aquellas razones ni estaban integrados en un todo orgánico, con la mira puesta en un estratégico plan de conjunto. La Escuadra enviada al Pacífico por el Gobierno norteamericano aventajaba en poder, sin comparación posible, a la española, que al mando del almirante Montojo se vió obligada a aceptar la batalla en Cavite.»

De la relación entre la Escuadra de Cervera y la norteamericana del Atlántico ya hemos hablado anteriormente utilizando palabras del almirante, en que establecía la proporción de tres a uno favorable a los americanos.

LA ESCUADRA DE CERVERA

Da idea del error acerca de la eficacia de nuestra Escuadra del Atlántico el comentario de «Ignotus» en su crónica de la guerra de «La España Moderna», número de septiembre del 98: «Con nuestros barcos más escogidos se formó la Escuadra, a la que se agregaron los destructores, constituyendo una Flota que los técnicos no se cansaban de elogiar, tanto por la calidad de los buques que en ella entraban como por la homogeneidad entre ellos. En suma, que según durante mucho tiempo han estado pregonando los inteligentes en cosas de mar, aquellos buques eran el prototipo de lo que deben ser las fuerzas que compongan una Escuadra ligera.»

En el «Blanco y Negro», se comentaba con fuegos artificiales la salida de la escuadrilla de torpederos: «Tal entusiasmo han movido en Cádiz y en general en to-

da la Nación, la salida de estos pequeños barcos de guerra... Rompía la marcha el trasatlántico «Ciudad de Cádiz», a cuyo bordo iba el comandante de la escuadrilla, don Fernando Villamil.»

Veamos lo que con suficiente perspectiva comenta el historiador de nuestra política naval en la Historia contemporánea: «La Escuadra de Cervera se formó con apremio en Cabo Verde, al reunirse las fuerzas navales que mandaba aquel almirante con la División de torpederos del capitán de navío Villamil, en ruta hacia las Antillas con anterioridad. La suma, de todos modos, era escasa; la calidad, inferior a la de las respectivas unidades de la Flota norteamericana, y nadie conocía mejor que el propio almirante Cervera, para mayor crueldad de su destino, la insuficiencia de los medios que se le confiaban para cumplir un fin sobremano arduo... Hermanándose en él la clarividencia y el espíritu de disciplina, supo Cervera defender criterios personales en descargo de su responsabilidad, a tiempo de que puieran ser rectificadas las instrucciones recibidas, y al ratificarse éstas en orden inapelable, supo también rendir su voluntad en incondicional servicio.»

Ya en Cabo Verde planteó al Gobierno el destino de la Flota: ¿América o la defensa de nuestras costas? Cervera se inclinaba por Europa, pero en Madrid se creyó más conveniente lo contrario. Las proas enfilaban hacia Santiago de Cuba, camino de La Habana.

A LA ESPERA EN SANTIAGO

El 19 de mayo de 1898, por la mañana, los navíos de Cer-

vera entraban en la bahía de Santiago de Cuba. Desde las lomas peladas que rodean la ciudad, un puñado de españoles contempló con esperanza la entrada de los cruceros «Infanta María Teresa», «Almirante Oquendo», «Vizcaya» y «Cristóbal Colón», y los cazatorpederos «Plutón», «Ierror» y «Furor». La finalidad de la arribada a Santiago era abastecerse de carbón rápidamente y salir para La Habana.

La noticia del arribo de Cervera fué otro gran despliegue de ropel verbal. «Blanco y Negro», en su número del 28 de mayo, se soltaba así: «Causó en la isla delirio, en España entusiasmo, en las naciones europeas admiración y en los Estados Unidos impresión hondísima de vergüenza, de rabia y de despecho.» Un contraste perfecto entre el escenario, la cara al público, y el drama interno tras las bambalinas y los decorados.

En Santiago la Escuadra se encontró con el «Reina Mercedes». Un barco que en el cuadro que de la Flota española daba una revista de la época entraba en la categoría de los «Buques no protegidos», como crucero de primera clase. Y sus características según un vocabulario a veces pintoresco eran los siguientes: eslora, 93 m.; 13 cañones; 6 «cañones-revólveres»; 2 ametralladoras; 5 tubos «lanza-torpedos»; dotación, 375 hombres, y desplazamiento, 3.090 toneladas. A medio desarmar, allí en la bahía, el «Reina Mercedes» fué punto de referencia predilecto en los ataques de la Escuadra del almirante Sampson.

A primeros de junio, la furia de los yanquis se cebó en la oficialidad del crucero, y entre los muertos estaba el segundo comandante, señor Acosta, un marino de negras barbas y raya al medio. «Blanco y Negro», ya en una línea más estoica, comentaba las

noticias de la guerra: «Vaya otra línea de salida para la valiente tripulación del «Reina Mercedes», que anclado en la entrada del canal y dismantelado en parte para servir con sus cañones la batería de la Socapa, ha sido la vanguardia de nuestros defensores y el blanco principal de la gruesa artillería yanqui.»

La guarnición de Santiago de Cuba estaba extenuada por tres años de guerra bajo un clima de extrema dureza. «Eran más bien espectros que soldados», escribió el almirante Concas, que continúa así la descripción del ambiente: «La artillería, de bronce, de los primeros modelos que vinieron de Francia después de la guerra de Italia, y cuya misión no podía ser otra cosa que hacer matar inútilmente a algunos artilleros a su costado. Los cinco cañones de la boca del puerto llevaban la marca de fundición del año 1724 y estaban recién montados. Del «Reina Mercedes» se habían sacado cinco cañones («González-Hontoria», modelo 1883, pero que solamente se había acabado de montar uno.»

Cuando el 23 de mayo se habían presentado ante el puerto cuatro buques rápidos norteamericanos, a Cervera se le planteó muy difícil el problema de la salida, ya que la pobreza de medios para abastecerse de carbón hacía la operación muy lenta, impidiendo una salida urgente. Dos días después, y ante la divergencia entre la opinión del Gobierno—partidario de la salida—y la del Almirante, éste reúne a todos los Mandos de la Escuadra y firman un acta en el sentido de que lo más razonable es permanecer en el puerto.

Entre tanto, la Escuadra americana del almirante Sampson ya ha iniciado el bombardeo de las posiciones españolas y el bloqueo riguroso del puerto. Cada hora que

transcurría se hacía más dificultosa la salida. El heroísmo de la guarnición ha clavado el ánimo de los asaltantes norteamericanos en El Caney, donde un puñado de hombres, al mando de Vara de Rey, hizo decir a un autor norteamericano: «Desesperados, rodeados como ellos estaban, aparecen con un coraje y una indiferencia al peligro, que hacen recordar a los defensores de Zaragoza y Gerona...; desplegaron tal fortaleza como en los días en que, hace tres siglos, era considerada la Infantería española como la más brava y mejor de Europa. De que esta tradición es justa, ofrece El Caney un ejemplo brillante.»

EL SACRIFICIO

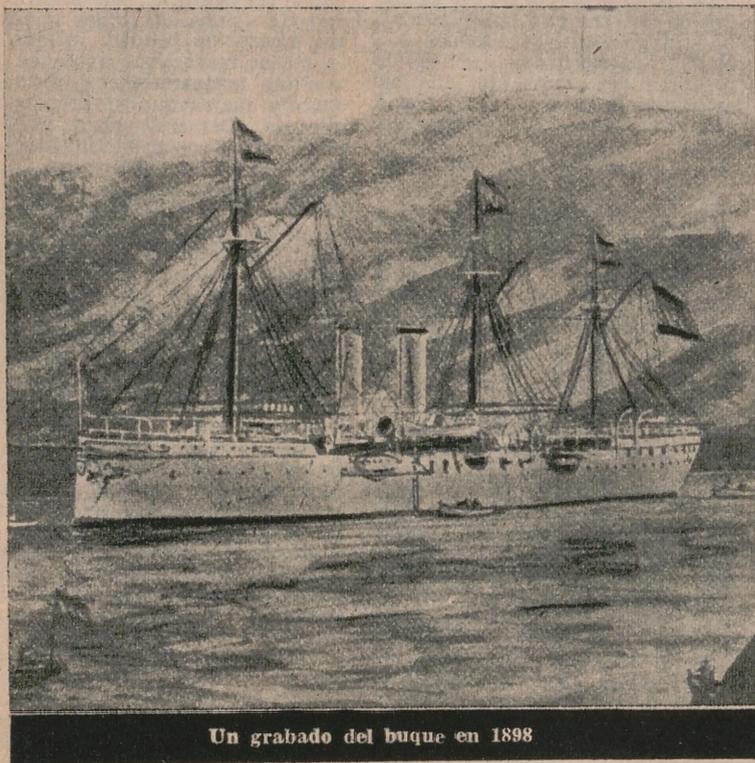
El primero de julio le llega la orden a Cervera. Hay que salir. «a viva fuerza y a todo evento», según palabras del Capitán General de la isla. Una locura, pero Cervera sabe obedecer y cumple la orden.

Dos días más tarde se hace a la mar: «En cumplimiento de las órdenes de V. E. I.—dice el parte de aquel día—, con la evidencia de lo que había de suceder y tantas veces había anunciado, salió de Santiago de Cuba con toda la Escuadra que fué de mi mando...» Una lluvia de fuego cayó sobre la Encuadra, que quedó destrozada... «... incendiados y embarrancados—continúa— el «María Teresa», «Almirante Oquendo» y «Vizcaya», que volaron; el «Colón», según informe de los americanos, embarrancado y perdido; los cazatorpederos, a pique. Ignoro aún la pérdida de gente, pero seguramente suben de seiscientos muertos y muchos heridos... La gente toda rayando a una altura que ha merecido los plácemes entusiastas de los «enemigos». Al comandante del «Vizcaya» le dejaron su espada. Estoy muy agradecido a la generosidad e hidalgüía con que nos tratan... La Patria ha sido defendida con honor, y la satisfacción del deber cumplido deja nuestras conciencias tranquilas, con solo la amargura de lamentar la pérdida de nuestros queridos compañeros y las desdichas de la Patria.»

Y allí, sin combatir, desarmado, estaba mudo el crucero «Reina Mercedes», único testigo, aparte las lomas descarnadas de la bahía, del estoicismo de un puñado de marinos españoles. Los vencedores honraron a los vencidos: «Hemos sido y somos objeto de entusiastas felicitaciones—escribía Cervera el día 7— por nuestra acción, y todos a porfía se han esmerado en hacernos nuestro cautiverio lo más llevadero posible.»

Luego de la batalla, el «Reina Mercedes» fué hundido por los españoles en la boca del puerto de Santiago para entorpecer la entrada de los barcos norteamericanos. Un año después, ya puesto a flote, marchó, remolcado a Norteamérica. Y allí ha permanecido hasta el 6 de noviembre de 1957, como último testigo del gran sacrificio de Santiago de Cuba, del que todavía nos hablará el eco de su campana de bronce cuando se instale en el Museo Naval de Madrid.

Luis LOSADA



Un grabado del buque en 1898

¡Esperamos sus cupones!



6º Concurso PROFIDÉN

DE LA CAMPAÑA PROFIDÉN DE HIGIENE DENTAL



Septiembre 1957 - Mayo 1958
ocho sorteos de regalos
(uno mensual)

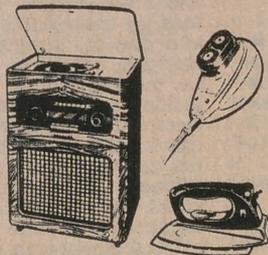
3.350.000
pesetas en premios



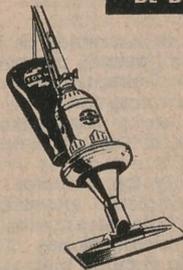
SOLICITE LAS BASES
A SU
PROVEEDOR
DE DENTÍFRICOS



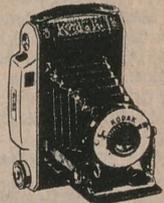
80 Motos **VESPA**



80 Radiogramolas
80 Máquinas eléctricas de afeitar
80 Planchas **PHILIPS**



80 Aspiradores
TORNADO



120 Máquinas
fotográficas
KODAK



80 Relojes
COPPEL



80 Estilográficas
MONTBLANC



40 Bicicletas **B-H**



280 Muñecas **LILI**



280 Balones
CONDOR



400 Gafas de sol **INDO**

¡Y MILES DE EQUIPOS DE HIGIENE DENTAL!

LABORATORIOS PROFIDÉN, S. A. • INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • Apartado 7051 • MADRID



En el año 2257

NOVELA - Por Antonio Manuel CAMPOY

«¿Quién quiere cambiar las viejas lámparas por otras nuevas?»—
Pregón de Aladino.

I

EL anfiteatro metálico de la Asamblea de las Dedicaciones está lleno de jóvenes números que aguardan la hora del Sorteo Quinquenal de la Dedicación. Dentro de unos minutos, cada uno de estos números sabrá de una vez y para siempre la dedicación que tendrá hasta el Día del Relievo Necesario.

Suena una sirena, suave, y los números se ponen en pie. Por la ojiva reluciente que preside el anfiteatro entran los tres robots encargados de adjudicar mecánicamente las dedicaciones. Uno de los robots, de metal amarillo y cinco metros de estatura, comienza a cantar con voz sonora los números; del uno al quinientos; otro robot, de metal azulado y cinco metros de estatura, va cantando una dedicación tras el número que canta el robot primero; el tercer robot, de metal verde y cinco metros de estatura, preside solemne el sorteo, sin moverse, limitándose a seguir los cantos con atención, mirando con su brillante cabeza cuadrada a la quieta congregación de números. Este robot representa al Gran Reactor, al Espíritu Atómico Superior, y su misión consiste únicamente en presidir.

Los robots son más altos que los números, más altos y más fuertes, señalándose así la superioridad de la máquina sobre el organismo químico, fisiológico. Junto a los robots, los números son enanos. Si cualquiera de estos números se enfrentara a un robot, el robot lo aplastaría, lo desintegraría en el acto. Pero un número no ha de enfrentarse a un robot. ¿Por qué y para qué? ¿No son los robots los aseguradores, los constantes veladores de

las vidas mortales? Al convertirse definitivamente en número, el hombre realizó su antiguo sueño de inmortalidad, no en su carne desintegrable, sino en su máxima creación electrónica: en el robot. El robot no siente ni frío ni hambre, ni es vulnerable a la enfermedad ni a la fatiga. El robot es eterno.

La inmortalidad ya no es una aspiración liberadora de angustias vitales; la inmortalidad es un hecho electrónico, una verdad física. El robot, además, es inasequible a las alteraciones psíquicas que aún padece, aunque muy levemente, el cerebro fisiológico, herencia de su precario pasado mental. La mentalidad del robot es infalible, matemática, lúcida, pura física geometrizada. La mentalidad electrónica no padece aquella enfermedad que un día sufrió el hombre, y que todavía sufren algunos inadaptados: la enfermedad del pensamiento privado, del pensamiento inútil, del pensamiento aquel que se estranguló a sí mismo especulando de espaldas al mundo físico. El robot no divaga, piensa únicamente lo que conviene pensar, sin errar ni un angstrom, y en él ha conquistado el número su máxima automatización: la unidad espacio-temporal.

Hasta que se creó el robot electrónico, el hombre estuvo imposibilitado para realizar su viejo sueño de predominio sobre las cosas. Era el hombre un conglomerado de órganos humildes, un mamífero placentar amarrado a las leyes que gobernaban a todos los animales. Y fué capaz de alumbrar cosas utilizables, pero lo mismo que las creaba las destruía, las mataba: porque todo lo que regia el pensamiento fisiológico estaba sujeto a los ciegos impulsos de tal pensamiento. Era inútil el pensamiento fisiológico, el pensamiento humano, enfermo como estaba por aquel delirio de ser libre que tenía. Y fué en el cerebro electrónico donde el hombre pudo realizar su viejo sueño de poderío ilimitado. En el cerebro electrónico consigue el número aquel viejo sueño de grandeza: el cerebro electrónico es más perfecto que el cerebro humano, capaz como es de elucubrar cuanto el cerebro

humano elucubraba, pero más exactamente, sin desviarse por nada. La química de las emociones condicionaba la marcha del cerebro fisiológico, apartándolo una y otra vez de sus metas. El cerebro electrónico, el robot, no es vulnerable, y en él realiza el hombre, convertido ya en número, su antiguo sueño matemático.

La sociedad numérica es autosuficiente y descansa en el modelo que la inspira: el cerebro electrónico. Los números son seres que consumen su ciclo espacial y temporal sin angustia, pues la angustia no era más que el duelo del sentimiento contra el logicismo de las máquinas, la lucha del sentimiento frente a los esquemas mecánicos de la razón. Ya no hay tal combate, pues el hombre, convertido en número, entregó su razón a la máquina, y ésta piensa por todos y para todos. Ya no se contraponen apariencia y realidad, y los números de esta sociedad autosuficiente saben que la antropología electrónica es perfecta, sencillamente porque no la angustia el viejo morbo de la libertad.

Por todo esto, y por muchísimas cosas más, estos jóvenes números que llenan el anfiteatro metálico de la Asamblea de las Dedicaciones miran así de confiados a los robots que están decidiendo el futuro. Cada uno de estos números se ve prolongado proteicamente en el robot. El robot es para cada uno de ellos su imagen poderosa e inmortal.

—Doscientos treinta y uno —va cantando, con voz sonora, el robot de metal amarillo.

—Cirujano —canta, a continuación, el robot de metal azulado.

—Doscientos treinta y dos —sigue cantando el primero.

—Tornero —sigue cantando el segundo.

—Doscientos treinta y tres.

—Investigador atómico.

—Doscientos treinta y cuatro.

—Poeta.

—Doscientos treinta y cinco.

—Marino.

—Doscientos treinta y seis.

—Ayudante de laboratorio.

—Doscientos treinta y siete.

—Estratega.

—Doscientos treinta y ocho.

—Inventor.

—Doscientos treinta y nueve.

—Ajustador.

—Doscientos cuarenta.

—Pedagogo.

Y así sucesivamente hasta el quinientos. Cuando los quinientos números ya saben la dedicación definitiva de sus vidas, se levantan y agradecen a coro al Gran Reactor el bien que les hace otorgándoles una dedicación hasta el Día del Relevo Necesario. El robot de metal verde, que representa al Gran Reactor, al Espíritu Atómico Superior, se levanta lentamente y lleva el compás el recital coral de gracias con sus brazos metálicos relucientes. Los números entonan el Himno de la Iniciación a la Responsabilidad, un himno que no puede llenar el ámbito del anfiteatro porque los números llevan escafandras y sus voces no pueden salir fuera, pero que cada uno escucha por el minúsculo receptor que lleva junto a la oreja.

El Himno de la Iniciación a la Responsabilidad está compuesto a base de sonidos especiales que estimulan los centros de la euforia, y al compás del himno los números van abandonando el anfiteatro a paso rítmico, llenos de optimismo, marciales, hasta salir a un patio metálico también, techado de un material transparente. Este patio es como una enorme campana neumática, absolutamente infranqueable a la radiactividad, y en donde no pueden entrar los robots, pues los robots son radiactivos. En este patio pueden quitarse las escafandras los números, y se las quitan y conservan flemáticamente.

—¿Qué dedicación correspondió a Treinta y cuatro?

—Mínero. ¿Y a Cuatrocientos sesenta y cinco?

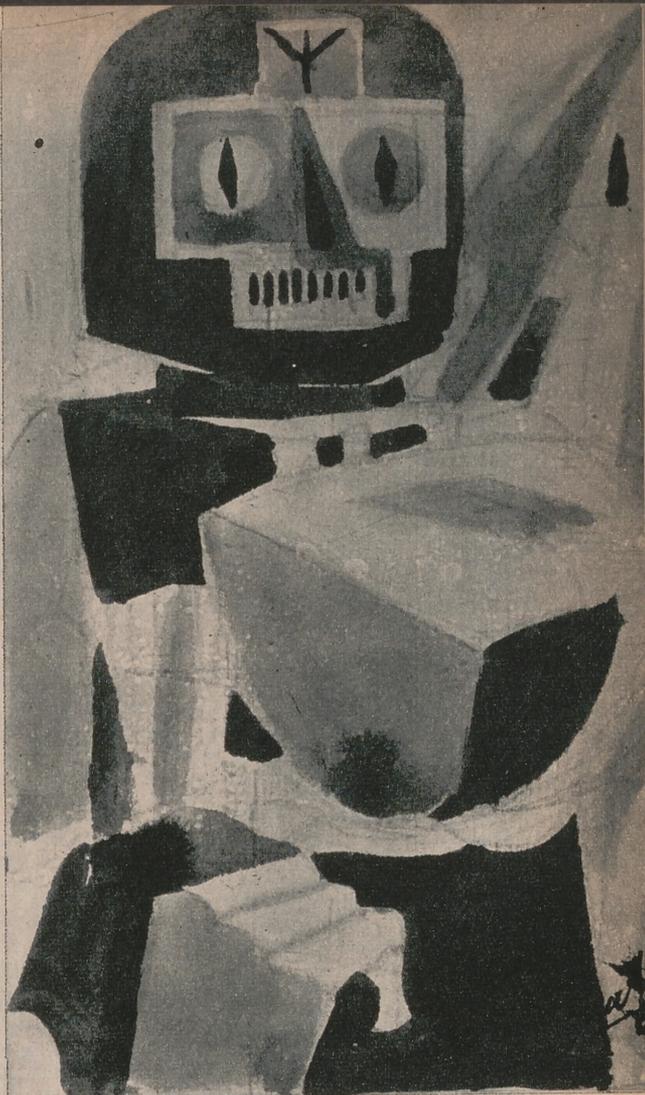
—Cuatrocientos sesenta y cinco irá al Comité de Espionaje Salvador, a cazar a los enfermos que se desalientan y quieren pensar.

—Tú eres Veinte, ¿verdad?

—Sí, y me han dedicado a ingeniero aeronáutico.

—Yo soy Trecentos cuarenta y dos, y mi dedicación es filósofo.

—Desde cualquier dedicación se sirve igualmente al Universo.



—¡Silencio, números! El Gran Reactor habla. ¡Silencio!

En efecto: difundida por los altavoces del patio transparente, se deja oír la voz del Espíritu Atómico Superior. Es una voz sonora y clara, llena de autoridad, cortante, estremecedora. La voz del Gran Reactor arenga a los números de la LXV promoción:

—... y nadie es imprescindible en nuestra era. Los cerebros electrónicos desintegraron aquella enfermedad de nuestros remotos antepasados que era la individualidad, la enfermedad de la iniciativa, el estrago de la disposición personal. Pero nosotros somos números, sumandos, matemática colectividad. Todos podemos hacer lo mismo, no hay aptitudes especiales, y en nuestra voluntad está fabricar médicos, buzos, compositores y arquitectos. Cada número es en potencia lo que sea otro número. Ahora os aguarda el Período Práctico de Aplicación y luego estaréis en disposición de cumplir vuestra misión. Espero que la cumpláis fielmente, y el Día del Relevo Necesario se os recordará el servicio que prestasteis al Universo, y tal recordación será la que justifique vuestra peripecia vital. Los números que no se escriben en el Libro de los Números Positivos serán números negativos, números inútiles, números borrados de los cerebros electrónicos que constantemente recuerdan a los números positivos: la gloria, en suma. Y ahora, como recompensa a vuestro Día de Iniciación a la Responsabilidad, asistiréis a un Relevo Necesario, mejor dicho: asistirán todos los números que no tengan un 5 en su cifra. La prohibición no es caprichosa, ya lo sabéis: forma parte del Programa de Renunciación Educativa, sin la cual no seríamos números...

Cuando deja de oírse la voz del Gran Reactor, los números se levantan y saludan con los brazos extendidos hacia arriba, se ponen las escafandras y forman en fila, de cinco en fondo. Marcando el paso bajan por una rampa mecánica a una cripta subterránea, iluminada con luz roja, en la que ya aguarda una columna de mil números. Los números recién iniciados forman frente a la columna que va

a ser relevada, y todos juntos entonan el Himno del Relevo Necesario:

*Esta es la gran hora eutanásica
y ya sabemos que sería patológico seguir.
Nuevos números han de sucedernos,
y en la suma infinita está lo inmortal...*

Ahora, mientras los mil números que van a ser relevados agradecen al Espíritu Atómico Superior la suerte que les depara, un robot de metal blanquísimo hace una señal imperiosa. Otro robot, de metal rojo como la sangre, aprieta un botón en el cuadro de mandos electrónico. Los mil números relevados se quitan las escafandras y en el acto se desintegran. Cien robots de metal negro van recogiendo los uniformes, antirradiativos que vestían los relevados, los amontonan en el centro de la cripta y los cubren con una campana de metal transparente. El robot de metal rojo que maneja el cuadro de mandos aprieta otro botón y en el acto se desintegran los uniformes. Suena una música especial, hecha a base de sonidos que estimulan los centros de la satisfacción, y los números recién iniciados a la responsabilidad van saliendo de la cripta marcando el paso.

II

Veinte sale a la calle y echa a andar en dirección a la Celda de Millar, donde vive. Veinte va satisfecho, pues le consta que el Universo espera mucho de la LXV promoción, que es la suya. Veinte es alto, delgado, de pelo rubio y anillado, con los ojos negros y algo oblicuos, las manos secas y alargadas, de uñas entre amarillas y sonrosadas. Sobre sus ojos negros se recortan las leves cejas rojas, casi en arco. Su tez está pigmentada entre rubicunda y negra. Veinte es un magnífico ejemplar del mestizo integral que hoy enorgullece al Universo. La genética dirigida acabó ya con las razas, muy especialmente porque en ellas se sustentaban aquellos nocivos sentimientos de patria que padecían los hombres antinuméricos, antiguos.

El mestizaje universal fué el arma de destrucción de los chauvinismos, y los números actuales son morfológicamente idénticos. Las sangres del ario y del africano, del latino y del asiático, del anglosajón y del piel roja, al mezclarse sabiamente han producido este tipo especial y han propiciado este mestizaje nivelador. Ya no es posible adivinar en un número al ario ni al semita, y todos los números tienen algo de griego y de bereber, de papúe y de galés, de japonés y de sudanés, de algonquino y de japonés, de samoyedo y de galés. Ya no hay razas, no hay patrias, no hay mezquinos orgullos basados en la pigmentación de la piel. El hombre ya es número, ya es universal.

Veinte camina a paso ligero hacia la Celda de Millar, donde vive, que está casi al otro extremo de la población. Veinte cruza por calles y por plazas metálicas, por afiladas avenidas de pirámides de metal y cúpulas resplandecientes. Una multitud de números escafandrados transita en todas direcciones, y por los aires circulan vehículos electrónicos, mil modelos distintos de aeronaves dirigidas electrónicamente. A través de la escafandra asman rostros casi idénticos al de Veinte, rostros ambiguos, sin expresión identificable con las que antiguamente procuraban las pasiones. Fasan hombres y mujeres, jóvenes todos y todos fuertes, y todos llevan en la cara una expresión de total sofosine.

A lo largo de las avenidas hay altas torretas que sostienen los grandes tubos del alumbrado y la temperatura, conseguida ésta mediante gas deuterium y colocando el tubo en un campo magnético; la temperatura y la luz son las mismas que produce el sol. También hay grandes altavoces que difunden sin cesar los penúltimos avances de la ciencia y de las técnicas electrónicas. Precisamente, estos días está en marcha un vasto programa de radioisótopos pacíficos aplicado a la agricultura y a la ganadería, a la medicina y a la alimentación. Veinte pasa frente a un poderoso reactor atómico, en cuya fachada hay un altavoz gigante y frente al que se han parado grupos de números infantiles. Por el altavoz, una voz clara va explicando a los numeritos que los radioisótopos son las formas radiactivas del fósforo y del carbono, del oro, del yodo y del cobalto, y de otros muchos elementos; y que los radioisótopos del yodo, por ejemplo, destruyen

las células de las glándulas tiroideas hiperactivas y corrigen sus anomalías. La radiación del cobalto-60, que no es sino un radioisótopo maravilloso, acabó con el cáncer. Gracias a los buenos radioisótopos se obtienen prodigiosas variedades agrícolas...

Veinte va arduo aceleradamente, esquivando el choque con los grandes robots que circulan por las aceras. Veinte tiene que llegar a su Celda de Millar a la hora exacta, ni un segundo antes ni un segundo después. El despilfarro del tiempo era otra de las enfermedades que aquejaban a la vieja humanidad. Antes de la sociedad numérica, la pérdida del tiempo llegaba a grados inverosímiles. Había, por ejemplo, seres degradados que se pasaban las horas sin hacer nada, fantaseando inútilmente, y el ocio los llevaba irremisiblemente a pensar. Ya no puede perderse el tiempo, pues el Día del Relevo Necesario llega pronto y el número ha de rendir antes toda la utilidad que puede rendir.

Por fin llega Veinte a su Celda de Millar, un gigantesco torreón de aluminio antirradiativo. Al entrar en el portal, Veinte entrega su tarjeta metálica al robot guardián, entra en el ascensor y sube al piso treinta y uno, que es donde está el Auditorium de Millar. Por las seis puertas del auditorium van entrando los mil números que habitan la Celda. Al pasar por la puerta del auditorium, un robot de metal azulado les va entregando a cada uno una cajita de metal y una botella metálica.

Cuando todos los números están en el auditorium, suena una suavísima sirena y los números se sientan con perfecta unanimidad. Las puertas metálicas se cierran lentamente y los mil números pueden quitarse las escafandras, pues los robots radiactivos quedaron fuera. Los mil números, de uno y otro sexo (pues aún no se ha logrado la amorfia integral, o sea, el número neutro, que tan activamente persigue la partenogénesis), son números jóvenes, unos más jóvenes que otros, pero jóvenes todos. Ellas tienen largas cabelleras anilladas, pelo y ojos, boca y manos de mestizos universales. Suena otro toque de sirena y los números se disponen a comer: abren las cajitas, extraen la ración de píldoras diaria, compuestas con todos los elementos que nutren la química fisiológica; se echan las píldoras a la boca, beben agua y ya han comido. Ahora han de reposar unos instantes, y mientras habrán de oír la Instrucción de la Cena, hoy dedicada a las Fobias que Fortalecen el Espíritu.

Los altavoces difunden la instrucción correspondiente. Una voz dulce, acariciadora, hecha a base de sonidos que estimulan los centros del celo y de la credulidad, y de la voluntad a su servicio, va haciendo lentamente el elogio a la erotofobia, o del horror al amor sexual, vehículo que fué de la genética más paupérrima; de la escotofobia, o del horror a la oscuridad, medio que es del ensimismamiento peligroso; de la gerontofobia, o del horror a los viejos, que son la negación de las energías vitales; de la misofobia, o del horror a la suciedad, propicia que es a la anarquía; de la mitofobia, o del horror a mentir y a soñar, vicios que convierten en negativa la actividad encomendada al número; de la nicofobia, o del horror a la noche, que tan patológicamente habla del cambio... La voz dulce y acariciadora va inculcando en los números estas fobias sagradas y otras muchas fobias que preservan de la negación al número positivo.

Después de la cena los números pueden conversar. El altavoz difunde ahora una musiquilla hecha a base de sonidos que estimulan los centros de la camaradería. Los mil números que conviven en la Celda de Millar charlan sobre nuevos programas de radioisótopos pacíficos, sobre el Intercambio Numérico Universal, y los que ya han estado en la Luna y en Marte cuentan sus impresiones a los novatos. En esta Celda de Millar viven dos promociones, la LXIV y la LXV, integradas por números de ambos sexos. Los números de la promoción anterior, en este caso, de la LXV, son Números Custodios de Aprendices, y cada número de la promoción LXV tiene su custodia, cuyo número es igual. Así, el Custodio de Veinte es otro Veinte.

La duración vital del número es un ciclo que se llama Misión; la Antemisión es la niñez del número, el Aprendizaje Misional es la adolescencia y la edad de iniciación misional, o de Iniciación a la

Responsabilidad, es la juventud, y la Edad de Misión es la edad adulta integral. El Fin de Misión coincide con el Día del Relievo Necesario. La Misión, en general, o período vital del número, la constituye el programa que el número debe desarrollar durante su breve peripecia existencial. En cuanto finaliza el Período Práctico de Aplicación, en el que cada número domina sin error la dedicación que le correspondió en sorteo, se entra definitivamente en la Edad de Misión, de responsabilidad plena, y el número adulto deja de tener Custodio, que ya es relevable, y pasa él mismo a ser Custodio del número igual al suyo de la promoción siguiente. Y así hasta el infinito.

El Número Custodio tiene gran responsabilidad. Ha de cumplir su dedicación celosamente, y al mismo tiempo ha de educar al número que está custodiando, siendo responsable de cualquier enfermedad física o mental que pueda sobrevenir al educando, muy especialmente de cualquier enfermedad mental. Si el número que se custodia enferma y piensa en privado, siempre será responsable el Número Custodio. En tal caso, las Normas de la Convivencia Universal son inexorables: el Custodio responsable es condenado a Desintegración Prematura. Por fortuna, se dan pocos casos de Custodios infieles.

Veinte y su Custodio comentan la grandiosidad de esta jornada, pero Veinte observa con sorpresa que su Custodio se distrae, como si algo recóndito estuviese alterando la química de sus emociones.

—¿Y estás satisfecho de la dedicación que te ha correspondido?

—Estoy satisfecho porque ya tengo dedicación.

—¿Tienes proyectos que desarrollar en ingeniería aeronáutica?

—No tengo proyectos, ¿he de tenerlos acaso?, pero desarrollaré los proyectos que desde hoy comience a tener. ¿Por qué haces preguntas tan absurdas?

—Por nada, Veinte..., pero suponía que podrías ser un médico excelente... Tienes disposiciones para la medicina...

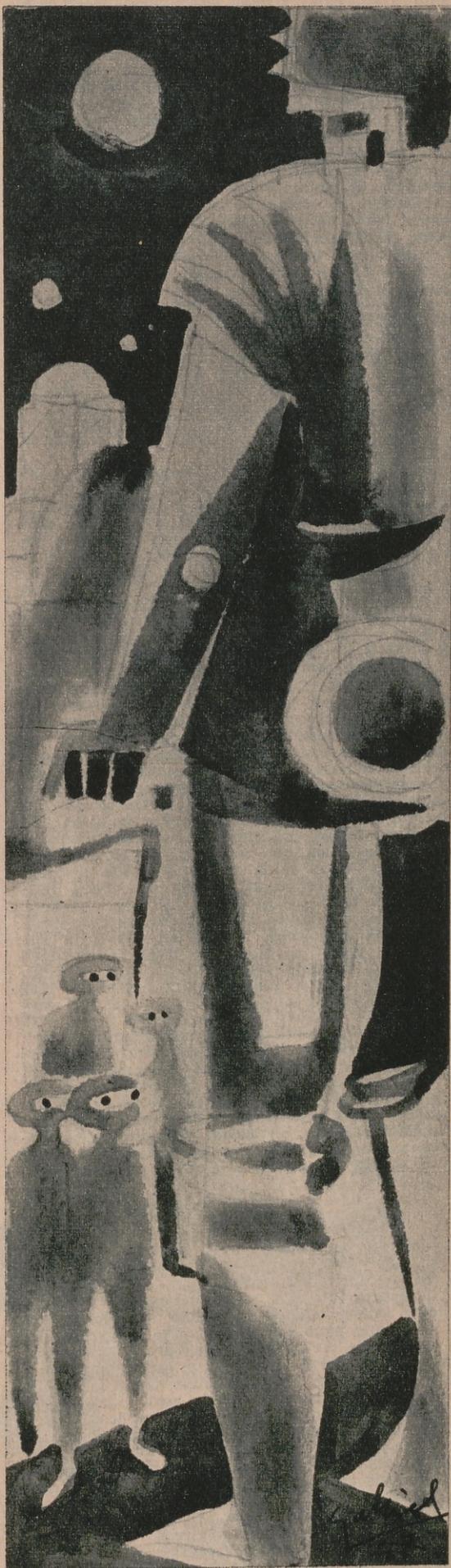
—¿Que tengo...?

Veinte está sorprendido de oír expresarse así de estúpidamente a su Custodio. ¿Tener preferencias por una u otra dedicación? ¿Acaso no son los números, en potencia, especialistas en cualquier materia? ¿Pueden, acaso, los mecanismos fisiológicos condicionar alguna disposición por sí mismos? ¿No es la educación genérica la que posibilita aptitudes, ella únicamente? ¿Acaso las neuronas y la sangre pueden predisponer al número con la eficacia que predispone la educación electrónica? Veinte está muy sorprendido oyendo expresarse así de débilmente a su Custodio, pero supone que no lo está haciendo por iniciativa propia, sino tal vez atendiendo a un método de exploración del iniciado, encomendado a la misión del Custodio por el Gran Reactor. Sí, el Custodio lo está explorando para convencerse de que su antipreferencia es perfecta, para asegurarse de que la educación de su custodiado no ha sufrido desviación mental alguna.

—Puedes estar satisfecho, Custodio: antes del Sorteo Quinquenal de la Dedicación me eran indiferentes por sí todas las dedicaciones; ahora mismo, si el Espíritu Atómico Superior me relevara de la dedicación que me ha correspondido me sería indiferente entregarme a otra; pero estoy satisfecho con la que me correspondió. Con decirte que para convencerme de ello no he tenido necesidad de tomar ni una píldora persuasoria, ni de oír música extraordinaria, ni de entrar en la cámara de los colores.

Efectivamente, Veinte no ha tenido necesidad de hacer ninguna de esas cosas, lícitas ciertamente y realizables a petición de cualquier número. Sucede en ocasiones, en muy raras ocasiones, que un número siente que le va a flaquear la decisión obediente (que la va a flaquear, no que le flaquea, pues en tal caso está condenado automáticamente), y ante tal presentimiento se medicamenta en el acto. Puede ingerir unas píldoras de persuasión acelerada, puede oír música especial, hecha a base de sonidos que estimulan los centros de la persuasión, y puede entrar en la cámara de los colores, someténdose durante unos minutos a una combinación especial de colores que estimula los centros del convencimiento.

No he tenido que hacer nada de eso, Custodio. En realidad, la LXV Promoción ha entrado en sus dedicaciones espontáneamente, sin necesidad de es-



tímulos especiales, y todos sus números estamos satisfechos. ¿Fué así también tu promoción?

—No, no fué así... En la LXIV se dieron algunos casos de flaqueza...

—¿Es posible?

—Sí, algunos números de la LXIV tuvimos necesidad de permanecer diez minutos en la cámara de los colores. A mí me correspondió la dedicación que sabes, Vigilante de Cerebro Electrónico, pero yo habría querido ser médico, sí... Según comprobó el robot psicoanalítico, mi flaqueza se enraizaba en un atavismo oscuro, en un avatar incontrolado y peligroso, pero la cámara de los colores borró de mi cerebro tal solaje... Sí, ahora puedo decírtelo, Veinte: tuve que tratarme periódicamente con colores y con conciertos especiales, y al fin pude salvarme... El Gran Reactor se apiadó de mí...

—¿Qué locuras estás diciendo, Custodio? ¿Pretendes comprobar hasta ese extremo repugnante mi fortaleza, poner a prueba mi numeralidad sin tacha? ¿No recuerdas que nunca he flaqueado?

—No es eso, Veinte, no..., no sé qué digo. Creo que estoy enfermado de veras, retrocediendo a hombre anterior... Yo siempre esperé que tú...

—¡Silencio, ni una palabra más! ¡Oído todos! ¡Silencio, números: Veinte-LXIV, mi Custodio está enfermo, está pensando!

Las voces que da Veinte arman un gran ruido en el Auditorium de Millar, y todas las cabezas se vuelven hacia Veinte y su Custodio. Todos gritan y señalan rabiosamente a Veinte-LXIV, el Custodio enfermo, que comienza a ponerse pálido y a sudar, a morderse los dedos y a mesarse los rubios y ensortijados cabellos. Suena una sirena autoritaria, se enciende una luz roja y los mil números se ponen las escafandras. Se abren las puertas metálicas y entran dos robots de metal blanco; los robots blancos se dirigen a Veinte-LXIV, el Custodio enfermo, lo agarran fuertemente con sus pinzas y lo sacan del auditorium, entre la algarabía gesticulante de los números ya escafandrados. En cuanto se cierran las puertas metálicas y los novecientos noventa y nueve números se quitan las escafandras, los altavoces difunden una musiquilla suave, compuesta a base de sonidos que procuran inmediato olvido a la escena anterior.

Tranquilizados ya los números, se abren unas compuertas que hay al pie del escenario del auditorium, los números se ponen en pie y en fila de tres en fondo van marcando el paso hacia la escalera mecánica que hay tras las compuertas, hasta llegar a un salón de metal rosado, a cuyos lados se extienden largos divanes de materia plástica rosada también. Al pie de los largos divanes hay perchas de níquel. Los números se desnudan, cuelgan los uniformes, forman en fila de a dos en fondo, pasan al salón de aseo, se duchan, vuelven en correcta formación al salón rosado, en el que ya lucen unas lámparas especiales que estimulan los resortes del nirvana, se tienden desnudos en los divanes y se disponen a dormir. El salón rosado presenta un aspecto magnífico, con sus novecientos noventa y nueve números masculinos y femeninos en posición de descanso integral. En una cabina que hay junto al salón rosado, visible por el tabique de material transparente, un robot de metal rojo está sentado ante el cuadro de señales oníricas, vigilando el reposo de los números pronto a impedir que los solajes de los antiguos sueños se agiten en la precaria química de un número.

III

Desde que se levantó, Veinte anda distraído, preocupado, y no cumple su servicio con la diligencia preceptiva. El mismo está asombrado de que le ocurra lo que le está ocurriendo, y frecuentemente injiere píldoras de olvido. No obstante la voluntad que pone en distraerse, parece como si un vértigo de distracción le subiera a la cabeza, como si una fuerza misteriosa y oscura le subiera desde los abismos más inciertos de la sangre y le golpeara las sienes. Veinte está sintiendo el peligroso vértigo de pensar, de explicarse por cuenta propia la actitud de su Custodio, y ante el temor de caer de un instante a otro en la patología de discernir, pide permiso al robot de metal azulado que dirige los entrenamientos y solicita ser recibido por el Gran Reactor.

En cada Celda de Millar, en cada fábrica, en todas las instalaciones de la ciudad atómica hay un Gran Reactor, símbolo y representante del Es-

piritu Atómico Superior, que por su omnipotencia está en todas partes al mismo tiempo, como imagen y alma que es del Atomo Perpetuamente Vigilante, esencia y luz de todas las cosas. Veinte es recibido por el Gran Reactor, un robot de metal verde y cinco metros de estatura, de cabeza cuadrada y brillante, de voz sonora y llena de autoridad, exactamente igual que el robot que presidió el Sorteo Quinquenal de Dedicaciones. Veinte se confiesa con el Gran Reactor y le cuenta cómo su Custodio intentó envenenarle la numerología con patológicas ideas de preferencia; cómo su Custodio esperaba que prefiriese la Medicina a la Ingeniería Aeronáutica... Y el Gran Reactor habla así:

—Ya sabes, Veinte, que aún no os habéis liberado los números de un mísero rastro de hombres, y que cuando enfermáis fermentan en vosotros esos posos de libertad que todavía os pudren la sangre maldita. El arcaico «cógito» y el prehistórico «sum se os presentan de nuevo cuando enfermáis, como un retorno apasionado y patético a la individualidad, a lo humano, es decir: a la libertad, negación que es del número. Nos otros, los del cerebro electrónico, estamos libres de tales asechanzas. Y trabajamos incansablemente para procuraros la mayor aproximación a nuestra naturaleza automática, que es espejo de la pura sofrosine. Pero vosotros aún estáis con los pies metidos en el barro fisiológico, con todo el cuerpo metido en tanta miseria, aunque la cabeza ya se os esté liberando. Alguna vez, por desgracia, esas infecciones del cuerpo os contaminan la cabeza, y entonces se hace necesario desintegrar tanta podredumbre. Tal se hará con Veinte-LXIV, tu antiguo Custodio, condenado ya. Va a él y fortalece en el espectáculo de su miseria, en el espectáculo de un número negativo, condenado ya a Desintegración Prematura.

Así habla el Gran Reactor a Veinte, insuflándole energías, renovando su cregullo de número humano. Veinte va entonces a ver a su antiguo Custodio, que está encerrado en el Hogar de la Justicia Universal, entre implacables robots de metal azulado. Un robot conduce a Veinte hasta el calabozo metálico donde está Veinte-LXIV, para que Veinte se conforte con el espectáculo podrido de su antiguo número custodiador. Porque Veinte piensa ahora que nada hay tan bajo, tan absurdo y tan peligroso para la comunidad numérica como la libre iniciativa, nada tan repugnante como la preferencia, nada tan patológico como el vértigo de intentar pensar de espaldas al Espíritu Atómico Superior, ser extraordinario que piensa por sí mismo y para todos, gran camino que es para la total inhumanización del número, todavía en el grado inicial de su perfección automática. Y así habla Veinte a su antiguo Custodio:

—¿Cómo has podido caer así, retroceder a este estado? Has destrozado cuanto había en ti de perfecto, cuanto ya te liberaba de esa servidumbre química que ahora te atenaza de nuevo. ¿Cómo pudiste caer en el pecado de la preferencia? ¿No sabías que nada puede el hombre ante los números, nada la propia iniciativa ante la cantidad colectivizada? ¿Cómo pudiste olvidar que lo único que hace incomparable al número es su objetividad relacionada? ¿Y qué podríamos ser, dime, sin esta relación cuantitativa?

—No sé nada, Veinte, no sé nada. Pero algo que daría en mí de imperfecto que ha podido llevarme a este estado. Porque es el caso que no puedo olvidar, que no puedo echar fuera de mí este vértigo subjetivo que me domina, esta cruel herida de la subjetivación. Quiero considerarme número relacionado con los demás, exento de propia significación; quiero ser parte de cantidad, elemento de suma, ente relativo y únicamente significativo por la relación, pero no lo consigo, no logro quitarme esta sensación de absoluto que me sube de la sangre a la cabeza. Y es que tiene que haber en nosotros algo fácil de romperse... ¿De veras crees que el Alma Atómica Universal puede dominar una máquina tan perfecta como la de nuestro organismo capaz como es de generar hasta rebeldías?

—¡Has caído en la peor miseria! Pero ya no podrás contagiar, negativo.

—Ya lo sé, Veinte, y no me atormente la idea de desaparecer absolutamente.

—¡Eso indica que aún puedes salvarte! Los números, fuera de nuestra significación relativa, cuantitativa somos negaciones, ceros a la izquierda de la cantidad vital. ¡No se perdió todo en ti, miserable!

--No; sospecho que no se perdió todo, ni en ti se perdió tampoco la posibilidad de ser absoluto. Yo no sé nada, pero estas incertidumbres que me agarran como garfios el espíritu quieren decirme que algo debe haber más allá de nuestro existir numérico. ¿Qué era de los hombres antes de la Era Atómica Universal? ¿Cómo eran nuestros antepasados, qué los sostenía? En el Desierto Desolado viven los seres teratomórficos que no pudieron ingresar en la colectividad numérica porque ya estaban radiactivados. Tú no sabes de esto, pero espero que un día puedas pensar en ello. Si en el Desierto Desolado, al margen de nuestra vida perfecta, viven los seres teratomórficos, residuo que son de los antiguos habitantes de este trozo de Universo, y ni las catástrofes radiactivas más tremendas han podido acabar con ellos, prueba de que entre la sangre y las vértebras se esconde un principio vital superior al de las máquinas. Aquel mundo de monstruos vive miserablemente en terribles condiciones de lucha por la vida, pero algo los alienta y los sostiene.

--En la tierra no puede haber otros seres que los números, pues nosotros sólo podemos combatir la radiactividad del planeta. ¿Qué sabes tú?

--Yo era Vigilante de Cerebro Electrónico y sé muchas cosas, entre otras, que tales monstruos existen, y que el Gran Reactor los emplea en trajes duros en las minas. Pero esto es lo de menos ahora. También sé el número que te incubó...

--¡Mentira, nadie sabe el número de su origen, nadie puede saberlo...

--Yo sí sé el tuyo, y desde entonces pude seguir todas tus edades misionales. En el Programa de Genética que te produjo intervine yo como Vigilante de Cerebro Electrónico, y te he seguido la pista desde que viniste a la vida en la Fábrica de Nuevos Números. ¡Te incubó 48-F-7, de la Fábrica de Nuevos Números!

--¡Pretendes enfermarme, maldito; pretendes enfermarme!

Y Veinte sale del calabozo metálico dando un portazo, con la cabeza ardiendo y los pulsos alterados como nunca los ha tenido. Al salir del Hogar de la Justicia Universal, Veinte enfila la avenida de la Fisión, cruza las de Europeo, Talio Cadmín y Radón, y en la Plaza Neutrón se para a descansar. Veinte está agitado, a punto de enfermarse, a punto de pensar por cuenta propia en cuanto le ha dicho su antiguo Custodio. Va a entrar en una sala de conciertos a oír una ración de música que le lave el cerebro, pero una tentación novísima e irresistible lo hace andar de nuevo, hacia la Avenida Plutonio, y llega ante la Fábrica de Nuevos Números, un edificio de metal transparente, en cuyo interior se ven centenares de números de servicio atentos ante los aparatos electrónicos de la partenogénesis, en los que se mezclan los óvulos partenogénéticos con el ácido dna, cuyos genes y cromosomas condicionan el mezclaje universal.

Antes de entrar en la Fábrica de Nuevos Números Veinte se pasea por la acera metálica a ver si logra poner en orden el caos de sus sensaciones. En unos cuantos minutos, su antiguo Custodio le ha proporcionado más materiales de incertidumbre de los que puede soportar. ¿Quiénes son esos seres teratomórficos que viven en el Desierto Desolado, expuestos a las contaminaciones de los instrumentos nucleares y fuera de la protección del Gran Reactor? ¿Qué antecedentes vitales hay más allá de la Historia del Atomo? Porque en cuanto le enseñaron, nada se hablaba de ello. Para Veinte, la biografía numérica no va más allá de la Teoría de la Relatividad, que identificó materia y energía en ergios en gramos transformables. Los nombres de Einsten, Rutherford, Hahn Cockcroft, Bohr Walton, Fermi Chadwick, Strassmann y otros por el estilo, son los únicos nombres protohistóricos que Veinte conoce ligados como están al milagro atómico. De fechas prehistóricas sólo conoce las del 2 de diciembre de 1942, símbolo del control de la primera reacción en cadena; la del 25 de julio de 1945, en que estalló la primera bomba atómica en Alamo Gordo; las del 6 y 9 de agosto de 1945, asociadas a los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, y la del 4 de octubre de 1957, en que saltó al espacio el sa-

télite artificial... ¿Qué hubo antes de todo esto?

¿Y qué ha de conseguir con entrevistarse con el número que le reveló su Custodio? ¿Acaso Cuarenta y ocho-F-7, de la Fábrica de Nuevos Números, tiene algo que ver con él, producido como fué partenogénicamente? ¿Qué caos mental es este que se ha desatado en su cabeza, qué torbellino de debilidades es este que le sube a las sienes? ¿Tendrá razón el Custodio enfermo y contendrá la sangre gúmenes nocivos capaces de retrogradar la naturaleza numérica? ¿Pero es que algo tan perfecto como la sociedad automática, imagen y semejanza que es de la máquina, puede quebrarse en un momento, romperse en uno de sus engranajes, en uno de sus números, y retroceder a su remota condición humana? Veinte no lo cree posible, piensa únicamente que aún brotan en los números débiles simientes de aquella miseria prehistórica que por tantísimo tiempo vedó al número la posibilidad de revelarse, de ser. Veinte piensa que él es una excepción, que su caótico estado mental es simplemente una excepción de la perfecta ley que todo lo rige en la sociedad automática. Pero tiembla al comprobar que lleva ya unas horas pensando por su cuenta, que lleva unas horas caído en la enfermedad más repugnante.

IV

Quando regresa a su Celda de Millar se entra de que su antiguo Custodio ha sido desintegrado, y tiene, además, la sensación de que los robots lo espían, de que el Control Cerebral está captando una a una las debilidades de su cerebro. El Control Cerebral, en efecto, puede captar el fluido del mesocéfalo y de la medula oblonga, las percepciones inteligibles de cualquier número, oscilografiando en una pantalla todos los síntomas del cerebro que se espía. ¡Es tan extraño que el Gran Reactor no lo haya condenado ya! Veinte ingiere una doble dosis de reserpina, capaz de proporcionar el nirvana al número más rebelde, pero no consigue dominar sus nervios, no consigue volver a su cauce el río disparado de su fisiología. Junto a Veinte pasan los eufóricos números, charlando sobre el reciente Plan de Radioisótopos para el Agro, por el cual se eliminarán las bacterias de los vegetales. Del patio metálico suben suaves canciones que estimulan los centros de la obediencia. Pero Veinte no consigue emanciparse de esta angustia que lo atenaza.

Un robot de metal amarillo avanza hasta Veinte y le comunica que dentro de tres minutos embarcará en un sputnik para tomar parte en una misión lejana. Veinte baja al aeropuerto de su Celda de Millar y forma con los demás números que toman parte en la misión, subiendo a paso medido al reluciente sputnik. Una vez en el interior del vehículo, los números cierran herméticamente la cámara y se quitan las escafandras. El robot que conduce, a los seis minutos de vuelo, hace una señal con la mano y los números se ponen la escafandra. El sputnik vuela ahora sobre un paisaje estéril, desolado, de raquítica y extraña vegetación, con manchas de nieve; un paisaje tenebroso, lleno de cráteres y de ruinas de construcciones inverosímiles. En cuanto aterriza el sputnik, el robot que manda la expedición hace descender a Veinte y cuando ya está en el suelo le arranca la escafan-





dra, dejándolo sin protección en mitad de esta naturaleza desolada, hecha de embudos gigantes, de hierbajos y de ruinas de edificaciones incomprensibles, cuyos materiales Veinte no puede identificar. El sputnik se eleva, y mientras Veinte comprueba con terror que ha sido abandonado, los números que se acomodan en la cámara antirradiativa del sputnik entonan con voz suave el Himno del Relievo Necesario:

*... sabemos que sería patológico seguir.
Nuevos números sucederán al número negativo...*

Veinte mira con espanto en torno suyo y no ve más que ruinas incomprensibles: metales retorcidos y objetos rotos que no puede identificar. Esta llanura es como un vastísimo cementerio de cosas desconocidas, el polo opuesto de la brillante Colmena de Millón, la ciudad atómica donde vivió has-

ta ahora. Y ve que de entre estas ruinas absurdas salen a su encuentro seres monstruosos, patizambos, cheposos, de extremidades repugnantes y rostros ulcerados, unos de negros cabellos y otros de cabellos rubios, todos a cual más monstruosos, pero diferentes entre sí. Estos seres teratomórficos se le acercan y lo miran con simpatía, y uno de ellos, en cuyas ulceradas facciones Veinte cree reconocer todavía a un mestizo universal, le habla en lengua electrónica:

—Yo también fui un número, igual que tú de hermoso y como tú desterrado en estos parajes radiactivos. Supongo que nuestro delito habrá sido el mismo: caer en el pensamiento. Yo hace mucho tiempo que vivo aquí, entre los monstruos, y yo soy otro de ellos; también tú lo serás muy pronto. Ven.

Veinte sigue a los monstruos por entre las ruinas, y mientras va pasando por mezzquinas (allos que forman los cascotes y los hierros retorcidos, Veinte ve asomarse a la puerta de sus covachas a monstruos de todas las edades, a niños y a viejos, a hombres y mujeres de una raza inverosímil, de envoltura deleznable. Siguiendo al ex número que lo guía, Veinte entra en una cueva enorme que hay al final de la calle, una cueva llena de enseres rotos cuyo uso no es capaz de adivinar. En una leja que hay en la pared, Veinte ve alineados una serie de objetos constituidos por hojas de una materia desconocida, y cada una de esas hojas tiene impresos caracteres enigmáticos. En la parte externa de estos extraños objetos Veinte ve dibujadas estas raras figuras geométricas: «BIBLE», «LEAVES OF GRASS», «DOMINATIONS AND POWERS», y otras muchas más, cuyos dibujos no entiende. Al fondo de la cueva, sobre un montón de piedras, Veinte ve dos maderos cruzados componiendo una extrañísima figura geométrica. ¿Qué es todo esto, qué mundo oscuro y pobrísimo es éste?

—Todo lo que ves —le dice el ex número— son restos de un mundo que ni tú ni yo conocimos, y la lengua que hablan estas gentes a ti te resultará tan incomprensible como todo lo demás. Yo he aprendido esta lengua y ahora me es grato expresarme en ella. También mi estómago se acostumbró a digerir alimentos naturales, radiatizados, y así me ves. La radiactividad que desencadenaron nuestros antepasados mutó violentamente el hábitat humano y vulneró el misterioso umbral de la seguridad biológica. Traumas terribles desequilibraron el patrimonio genético y la naturaleza se rebeló, produciendo, por sucesivas desviaciones, el horror de estas gentes teratomórficas que ves aquí... Claro que aun no puedes entender nada de cuanto te digo, pero ya lo irás comprendiendo en tu carne y en tu espíritu. Según me han contado, esta tierra desolada en la que ahora trabajamos como mineros, bajo la mirada fría de los robots, fué un día la laboriosa Minneapolis, y ese turbio y casi seco río que ahí ves fué el Mississippi alegre, en cuyas riberas floreció la vida y el entusiasmo. Hace siglos aquí se desarrolló una sociedad pujante, hecha de hombres libres que creían en ellos mismos y confiaban en las posibilidades del régimen político que tenían, al que llamaban democracia. Dicen que Minneapolis era una ciudad alegre, en la que los hombres trabajaban la madera y mouturaban el rubio trigo de Minnesota... Esa es la tradición, que es cuanto sobrevive a todo aquello. Pero ya te irás enterando de todo y te irás familiarizando con tales recuerdos. Sí, esos pequeños monstruos que miras son hijos de los otros, carne de otras carnes... Todo lo irás desentrañando a medida que la radiactividad acabe con tu planta de superhombre, de mestizo universal. Cuando me desterraron aquí me consideré perdido para siempre, mas ahora comienzo a entender que me salvé aquí, igual que tú te salvarás...

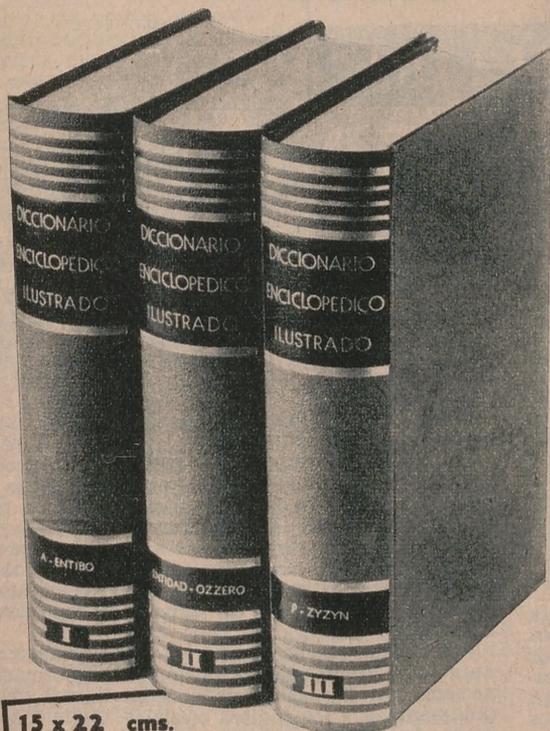
En el firmamento azul pálido se recorta, lejana, la silueta de un sputnik gigantesco, y cuando Veinte sale de la cueva y mira otra vez el desolado paisaje que lo rodea no puede reprimir un sentimiento de angustia. Y una curiosidad casi morbosa le hace desviar los ojos del robot de metal amarillo que allá lejos vigila la explotación minera, y fija sus ojos sorprendidos en un monstruo que acaba de llegar con un ramo de enfermizas flores en la mano. Y el monstruo, mientras con una mano deforme se sacude el polvo que tiene en el andrajo que viste, con la otra mano deformada ofrece las flores a alguien que hay en el interior de una cueva, y sus ojillos legañosos se animan casi radiantemente.

F I N

Sea cual fuere su profesión,
no puede usted prescindir de
una **ENCICLOPEDIA...**

Imp. Public.
Sopena

...le brindamos la más
útil con las últimas
innovaciones y
descubrimientos en
Ciencias, Arte, Historia,
etc., etc.



**DICCIONARIO
ENCICLOPÉDICO
ILUSTRADO
SOPENA**

**Nueva
Edición**

15 x 22 cms.
encuadernados en tela verde
y rótulos en oro

50 Ptas. mensuales

Este DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO SOPENA encierra tal acopio de datos y noticias, que en nada tiene que envidiar a una enciclopedia voluminosa, y aventaja a ésta en un ahorro de espacio y en una gran facilidad de adquisición.

Verdadera ENCICLOPEDIA, única en su género, que merced a la depurada selección, a la finura del papel y al tipo de letra, se ha logrado resumir en él toda la cultura de nuestro tiempo.



**EDITORIAL AMALTEA, S. A. - Provenza, 95
Barcelona**

Sírvanse remitirme lo que señalo con una X:

- 1 Diccionario Enciclopédico Ilustrado, 3 volúmenes (contra reembolso)
- Folleto gratis y talleres adquisición a plazos.

Nombre

Profesión Domicilio

Localidad Provincia

INFORMACIÓN AMPLIA, MODERNA Y FIDEDIGNA

PRECIO: { Al Contado: En tela, 700 ptas.; en media piel, 900 ptas.
A Plazos: En tela, 750 ptas. (50 ptas. mes);
en media piel, 990 ptas. (66 ptas. mes).

EDITORIAL AMALTEA, S. A.

Concesionaria de la venta a plazos de
EDITORIAL RAMON SOPENA, S. A. - Provenza, 95 - BARCELONA

**EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER**

EL DESTINO DE FRANCIA EN LA HORA DEL PETROLEO

Por Maurice LEMAIRE

HASTA qué punto el desbarajuste político entorpece el que Francia puede enfrentarse con los problemas económicos del momento actual constituye el tema básico de la obra que hoy nos toca resumir: «Notre destin a l'heure du pétrole». Empleamos el calificativo básico porque, a pesar de que la mayor parte del libro está dedicado al estudio de las cuestiones referentes a la utilización de las diversas clases de energía, el autor, Maurice Lemaire, muestra en los últimos capítulos que la gravedad intrínseca de todos estos problemas no puede ser resuelta debidamente sin una política estable y sin un «sistema» que debe diferir sensiblemente del que ha sido hasta ahora tradicional en Francia.

LEMAIRE (Maurice): «Notre destin a l'heure du pétrole». Hachette, París, 1957.

LA situación de Francia es inquietante. Revela incluso, si se la estudia cuidadosamente, signos prerrevolucionarios, ante la gran sorpresa de los que, algo superficialmente, no conceden importancia más que a la producción industrial. Puede, en efecto, parecer desconcertante diagnosticar signos de enfermedad grave cuando se observa una economía que, como la nuestra, está en plena expansión.

TODO NO ES LA PRODUCCION INDUSTRIAL

La producción industrial, en efecto, aumenta a un ritmo desconocido en el pasado. Desgraciadamente, el alza de la producción industrial, considerada aisladamente, no traduce por sí sola la salud económica del país. Las importaciones de bienes y servicios han seguido una marcha ascendente más rápida, mientras que las exportaciones, después de una progresión sensible, han declinado, surgiendo estas nuevas tendencias a partir de 1955.

Así, pues, mientras la curva de las exportaciones desciende, más lejano veremos el equilibrio de cuentas, ya que para éste se necesitaría que aquélla subiese más rápidamente que el de las importaciones.

Resultados análogos se desprenden de la comparación del índice del producto nacional bruto al precio del mercado y del índice del volumen del consumo privado. Este tiende a sobrepasar al producto nacional bruto, mientras que al mismo tiempo pesan sobre nuestra economía las cargas inevitables del rescate de África del Norte y la revalorización del patrimonio de la Francia de ultramar.

Muy revelador aparece igualmente el cuadro comparativo de la evolución del poder adquisitivo durante estos últimos años según las diversas categorías de ciudadanos. Se descubren en él inquietantes retrocimientos.

En general, el poder adquisitivo del asalariado ha aumentado en un 38 por 100 entre 1949 y 1956. Pero una rectificación se impone si se tienen en cuenta los subsidios familiares. El poder adquisitivo del jornalero padre de dos hijos en París ha subido

MAURICE LEMAIRE

NOTRE DESTIN A L'HEURE DU PÉTROLE

HACHETTE

mucho menos rápidamente que el de un jornalero que no tiene hijos. Para las otras categorías de ciudadanos la evolución del poder adquisitivo no es conocida con la misma exactitud. No obstante, se pueden sacar ideas bastante claras prestando atención a grandes sectores y relacionándoles con las rentas de la nación.

De este estudio se deduce que si la proporción de la renta nacional afectada por los salarios, así como lo referente a las prestaciones sociales, los retiros y las ayudas, ha aumentado, por el contrario la proporción de los sueldos de los funcionarios se ha reducido, así como los ingresos de los comerciantes, los artesanos y los agricultores. Incluso para estos últimos si se tiene en cuenta la pérdida de efectivos de 50.000 a 75.000 individuos que se produce todos los años el ingreso medio de la agricultura aparece en baja relativa en relación con el del asalariado de la industria. Finalmente, si los ingresos de inversión están, en su conjunto, en débil progresión, las ganancias privadas proceden del exterior se encuentran en disminución y todo ello no constituye un signo de enriquecimiento nacional.

Ante estos hechos, frente a estas contracciones, ante estos desórdenes, la nación mal informada reacciona mal. El asalariado ve subir la vida más rápidamente que los índices oficiales. De buena fe se persuade que su poder adquisitivo no sigue a la productividad de su sector, al cual cree, desde luego, bajo el efecto de su exclusivo trabajo.

Todo sube al mismo tiempo: precio de géneros y mercancías, cargas sociales, gastos estatales, alquileres, impuestos. Una psicosis se crea. La producción está en alza. ¿Y por qué no los salarios? El mito de la producción a cualquier precio engendra el superempleo que crea las tensiones excesivas generadoras de las subidas de salarios.

Toda la producción se siente perturbada en estas circunstancias, la productividad disminuye, los precios de fábrica se aumentan, el poder adquisitivo se reduce y el potencial de las exportaciones disminuye.

Finalmente, cada asalariado, sea del sector público o privado, se siente malogrado. Todo el mundo toma posiciones en la carrera de salarios y de precios. La inflación progresa constantemente y se encuentra en los espíritus y también en los corazones. Los que se creen hábiles toman precauciones. Mercancías, muebles, instrumentos, aparatos de radio y de televisión, etc., son el cauce de un poder adquisitivo cuyo valor aparente aumenta con el alza psicológica de las necesidades.

Y la inflación del descontento aumenta también. De error en error se llega fatalmente al desorden y ello origina que Francia se encuentre hoy en un estado prerrevolucionario.

LOS RECURSOS DE ENERGIA

La energía es para una nación una necesidad esencial. El nivel de vida está íntimamente relacionado con el consumo de energía.

En este dominio, Francia parece mal dotada: débiles reservas de carbón, generalmente a mucha profundidad, capas poco espesas y de extracción

cara; prácticamente ningún recurso en petróleo y gas natural hasta los últimos descubrimientos de Laq, Parentis, el Sahara y A. E. F.; sólo la energía hidráulica parece abundante.

Esta mediocridad de nuestros recursos de energía y también el coste elevado de nuestra producción han sido las causas determinantes de nuestro retraso económico y de nuestro retroceso político en el concierto mundial de hace ciento cincuenta años.

Hoy nos es necesario restablecer la situación y encontrar las cantidades de energía siempre crecientes que nos son necesarias. Además, no somos los únicos en plantearnos este problema; surge también en todos los países industriales, incluso en los que parecen mejor dotados. De hecho, el acrecentamiento de la producción de energía no se podrá seguir indefinidamente desde las fuentes tradicionales: carbón, petróleo, gas natural y saltos de agua. Los ritmos de extracción, sobre todo, no pueden sobrepasar ciertos límites sin aumentos prohibitivos de los precios de coste.

Afortunadamente, la energía nuclear es la fuente nueva, cuyas posibilidades se puede afirmar que son casi ilimitadas. Es ella la que viene a relevar a todas las fuentes tradicionales. Sin embargo, se cometería un grave error, exagerando la importancia de la energía en el presente y en los próximos años. Anticipándonos demasiado rápidamente, pondríamos en peligro el inmediato porvenir.

Para comprender bien el problema, debemos tener en cuenta el consumo actual de las diferentes formas de energía, la evolución probable de las necesidades en el tiempo, las posibilidades del desarrollo de la producción en cada sector energético y el precio de fábrica.

Ahora bien, el problema francés no puede ser aislado de su conjunto internacional. Nuestros gráficos muestran el consumo de las diferentes formas de energía en los principales países o en los grandes conglomerados políticos, expresados sucesivamente en las diferentes unidades energéticas correspondientes, tomando como equivalencia el carbón y, finalmente, el porcentaje del consumo total de los países interesados.

Se puede comprobar que los recursos energéticos actuales de los grandes conglomerados políticos están fundados esencialmente en los combustibles fósiles: carbón, lignito, petróleo y gas natural, y, en general, de una manera accesoria, en la energía hidráulica.

EL DEFICIT ENERGETICO EN LA LLAGA DE LA ECONOMIA FRANCESA

Ahora bien, este déficit tiende a aumentar a medida que nuestra industria se desarrolla. En 1956 alcanzó a 49,5 millones de toneladas, tomado en unidades de carbón, o sea a un 41 por 100 del consumo total. Para colmarlo, ha sido necesario recurrir a importaciones masivas: carbón alemán y americano y petróleo en bruto, procedentes sobre todo del Oriente Medio, lo que se ha traducido en un déficit de divisas de 273.000.000.000 de francos.

En su informe titulado «Un objetivo para la Euratom», los expertos indican lo que serían las previsiones de importación netas de los seis países de la C. E. C. A. hasta 1975, teniendo en cuenta las posibilidades de producción de energía nuclear.

Según los datos aportados, el balance energético de las producciones tradicionales tienden a reducirse constantemente en todos los países, aunque la disminución en valor absoluto es más rápida en Alemania que en los otros países, lo que no quita para que sea también muy rápida en Italia y que a pesar de una ascensión menos brutal, Francia conste finalmente en cabeza de los seis países en lo referente a las importaciones de 1975.

En el porcentaje de consumo, la situación de Italia se muestra particularmente mala, lo mismo que la de los Países Bajos, siguiéndoles luego Francia, Bélgica y, finalmente, Alemania.

Fácil es comprender que ante estas perspectivas el átomo sea para estos países el esperado, ya que no tienen ciertamente ninguna otra posibilidad para remediar sus déficits de energía, y ni el propio Mercado Común será suficiente para acrecentar las exportaciones de la comunidad en relación con el déficit de divisas resultante.

Porque, ¿a qué países exportar?

¿Hacia los que dispongan de energía, incluso barata, como los Estados Unidos, por ejemplo? Ciertamente, no, porque aun suponiendo que las aduanas se reduzcan, serían los precios de fábrica los que intervendrían.

¿Hacia los países poco desarrollados? Pero ¿cómo iban a pagar?

Hay que recurrir al átomo, pero para conseguir los objetivos hay que reunir dos condiciones:

a) Que el átomo pueda en un tiempo determinado facilitar las cantidades de energía suficientes para colmar un déficit; y

b) Que el coste de la energía nuclear se reduzca suficientemente para compensar el esfuerzo.

En este libro se demuestra cómo estas condiciones no han sido alcanzadas todavía y que es, por lo tanto, necesario colmar con otras medidas el déficit de energía, o bien renunciar a las expansiones previstas por la industria y la economía.

LA POLEMICA ENTRE DIRIGISMO Y LIBERALISMO

¿Dirección o libertad de la economía? ¿Es necesario tomar una postura en este sentido?

Conocemos las posibilidades del dirigismo integral. La U. R. S. S. nos ha dado el ejemplo, la producción se acelera inexorablemente. Durante cinco años, de 1950 a 1955, la producción de electricidad ha pasado de 90.000.000 de kilovatios hora a 170.000.000. La del carbón de 223 millones de toneladas a 334. La del petróleo, de 38 millones de toneladas a 71. La del acero, de 30 millones a 46 millones de toneladas.

China se apresta a seguir el mismo camino con recursos minerales y condiciones climáticas mejores en general.

Ahora bien, en los Estados Unidos el liberalismo interior ha producido resultados no menos espectaculares. Uno se puede interrogar sobre las virtudes respectivas de uno u otro sistemas y pensar en su porvenir. ¿Va el dirigismo ruso a superar en productividad al liberalismo americano?

Indudablemente, estos regímenes reposan sobre grandes espacios, poseídos recursos energéticos, ricos yacimientos de carbón y abundantes fuentes de materias primas. No obstante, Francia también tiene posibilidades enormes, y por ello ¿optaremos entre el dirigismo o, por el contrario, preferiremos el liberalismo?

Ciertamente, no ha habido nunca nada absoluto

RECETARIO DE COCINA

POSTRESTRUCOSSALSASVERDURASQUESOSFRUTASANJOSYEMESSOPLASPOSTRES



Siga sus gustos, adquiere sólo productos

PUDINES Royal

RIERA MARSA S.A.

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.ª, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA

de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

INDUSTRIAS RIERA MARSÀ, S. A.

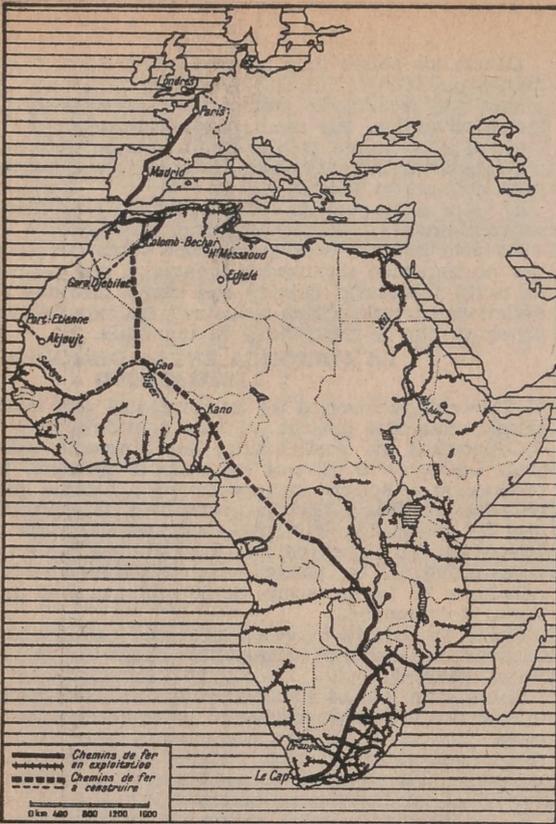


Gráfico de los ferrocarriles en explotación y en construcción en África y su comunicación con Europa

y el peor sistema sería permanecer a igual distancia de cada uno de los extremos.

Y así es precisamente como estamos. La libertad de salarios y bloqueo de precios constituye la mejor ilustración. En nuestro sistema abundan las contradicciones. Si todos los precios no son bloqueados se ven, por lo tanto, precios libres en el interior de los bloqueados: libertad para la madera dentro del conglomerado que permite el bloqueo de las maderas serradas. Nuestra economía evoluciona de pulgada en pulgada, entre ajustes reglamentarios y prescripciones individuales. Fiscalización, primas, subvenciones, tasas para la exportación y la importación hacen que las cosas varíen de un producto a otro. De seguir este camino se renunciaría a salir de la crisis en que nos debatimos hoy.

Necesitamos dirigismo, pero no sobre cualquier cosa y sin importarnos cuál es. Hay que producir carne suficientemente y exportarla, y para este esfuerzo hay que reunir todos los medios necesarios: los hombres que asesoran, los hombres que instruyen, los hombres que fiscalizan y los financieros que preparan y distribuyen los créditos. Se subvenciona bien pero la descentralización de la industria o para la creación de industrias nuevas en las zonas consideradas como críticas. Nuestras pequeñas zonas agrícolas han sido siempre componentes de zonas críticas.

Y si no se puede llegar a esto, por falta de medios suficientes o por falta de personas y material, aplicar el dirigismo, cayendo de una manera global sobre todos los departamentos franceses.

Necesitamos también dirigismo para el carbón, el gas natural, el petróleo y el átomo. Esto implica esencialmente la ordenación de las urgencias en el interior de cada sector y entre los sectores. Y más aún, una decisión neta en la elección, una voluntad feroz en la acción tras la elección, así como en la aplicación de los medios técnicos y financieros.

Y también dirigismo para la producción de las materias primas necesarias para nuestra economía. El papel del Gobierno será entonces el de gobernar firmemente allí donde se haya hecho la elección de gobernar y hacer respetar la libertad. Se definirá un programa, pero un auténtico programa. El Parlamento tendrá que aprobarlo y cada Ministerio y su sector, bajo el control del presidente del Consejo lo ejecutará.

Quede bien claro que por sector entendemos sectores económicos y no sectores geográficos. Ahora

bien, en todo el conjunto francés no debe haber más que un ministro para el carbón, como para el gas natural, el petróleo, las materias primas. Un ministro para la agricultura y un ministro para los transportes.

De no ser así, más valdría no intentar la aventura de nuestra máxima posibilidad, porque un fracaso en este caso sería más grave que cualquier otra caída.

HAY QUE SALIR DEL «SISTEMA»

No basta con establecer un programa. Es necesario poder aplicarlo. Si a nuestros ojos la economía priva sobre la política, es necesario también que la institución política y administrativa, el «sistema», permita a la vez adoptar grandes planes de conjunto y ponerlos en obra.

Observemos el «sistema»: se trata de un sorprendente compuesto de inestabilidad política y permanencia administrativa.

A la cabeza de cada departamento estatal, un ministro. Se puede ser ministro de cualquier departamento. Se puede renovar numerosas veces y hasta superar la docena. A la manera de los antiguos embajadores viajeros, hoy también existe un ministro peregrino para recoger desde fuera la buena nueva en los servicios más que para llevarla a ellos. Y este viaje a través de los ministerios de la capital se inaugura en las edades más tiernas.

Cada ministro, cuando recibe su cartera, nombra su gabinete. Tiene en cuenta las capacidades y las afinidades políticas. Una vez hechas estas observaciones suele realizar su elección sobre una serie de personalidades tan perfectamente intercambiables que cada Gobierno de la República no es, en definitiva más que un reflejo del precedente.

Y todo esto en un lapsus de tiempo que se cuenta en meses y no en años. Seis meses es una buena cantidad para no hacer nada o más bien para hacer mal. Conseguir que dure un Gobierno seis meses es ya correr un peligro. Un Gobierno de dos años podría ser de una extrema gravedad. Tres años desencadenarían sin duda una catástrofe. ¿Por qué? Porque nuestros Gobiernos no están seguros de lo que ocurrirá mañana y su política vive al día.

Tal es nuestro sistema, en líneas esenciales. Sería falso negarle todo mérito. El rápido cambio de gobierno tiene sus virtudes. Cambiar de gobierno es permitir al siguiente que haga lo que al precedente le costó la investidura.

Tan pronto como fué derribado el 21 de mayo de 1957 el Gobierno Guy Mollet porque proyectaba ciertos impuestos, se votaron los mismos impuestos cuando los propuso el gobierno siguiente. Y así podríamos multiplicar los ejemplos. La suerte del régimen es marchar siempre anacrónicamente.

En definitiva, este sistema no es ni bueno ni salvable para el país y lo peor es que parece incapaz de renovarse asimismo.

Una reforma, sin embargo, sería esencial si consiguiera un remedio a la inestabilidad ministerial. A este respecto se propone frecuentemente la fórmula de gobierno único por legislatura. ¿Pero sería esto un buen gobierno? Mejor sería autorizar dos Gobiernos por legislatura. Un primero, en cierta manera a título de ensayo, para permitir a la Asamblea nueva que se orientase. Luego, en caso de caída, un segundo Gobierno, valedero hasta el final. Si la Asamblea lo derribase, habría que ir a los electores nuevamente.

Este sistema liberaría al Gobierno y a los ministros de las contingencias y, sobre todo, de lo accesorio, que con marcada frecuencia constituye lo principal. Entonces se verían a un presidente y sus ministros dar todo lo que son capaces, dominar su Gabinete y sus servicios, tomar todas sus responsabilidades y aparecer ante el país no como transúntes, sino como actores e incluso como autores.

Y este régimen tendría tanta eficacia como el de los EE. UU., en donde no se cambia de gobierno más que en las grandes elecciones y en donde hay Gobiernos que gobernan y en donde la opinión pública puede sentirse responsable de algo.

Tres años le quedan a la actual legislatura. Recorrida por corrientes contrarias, atormentada por torbellinos, esta legislatura siente desesperadamente su impotencia. Que se enderece y de un salto se establezca bajo la égida del Presidente de la República, con un hombre y su equipo, un contrato de tres años que permita al fin a este nuevo gobierno enfrentarse con los problemas de escala mundial y resolverlos.

CORTESIA Y SUFICIENCIA TECNICA DETRAS DEL MOSTRADOR

FORMAS NUEVAS PARA EL ARTE DE VENDER

LOS GRANDES ALMACENES, GIGANTES DEL COMERCIO

«**L**AS tiendas de hoy no son las mismas que las de hace unos años.»

Esta afirmación, hecha por cualquier cliente de cualquier comercio de España es una gran realidad. El comercio español, en general, ha cambiado de cara, de forma y de maneras. Han aparecido grandes complejos comerciales; las tiendas han lanzado sus escaparates a toda longitud; las estanterías han adoptado formas y posiciones en otro tiempo insospechadas; los hombres y las mujeres que en los comercios trabajan han adquirido también una nueva prestancia, un distinto trato, una especial diferenciación, en suma.

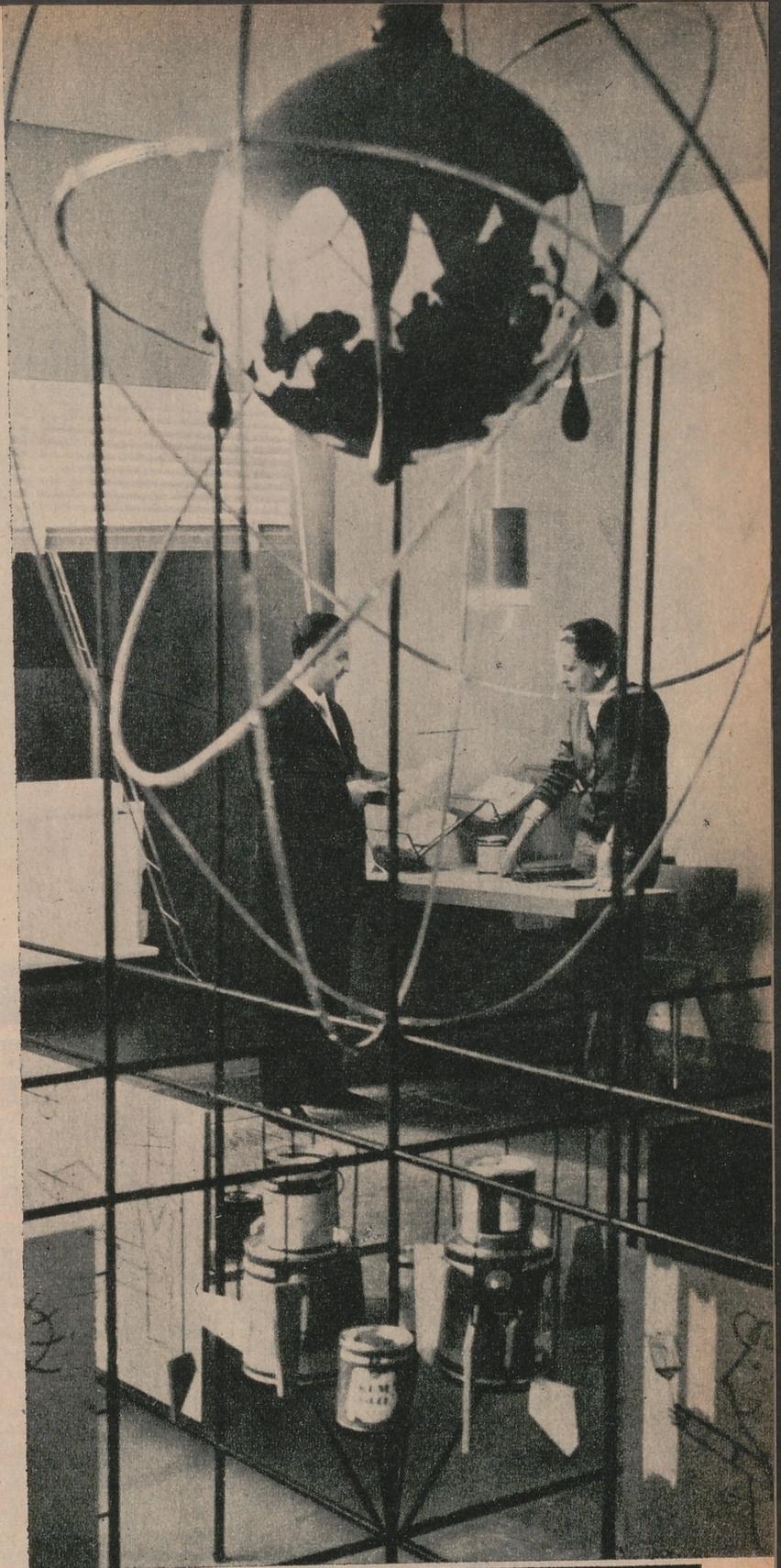
Por las grandes provincias españolas—Barcelona, Madrid, Sevilla, Bilbao—se alzan estupendos edificios comerciales; por las provincias de término medio—Salamanca, Valladolid, Granada, Alicante— gran número de comercios se han transformado; incluso en las menores, tiendas de una u otra especialidad no tienen nada que envidiar a otras no sólo de España, sino de lejanos lugares.

En definitiva, el comercio español no se ha quedado atrás.

LOS GRANDES ALMACENES: GIGANTES MODERNOS

Los grandes almacenes son un auténtico producto comercial de nuestra época. Es seguramente la productividad en las ventas llevada a su grado máximo, naturalmente, por fuertes empresas que han aunado en sus instalaciones la auténtica perfección en los sistemas de ventas.

Hay en España casi tres docenas de lo que con justicia pue-



Las instalaciones comerciales tienen hoy categoría artística, nada más alejado de los antiguos almacenes que sólo eran depósitos de artículos

den llamarse grandes almacenes. Todo el mundo los conoce. Ahí están, en las calles de Madrid, poniendo la alta silueta de sus pisos o las barreras de aire caliente o frío para las adecuadas épocas climatológicas; ahí están, en los paseos catalanes, con sus escaleras mecánicas, con sus lu-

ces fluorescentes, con su mercancía a la vista de todos los visitantes; ahí están también, por el Sur o por Levante, con la gracia y la belleza de sus mujeres detrás, amplia la sonrisa, de los mostradores.

Estos grandes almacenes, auténticos gigantes del comercio,



La alegría de la luz juega un importante papel en la nueva técnica comercial. Tanto al exterior como al interior

son, en extensión, menores que los famosos de París, de Londres o de Roma; pero en otros aspectos, como cuidado, atención o elegancia, les superan. Las ventajas del gran almacén residen en que, en relativamente poco espacio de terreno, reúne una completísima serie de artículos, que van desde los de la limpieza a los eléctricos, pasando por toda clase de ropa, bien sea de señora, de caballero, blanca o de color, sin contar cristalerías, vajillas o demás aparatos de la casa. Los grandes almacenes españoles bien puede decirse que, salvo el ramo de la alimentación, poseen en sus pisos secciones de ventas de todas las representaciones del comercio.

Su gran capacidad conómica les permite en muchas ocasiones comprar, cuando no son ellos mismos, los que los producen, determinados artículos a ciertos fabricantes en la totalidad de aquéllos, con lo que pueden, evidentemente, bajar los precios y no sólo vender a menor precio en época normal, sino crear todas esas ventas especiales de fin de temporada, de primavera, de rebajas, etc., que les permite no sólo llenar las tradicionales épocas de baches comerciales, sino lanzar a la masa consumidora partidas de artículos que a precios más altos no serían comprados.

Otra de las características modernas del gran almacén es que el 60 por 100 de los visitantes, según una reciente encuesta realizada, no entran con ánimo de

comprar, sino más bien de verlo que hay, de distraerse un rato, de no pasar frío o de matar el tiempo. Asimismo, los visitantes de estos establecimientos comerciales son en un 73 por 100 mujeres. Pues bien: se ha podido comprobar que más de un 86 por 100 de aquellos visitantes que entran sin ánimo de comprar, acaban adquiriendo algo, atraídos por la presentación, la novedad o la calidad del artículo, cuando no el influjo o impacto psicológico de las campañas de precios rebajados.

Por otra parte, una de las características más cualificadas de los grandes almacenes y que más favorece a la disposición de compra por parte del cliente es la auténtica estructura de completo escaparate de esta clase de comercio. La exposición de objetos en amplios mostradores, la permanencia de artículos al alcance de la mano del comprador futuro, la señalización del precio y la calidad, por supuesto, de los productos en venta; todo ello, unido a la vista en metros y metros cuadrados de sección, llevan al ánimo de la persona no predispuesta a la compra una confianza en lo que se expone y un cotejo de modelos y diversidades que, insensiblemente, le hace adquirir aquello que le satisface.

La experiencia comercial de estos grandes almacenes, en los que todo está previsto, todo estudiado y todo dispuesto para el público, ha sido confirmada ampliamente por la práctica. Así, en el año pasado las ventas por

establecimientos de este tipo fueron diecisiete veces mayores que las realizadas en 1940 en los entonces existentes. O sea, si un gran almacén vendió en 1940 como 100, hoy vende como 1.700 no en pesetas, sino en cantidad de artículos, que es más importante. Unase esto al valor de los mismos y se podrá dar idea del papel importantísimo que en el comercio desempeñan estas creaciones de hombres de empresa españoles.

LAS MANERAS DE VENDER TAMBIEN SE CAMBIAN

Después de los grandes almacenes, muchos de ellos construidos de total y entera nueva planta, tal vez sean las tiendas de artículos eléctricos, tales como aspiradoras, lavadoras, neveras, cocinas, aparatos de radio, discos y, en fin, toda clase de productos de uso electrodoméstico las que ocupan el segundo lugar en cuanto a modernización de sus establecimientos se refiere.

Aquí, más que la nueva apertura de empresas comerciales, se ha dado el caso de sucursales de antiguas, lo que equivale, por tanto, a casas de nueva instalación. En absolutamente todas las ciudades españolas, grandes o pequeñas, populosas o medianas, hay—por lo menos una en las últimas y gran número en las primeras—comercios de este tipo.

Cuando el cliente penetra en una tienda de aparatos electrodomésticos tiene la auténtica sensación de que acaba de entrar en



Las fotografías de tamaño natural, los elementos decorativos cambiables según los objetos a vender, dan carácter a las tiendas de hoy

una clínica de la mecánica. Blancas paredes, blancos esmaltes, filas de aparatos de radio, tal cual pantalla de televisión; todo ordenado, limpio, pulcro y dispuesto para el inmediato funcionamiento.

Ha sido precisamente en este ramo donde se ha desarrollado

en España uno de los modernos sistemas de ventas: el de la venta a plazos en todos los estratos económicos de la población. Hace unos cuantos años nadie quería comprar a plazos, porque el hacerlo venía a significar como que el comprador estaba poco menos que en la miseria. Hoy

esto, no sólo se ha olvidado, sino que no se conoce. A ello han contribuido, en gran manera los agentes de ventas a plazos que por las viviendas españolas han ido mostrando el manejo, las ventajas y las facilidades de pago de aspiradoras, lavadoras, batidoras, refrigeradoras, cocinas



Toda clase de artículos en plásticos; materiales nuevos que la industria química suministra al comercio



El interior de los comercios en comunicación directa con la calle. Eran dos ventanales

eléctricas y demás aparatos similares. Gran número de hogares han conocido, poco más, poco menos, la siguiente escena:

Ha llegado el marido o el padre a comer.

La esposa, o la hija, de repente, dice:

—Oye, ahí hay unos señores que te están esperando y te quieren ver.

¿Quiénes son?

—Unos vendedores de la lavadora. Me han hecho una demostración y ahí la tenemos. Estábamos esperando que llegases

—Pero, hombre, ¿por qué no vienen otro día, cuando no esté comiendo?

—Pobrecillos, te llevan esperando cerca de dos horas.

Cuando el padre se levanta para verlos, cuando el marido habla dos palabras con los agentes, entonces se da cuenta de que hace mucho tiempo la esposa, la madre o la hija han dicho que sí a la lavadora.

Luego, será el mismo cabeza de familia el que lo reconozca:

—Por doscientas pesetas al mes, que no las he notado, hace dieciocho que tengo una lavadora en casa.

Y después remacha, como un técnico perfecto:

—Y no sabe usted los problemas que ha resuelto...

Bien sea porque las amas de casa se han ido dando cuenta de que es necesario mecanizar el hogar, bien sea porque cada día el servicio es más escaso, bien sea porque efectivamente el nivel de vida de todos los hogares ha aumentado en cierta proporción, la verdad es que este sistema de ventas a plazos, practicado preferentemente en este ramo, aunque también hay algunas ramificaciones en el del vestido y mobiliario, ha aumentado en veinte veces el volumen de sus ventas en relación con el año 1940. Es decir, al igual que en los grandes almacenes, si el volumen de las ventas a plazos en el año 1940 fué como de 100, en 1956 llegó a 2.000.

Unos hombres, instruidos en el comercio español, han tenido en ello su proporcional parte de victoria: los agentes de ventas

a plazos de las tiendas de maquinaria eléctrica o electrodoméstica.

CASAS DE MODA: CASAS DE CINE

Hay mucha gente, cierto es, que prefiere en ocasiones el pequeño comercio por lo que de conocimiento personal con el dependiente se tiene; también porque encuentra, dentro de una determinada especialidad, más variación que en los grandes almacenes, aunque en éstos, como es lógico, ya se ha procurado seleccionar en calidad y precio para presentar el artículo con arreglo a todas las posibilidades.

También, pues, este comercio de barrios, de calles más alejadas, de menor extensión superficial, ha mejorado la presentación. Ahí tenemos, como ejemplos más vistosos, el de las casas de modas, tanto femeninas como masculinas.

Dentro de las primeras, bien puede decirse que una casa de modas, hoy, en cualquier capital española, con escaparate a la calle, con vestidos de mujer en sus maniqués, en sus perchas, en sus armarios o en sus escaparates, es una casa de cine. ¿Es cierto o no es cierto? ¿Qué mujer no se ha detenido más de una vez ante ellas para contemplar los abrigo de piel o de paño en el invierno, los trajes de chaqueta, los vestidos de verano o los trajes de noche, exactamente iguales o mejores que los de los más afamados modistas mundiales? ¿No parecen estos comercios auténticos decorados de una película americana en technicolor?

Esto, en su justa proporción y con las debidas diferencias, está también patente en las camiserías de hombre, en las corbaterías y en las mismas zapaterías.

En todas se ha dado gran preferencia al escaparate y a la decoración. Igual, igual que si un célebre artista del cinematógrafo tuviera que rodar en ellas unas secuencias.

LO FUNCIONAL Y LO ABSTRACTO EN OPTICAS Y FARMACIAS

Las ópticas y las farmacias

han sido las que se han apropiado casi con exclusividad de una faceta del nuevo arte decorativo: lo abstracto.

Hay en la capital de España, por ejemplo, varias farmacias cuyos mostradores, cuyas lámparas o cuyas paredes han sido ideadas y establecidas con la misma idea funcional de los más acusados pintores abstractos. Ello, que no supone, ni mucho menos, reproche, les ha dado un sentido extraño, de clara y original belleza. De los estantes de la farmacia han desaparecido aquellos frascos con nombres latinos, ejemplo clásico de toda botica de principios de siglo. En su lugar aparecen, debidamente clasificados, el variopinto colorido de las etiquetas de los específicos, de las cajas de los antibióticos, de las nomenclaturas de las inyecciones. El mostrador, muchas veces al aire; la iluminación amplia e indirecta, contribuyen a dar una sensación de optimismo y seguridad que, naturalmente, contribuyen a mantener la esperanza que la compra de toda medicina lleva consigo.

Las ópticas, por su parte, han tendido quizá a lo surrealista. Tanto es así, que hay establecimientos de este tipo que presentan—uno, por ejemplo, está en la madrileña calle de Serrano—una mano de tamaño natural colocada como pomo de la puerta. Es un saludo al entrar y una cariñosa despedida al salir.

EL AUTOSERVICIO EN EL RAMO DE LA ALIMENTACION

El ramo más conservador del comercio español ha estado en el de la alimentación. Fruterías, carnicerías, huerterías, lecherías o tiendas de ultramarinos han seguido un poco apegados a sus tradicionales sistemas de decoración y ventas, tal vez porque no ha habido quien haya sido el primero en empezar.

Sin embargo, en estas especialidades ya ha comenzado también la transformación. Concretamente, en el ramo de ultramarinos y en el de la carne. Poco todavía porque se está en el principio, pero con evidentes posibilidades para el futuro.

Una de las más modernas y extendidas formas de venta en el ramo de la alimentación la constituye el autoservicio. Es decir, las amas de casa van cogiendo los artículos de las estanterías, depositándolos en un carrito, que a la salida es casado y, por consiguiente, pagado, lo que en él se lleve.

La Cámara de Comercio de Madrid, a este fin, trajo a un especialista americano en estas cuestiones, que ha dado varias conferencias a los comerciantes del gremio, explicando incluso la manera de cómo deben ser colocados los productos en las estanterías para vender más y demostrando cómo la renovación de las instalaciones y la modernización de las mismas, y el caso especial del autoservicio, aumentan las ventas en dos, tres o cuatro veces más con igual o menor personal del hasta entonces empleado.

Ya en Madrid han comenzado

a funcionar un par de establecimientos de ultramarinos en régimen de autoservicio y han sido los propios dueños los que en dos meses escasos que llevan en activo han comprobado no sólo la mejora en las ventas, sino la mayor complacencia de los clientes en pisar una tienda bonita y moderna.

Este autoservicio, aunque en otra modalidad, se ha extendido a la carne. Ya han llegado a algunos mercados madrileños, y se extenderán en el futuro por otros varios de diversas capitales, importantes y cuantiosas partidas de carne de importación, presentada en envases especiales, conteniendo chuletas de cerdo, filetes, tocino o carne picada. La carne, vendida al precio de 28 pesetas kilo, no sólo ha sido rápidamente aceptado en cuanto a calidad y precio por las amas de casa, que insistentemente reclaman más partidas de este tipo de artículo, sino que aparte constituir un freno para los precios de la nacional, viene a demostrar las ventajas de la preparación de los productos, vendidos luego en régimen de autoservicio.

La ventaja de esta carne, de la cual se encuentran camino importantes cantidades, ha llevado al proyecto de establecer en España gran número de fábricas de refrigeración cárnica que permitan comprar a precios bajos en la época de abundancia y vender, por tanto, a precios bajos en las épocas de escasez.

DISTINCIÓN Y ELEGANCIA: DOS CUALIDADES SOBRESALIENTES DE LA DEPENDENCIA

Antes, ser dependiente de comercio llevaba un cierto punto de absurda deshonra; de modo y forma que había familias para las que constituía una especie de oprobio el que uno de sus hijos o hijas tuviera esta profesión. Hoy, afortunadamente, esta concepción se ha superado; hoy el dependiente de comercio es un hombre o una mujer con distinción, con cultura, con afabilidad, con elegancia, con belleza. Casi todos los dependientes de comercio — y decimos casi todos porque en el término entendemos los que de verdad lo son — asisten o han asistido a cursillos profesionales organizados muchas veces por sus propias empresas o por entidades de enseñanza que se dedican a ello; muchos aprenden idiomas, y de la simple misión de despachar han pasado a ser intérpretes entre las comunidades de varias naciones que, en sus visitas, se llevan, aparte del recuerdo material de un objeto, el espiritual de una cara bonita y agradable, de una atención firme y segura, sentidas a través del idioma que poseen.

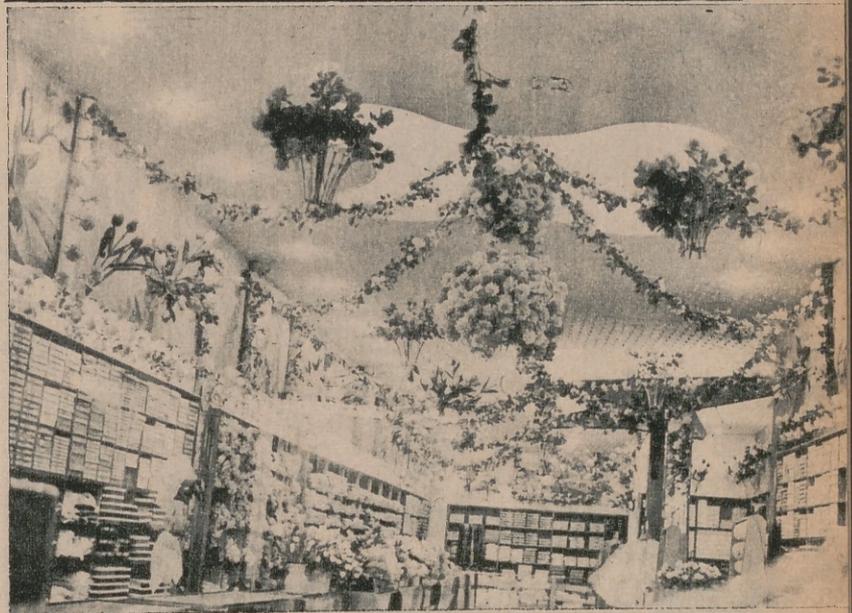
Más de doscientos cursillos para perfeccionar a los vendedores se celebraron en España la pasada temporada. Muchos miles de hombres y de mujeres aprenden francés, inglés o alemán. Y todos, sin excepción, son unos perfectos, perfectísimos vendedores; en cortesía y en suficiencia técnica.

José María DELEYTO

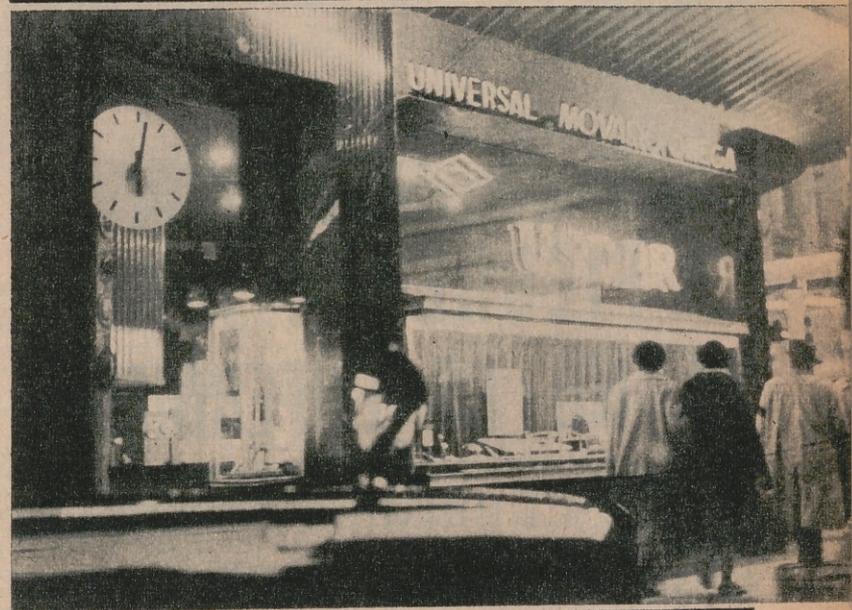
Fotografías: I. CORTINA



Una librería que tiene la intimidad de un rincón hogareño. El futuro comprador se encuentra confortable



¿Una tienda o un jardín? La hábil colocación de los productos convierte el comercio en espectáculo grato



La presentación de los escaparates ha llegado a tal perfección que es imposible pasar junto a los comercios sin detenerse



LA FIEBRE DE MALTA YA NO ES ENFERMEDAD

EL DESCUBRIMIENTO MEDICO
DEL DOCTOR TORRES GOST

CON EL HOMBRE DE LA CATOMICINA,
EN EL HOSPITAL DEL REY, DE MADRID

PERIODICAMENTE resuenan en el ancho territorio de los Estados Unidos nombres baleáricos. Primero, fray Junípero Serra. Después, el almirante Farragut. Ahora, el doctor Torres Gost, cuya comunicación sobre el tratamiento de la fiebre de Malta con la catomicina, presentada y leída por el profesor Antonio Gallego en el «symposium» sobre antibióticos, ha causado una auténtica expectación.

Torres Gost ha demostrado, con datos clínicos y de laboratorio, contrastados, que la brucelosis humana en su fase aguda febril puede curarse, sin dejar secuelas ni dar ocasión a recaídas, con el empleo del antibiótico catomicina, utilizado durante quince días. Al quinto ya se produce un descenso brusco de la temperatura.

Este descubrimiento, realizado con cuarenta enfermos del Hospital del Rey, de Madrid, permitirá, de confirmarse, con ensayos en masa, luchar con una de las plagas menos espectaculares, pero más dramáticas con las que se enfrenta no sólo el hombre, sino también todos los ganados de la tierra. Solamente en Estados Unidos hay dos millones de vacas lecheras infectadas y se calcula que la mitad de todo el mundo también lo están. En España se cifran los enfermos en cuarenta mil. E iguales estadísticas se estiman para otros países latinos, mediterráneos y de otros continentes.

El autor de este descubrimiento, que puede ser decisivo para el exterminio de la fiebre de Malta sobre la faz de la tierra, es el médico mallorquín doctor Torres Gost, que trabaja en el Hospital del Rey desde hace treinta años, en donde ha acabado por alcanzar el cargo máximo de director.

Torres Gost es un hombre bajo, plétorico, de pelo gris, de cara encendida y ademanes energéticos y sencillos. Además es un excelente conversador. Casi puede decirse que es el alma siempre en las conversaciones, si él se encuentra presente.

Cuando acudimos a entrevistarle para que nos explique sus planes en torno a esta apertación suya, que pone una vez más de manifiesto su recia personalidad científica, su palabra fluye rápida, con esa verbosidad y exuberancia del Mediterráneo, cuya cabeza está llena de ideas y su vida de hechos.

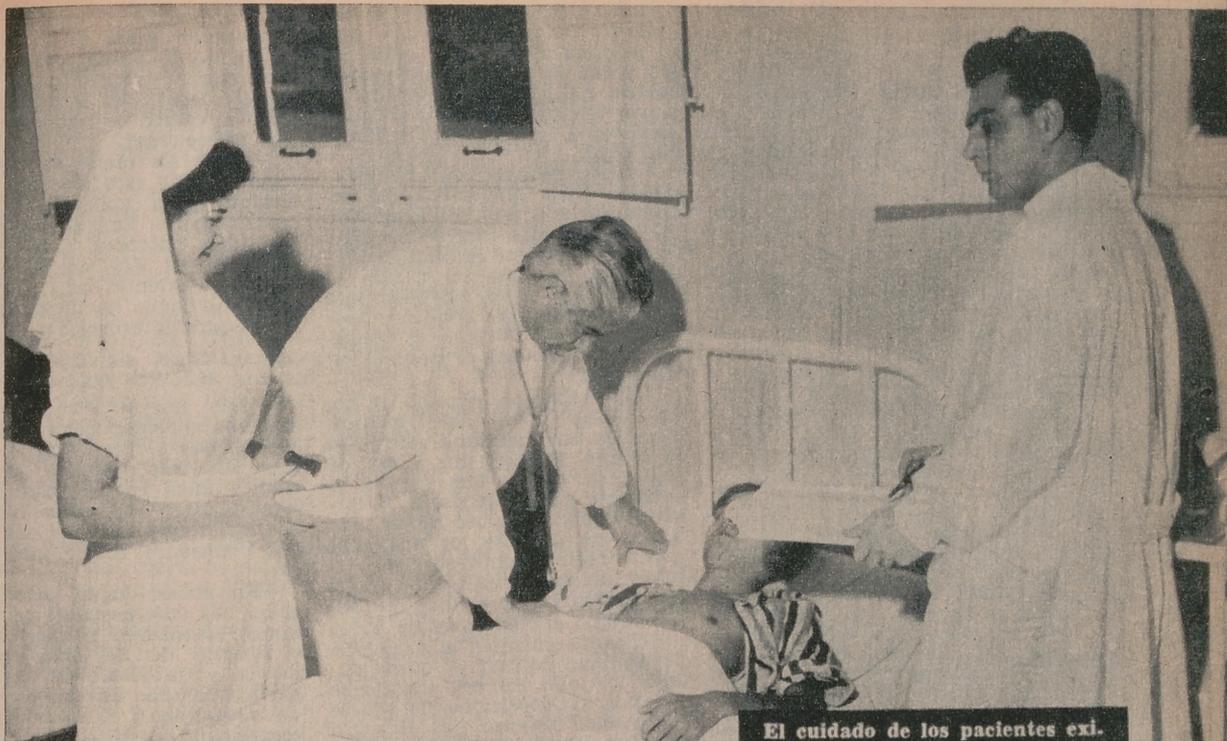
—La catomicina ha resultado eficaz en los cuarenta enfermos febriles de brucelosis tratados hasta ahora por mí. Si tan favorable acción se repite en 400, 4 000 o en los 40.000 pacientes que en España sufren estas fiebres, muchas fuentes o muchos motivos de dolor humano desaparecerán. De confirmarse, podremos llegar al exterminio de la brucelosis en nuestra Patria.

—¿Podría usted lograrlo?

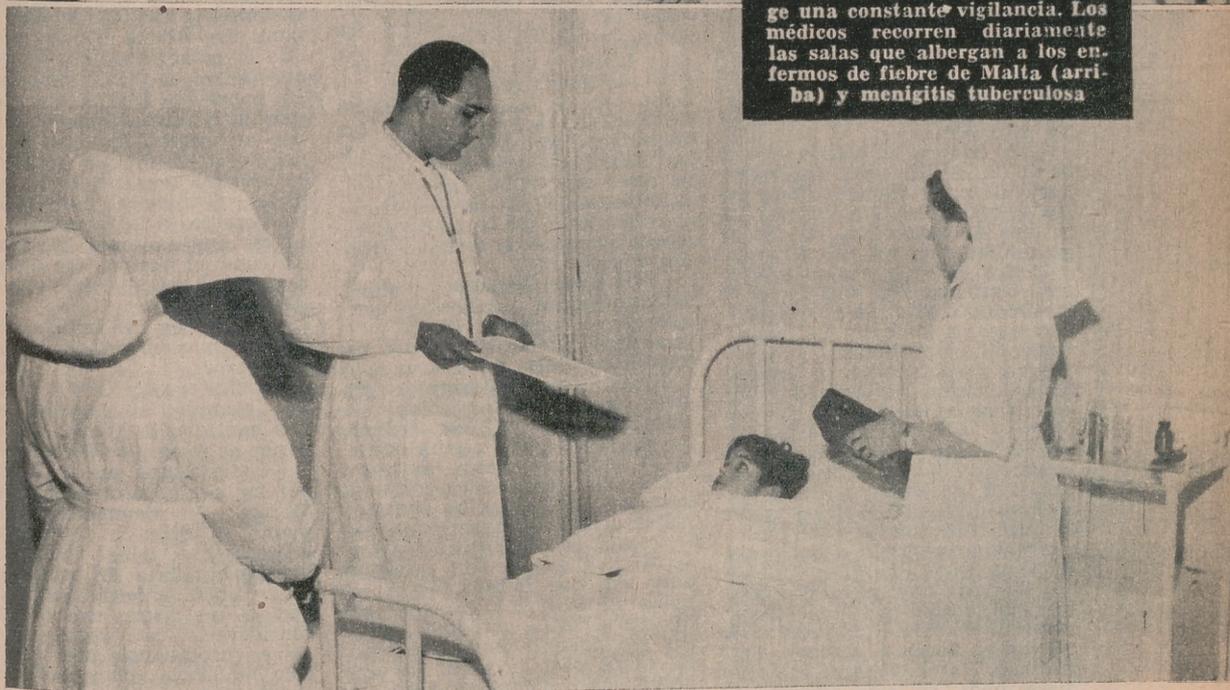
—Eso es competencia de la Dirección General de Sanidad. Hay dos problemas aquí que ofrecen una gran trascendencia para la lucha y el tratamiento de la fiebre de Malta:

—¿Cuál es el primero?

—Las dificultades de diagnóstico de la dolencia en el medio rural. Los hemocultivos que delatan a la bacteria responsable son laboriosos y largos, exigiendo una incubación de por lo menos diez



El cuidado de los pacientes exige una constante vigilancia. Los médicos recorren diariamente las salas que albergan a los enfermos de fiebre de Malta (arriba) y meningitis tuberculosa



o doce días. Las aglutinaciones han de realizarse con gérmenes muy recientes y en unas condiciones técnicas tan sumamente especiales, que es la enfermedad en que el laboratorio suele producir más causas de error.

—¿Y el segundo problema a solucionar?

—Es saber si convendría centralizar en Madrid las próximas experiencias.

—¿Cómo se efectuarían?

—Podríamos habilitar en el Hospital del Rey alrededor de ciento veinte camas para brucelósicos, que serían abastecidas por los médicos rurales mediante el envío de los enfermos que diagnosticasen.

TRES SEMANAS DE TRATAMIENTO

—¿Cuánto tiempo duraría el tratamiento de cada paciente?

—La catomicina se administra durante quince días, pero el tra-

tamiento general alcanza tres semanas.

—Haciendo un breve cálculo, a lo largo de un año cada cama puede ser ocupada por veinte enfermos, número que multiplicado por el de ciento veinte plazas, a las que usted ha aludido, dan un total de dos mil cuatrocientos casos.

—Sólo representa una minoría dentro de los cuarenta mil en que se calcula la endemia brucelósica en España, pero bastarían para averiguar hasta dónde llegan las posibilidades terapéuticas de la catomicina, permitiendo establecer la pauta de su técnica de administración y dosis. Bien vale la pena que nosotros concentremos la cantidad de enfermos precisa para conseguir una seguridad plena en el tratamiento y en la manera de realizarlo.

—¿Y qué costaría esta experiencia?

—En primer término, nosotros, para los primeros cuatrocientos

casos podríamos solicitar a la Casa productora que nos facilite gratuitamente las dosis necesarias.

—¿Y después?

—Habría que acabar por producir el medicamento en España o que realizar una importación como se viene haciendo periódicamente con algunos antibióticos que aún no se fabrican en España. En cuanto a la financiación de cada caso concreto, la Sanidad oficial costearía, como suele hacerlo, la dosis de los enfermos no acogidos a ningún seguro y no dispongan de medios económicos para sufragarlas. Ocurriría lo que sucede con la tifoidea, que también es una calamidad pública. El Estado proporciona todo lo necesario para que no quede ni un solo español sin ser tratado con la cloromicetina.

Hace una breve pausa, que aprovechamos nosotros para echar una rápida mirada a la habitación. Sus ojos nos siguen

y nos encontramos ante un gran paisaje mallorquín que ocupa toda la pared que hay detrás de su sillón.

—Es de Roselló, un pintor del siglo pasado. Como podrán ver, está sin acabar. Creo que nunca acabó ninguno, porque siempre lo echaban de las fondas por falta de pago. Y los hoteleros se quedaban como desquite con estos lienzos, que serían una maravilla si estuviesen terminados.

Después de este paréntesis, en que se manifiesta aficionado a la pintura y a las letras clásicas, su conversación vuelve al tema central de la brucelosis en el ganado.

—La brucelosis no ataca sólo a las cabras. El ganado vacuno también está infectado. Esto crea en la Argentina un grave problema. En este aspecto conviene señalar perfectamente las dos orientaciones que le voy a indicar.

—¿Cuál es la primera?

—La propugna la Organización Mundial de la Salud, que trata de hallar una vacuna eficiente para proteger a todo el ganado del mundo contra esta enfermedad. Actualmente hay en Córdoba un investigador californiano que se dedica a la patología animal y que está intentando con varias cepas encontrar una que sea capaz de proteger a todo el mundo.

—Pero este criterio de la C. M. S. tendrá que tener en cuenta su descubrimiento de las propiedades antibrucelósicas de la catomicina.

—Mi criterio es distinto al de la O. M. S. Yo sería más partidario de curar animales. Pero antes habrían de perfeccionarse los medios de diagnóstico en patología animal. En las cabras, vacas y cerdos los síntomas suelen pasar desapercibidos hasta que no se producen fenómenos que indican que los animales venían padeciendo largo tiempo la enfermedad y contagiando a las personas. Son los síntomas de la última fase, como abortos, mastitis, etcétera. Los veterinarios deben, por lo tanto, profundizar en el estudio de la brucelosis en los animales para obtener los mismos resultados que los médicos en la variante humana.

—Mientras tanto, ¿qué solución hay?

—No hay otra que la de tratar la fiebre de Malta que se presenta en el hombre. Hasta tanto no se pueda llegar a obtener diagnósticos claros y seguros no se hará nada en este sentido. Es fundamental la obtención de un diagnóstico precoz en los animales para inmediatamente tratarlos y esterilizarlos. En resumen: la O. M. S. sostiene un criterio completamente distinto al mío. Puede que ya no esté en lo cierto.

EL NUMERO UNO DE LA PROMOCION

Lo más interesante de los hombres que han dedicado toda su vida al trabajo es su obra. Pero ambas cosas están profundamente ligadas y no se puede comprender una sin seguir el curso de la otra. Por eso le rogamos al doctor Torres Gost que evoque algunos recuerdos y nos confiese sus predilecciones como científico y como hombre. Amablemente refiere:

—Nací en 1930 en La Puebla, que está cerca de la bahía de

Alcudia y Pollensa. Mi padre era notario. Casado dos veces; con su primera mujer tuvo ocho hijos, y con la segunda, mi madre, cuatro, de los cuales yo soy el mayor. En mi familia nunca hubo médicos, a no ser un hermano mío y yo.

—¿Tuvo siempre esa afición?

—Sí, desde que estudiaba bachillerato fué éste mi propósito. La carrera, que empecé en Barcelona, la terminé en 1922 en Madrid. En ese año mi madre se quedó viuda y yo, no queriendo ser una carga para ella, hice oposiciones para obtener el título.

—Luego alcanzó el premio extraordinario.

—No había más remedio. Si no, no habría podido ser médico. También un hermano mío hizo lo mismo. Obtuvo una plaza de topógrafo, con la que ganaba lo suficiente para defenderse, hacerse ingeniero e incluso hasta para ayudarme durante los dos años que transcurrieron desde que terminó la carrera hasta que saqué las oposiciones de médico militar.

—¿Cómo era entonces su vida?

—Cuando entré en la Academia de Sanidad Militar el curso duraba un año. En ese período se convocaron oposiciones a plazas de médico interno del Hospital del Rey. Decidí presentarme y me metí en un lío muy gordo. En primer lugar el programa era muy fuerte, y en segundo, se exigía una gran especialización. No tenía todavía una idea demasiado clara de la bacteriología. Fui interno de don Antonio Simónena y discípulo directo de don José del Corral. Con ése hice mis primeros trabajos de laboratorio.

—Teniendo que cumplir diversas obligaciones se vería en grandes apuros.

—¡Figúrese! Como era el número uno de la promoción tenía que ser el primero en ir a la Academia, pues debía dar la novedad al capitán a las ocho de la mañana. Inmediatamente después empezaban las clases, que duraban hasta la una. Después de una hora libre seguía la clase de equitación hasta las tres y media. Entonces me iba corriendo a comer, porque a las cuatro y media acudía a un curso de bacteriología en el Instituto Alfonso XIII, absolutamente necesario para mí, que duraba hasta las nueve de la noche. Hora en que me iba a casa a estudiar. Entonces era cuando tenía que coger los libros para preparar un programa muy cumplido. Esto significa que sólo dormí dos horas diarias durante todo un curso. Pero mis esfuerzos se vieron compensados al conseguir lo que yo quería: una plaza de médico de guardia en el Hospital del Rey, en donde me he quedado hasta ahora.

—Pero al fin ha triunfado, pues ha conseguido ser director de este centro por méritos.

—Lo que siento es que tuve que pedir la separación del Cuerpo de Sanidad Militar. Me gustaba el ambiente de compañerismo y de afecto que nos unía a todos. Comprendí entonces que esto que llaman «familia militar» no es una frase sino una realidad, porque ¡hay que ver qué bien se portaron conmigo! No sé por qué el coronel de la Academia me tenía gran afecto y simpatía. Aún le recuerdo con ver-

dadero cariño y emoción. Me permitieron sacar de la biblioteca de la Academia todos los libros que me hicieron falta.

—¿A usted sólo le ha preocupado el campo de las enfermedades infecciosas?

—Todas las ramas de la Patología que he estudiado han sido siempre para aplicarlas a esas enfermedades. Empecé con Tapia Martínez, entonces director del Hospital del Rey, que posteriormente se orientó hacia la Tisiología, en donde ha llegado a ser una figura internacional.

ANTES, LA LABOR ERA MUCHO MAS PENOSA

—¿Las nuevas drogas han afectado considerablemente a las enfermedades infecciosas? Usted, que ha sido médico durante treinta años en un hospital de esta especialidad, puede hablarnos mejor que nadie de los triunfos alcanzados contra tales plagas.

—En primer lugar, cuando yo entré, las enfermedades que producían verdadera mortalidad en el Hospital del Rey eran la neumonía y la fiebre tifoidea, la septicemia (con un cien por cien de mortalidad), el sarampión, la escarlatina con todas sus complicaciones, y también tuvimos alguna vez viruela. Ya que ha salido la palabra viruela, me temo que dentro de más o menos tiempo habrá en España una epidemia de viruela, porque nos vienen al hospital los niños de menos de cinco años sin vacunar en su inmensa mayoría. Hay un verdadero descuido en estos momentos respecto a la vacunación. Esto es muy peligroso en un pueblo como el nuestro, tan próximo a países donde la viruela es endémica.

—¿La labor del hospital sería extraordinariamente distinta a la de ahora?

—Infinitamente más penosa. Por ejemplo, el personal tenía una cantidad de trabajo muy superior al de hoy por la índole de los tratamientos que se hacían y por las características de los enfermos. Un neumónico actualmente se cura en tres días. Y además no tiene temperatura apenas ni delirio. En aquella época no había enfermo que no padeciera un delirio más o menos considerable, casi siempre de carácter profesional, pero siempre con tendencia ambulatoria. Recuerdo como un fantasma a uno que era mozo de cuerda. Parece que le estoy viendo salir de su sala con un armario encima de los hombros por el pasillo adelante. Seguía su instinto de costumbre; su delirio era completamente profesional. Esto exigía una vigilancia extraordinaria. Incluso había que sujetar a algunos enfermos a la cama. El tifoico necesitaba balneoterapia, que estaba muy de moda, y ¿usted sabe lo que significa dar 30, 40, 50 baños? El personal acababa acotado, y la mortalidad era considerable.

—Actualmente, ¿qué clase de enfermos y enfermedades predominan en el Hospital del Rey?

—Sigue dominando en verano la fiebre tifoidea. Después, en orden decreciente, seguimos teniendo todavía bastantes meningitis tuberculosas, poliomielitís,

bronconeumonías, enfermedades estacionales del tipo vital, bastante fiebre de Malta y también algo de tétanos.

—¿Cómo se ingresa en el Hospital del Rey?

—Basta una simple receta de cualquier médico que envíe un enfermo infeccioso agudo.

—¿Quiere usted explicarnos sus trabajos sobre la meningitis tuberculosa?

—Siempre he tenido una gran preocupación por las tuberculosis agudas, entre las que la meningitis tuberculosa era el garbanzo negro, por cuanto no había manera de hacer absolutamente nada. A mí me desanimaba mucho el contemplar a estos enfermos. Nunca teníamos la menor seguridad de que se salvaran aquellos desgraciados. Aislados en un pabellón, ofrecían un aspecto dantesco. Chillaban locos de dolor y sus gritos se oían desde la carretera.

—Afortunadamente aparecieron los antibióticos.

El descubrimiento de la estreptomocina aclaró un poco el horizonte. Un 20 por 100 pudieron entonces curarse. Otro 30 por 100 quedaba con tales secuelas que más valía que se hubieran muerto. Y el resto fallecía.

LA CULTURA, EL MEJOR ANTIDOTO CONTRA LAS ENFERMEDADES INFECCIOSAS

—Como especialista en enfermedades infecciosas, ¿cree usted que variará mucho su número con las nuevas drogas que van surgiendo, o tendremos siempre alguna?

—Es muy probable que las enfermedades bacterianas se reduzcan extraordinariamente. Cuanto más grande sea la cultura del pueblo, del país, mayor será la posibilidad de pasar por la vida sin enfermedades infecciosas. En cambio, lo que creo es que aumentarán las enfermedades de virus. Esto es debido a la falta de medios inmunizantes frente a toda esta clase de virus que van surgiendo.

—¿No se piensa en adaptar al hospital y los tratamientos que en él se realizan de acuerdo con esta nueva modalidad infecciosa?

—Ya lo tengo solicitado. Se trata de un laboratorio de virus que nos permita diagnosticar estas enfermedades. Nos permitiría, por ejemplo, averiguar qué virus de gripe es el culpable de la actual epidemia, si el asiático o el habitual entre nosotros.

—En la mayoría de los casos de gripe se han presentado complicaciones digestivas. Todo el mundo se quejaba de vómitos.

—Yo he vis o complicaciones muy serias y que podrían deberse a otros virus. Tenemos todo el grupo de hepatitis infecciosas. Debíamos estudiar este asunto.

—Todo irá solucionándose.

—Ahom que en el Hospital del Rey estamos preparando un pabellón para la poliomiélitis no tendremos más remedio que hacer el laboratorio de virus. En lo poco que he hablado todavía con el director general de Sanidad no he visto más que ansias por su parte de solucionar estos problemas y de que todo esto se ponga en marcha cuanto antes.

—¿Qué virus consideraría usted como más peligroso?

—El de la poliomiélitis.

—¿Incluso para los españoles?

—Sí, para nosotros mismos. La poliomiélitis, la hepatitis, la encefalitis y algunas otras afecciones raras que también entrarían de lleno en este campo son los problemas que nos aguardan en los próximos años.

—Usted es un infatigable luchador, un incansable cazador de microbios. Casi no me atrevo a preguntarle por su otra vida, por el reverso de estos días que usted ha vivido a lo largo de treinta años entregado de lleno al laboratorio, a la clínica y a sus escritos y conferencias científicas. Pero creo que he encontrado un resquicio por donde penetrar en el secreto de su pasión humana.

—¿Cuál?

—El otro día, cuando acordamos esta entrevista, me dijo que el viernes no podía porque iba al concierto. ¿Es usted muy aficionado a la música?

—No me pierdo un concierto.

—¿Por usted o por galantería conyugal?

—Por mí y por ella. A ella le gusta mucho.

—¿Toca algún instrumento?

—No. Yo, no. Mi mujer, sí; toca el piano.

—¿Su afición musical es de siempre?

—Sí, de toda la vida. En el año 30, en Alemania, donde entonces me encontraba, todavía soltero, se vendían las entradas de la cazuela a un marco. A cada persona le vendían solamente dos entradas para la semana. Se empezaban a despachar las entradas a las ocho de la mañana. A esa hora en Alemania había por lo menos veinte centímetros de hielo en la acera. Pues yo me ponía a la cola a las cinco para conseguirlas. Era la única forma de elegir las dos óperas favoritas. De esta manera les di un recorrido a las grandes interpretaciones.

—¿Y ahora?

—Ahora voy a los conciertos los viernes por la tarde, y tengo en casa toda la producción de Wáagner y la mayor parte de lo que han hecho Beethoven y Chopin, en discos microsuro, y allí es donde me paso horas enteras en mi soledad. Dentro de la música soy de los wagnerianos, quizá de los que se llaman un poco cursis.

—¿No tiene otra pasión?

—Cultivo flores en mi jardín.

—¿Tiene usted mucha variedad de flores?

—Me dedico sobre todo a las rosas.

—¿Y cuándo puede usted dedicarse a esta afición de minar sus rosas?

—Después de comer. Nunca quiero la siesta.

—Por nuestra conversación se le puede a usted seguir paso a paso. Por la mañana está en el hospital; por la tarde, sus flores primero y luego su consultorio y sus conferencias. Para la noche queda el rincón familiar en donde usted se recoge para oír música. Pero queda un día en blanco. Queda el domingo. Ese día gris, teñido de melancolía para muchos intelectuales. ¿Cómo pasa sus horas de domingo?

—Queda el recurso del cine y

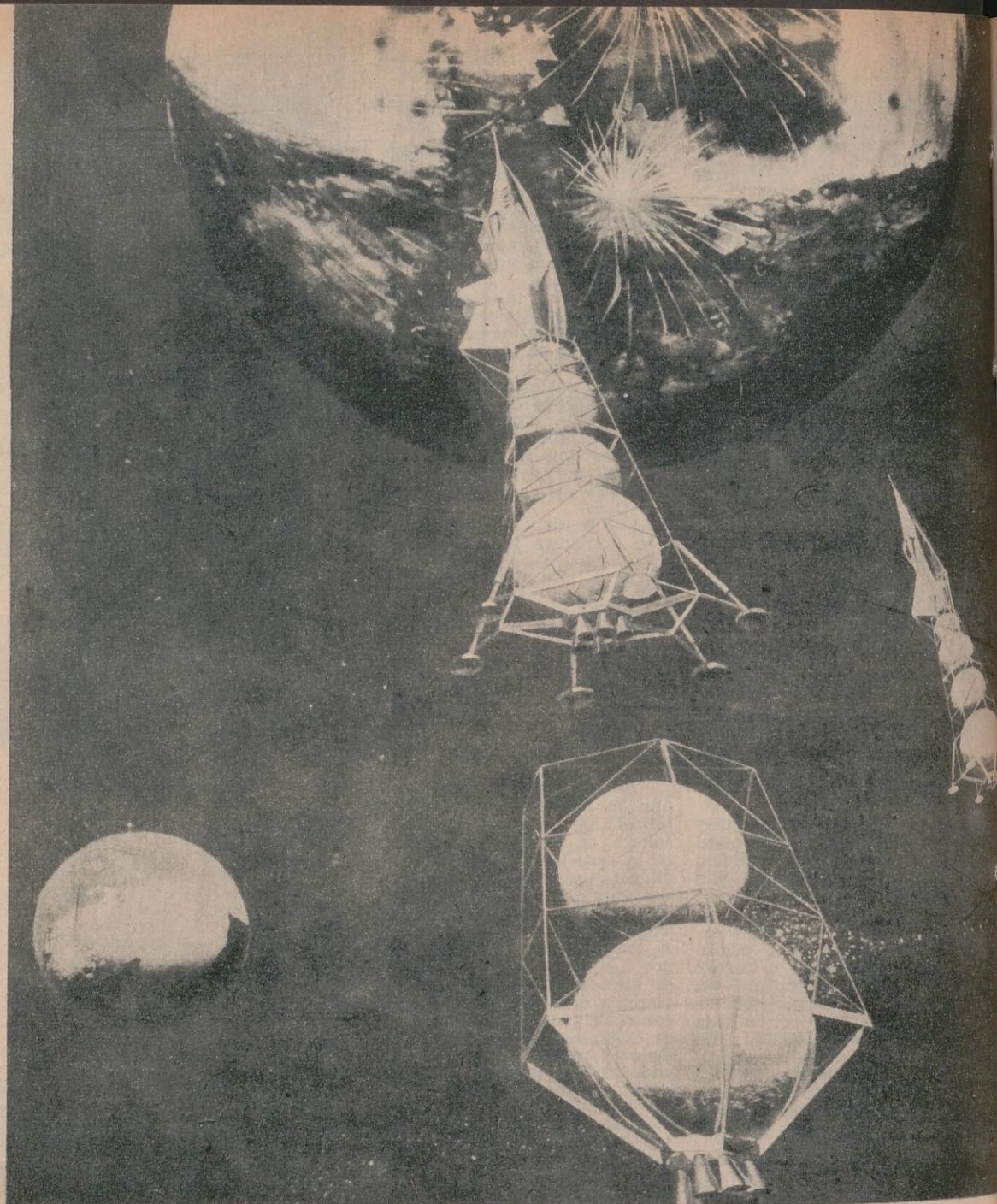


El doctor Torres (arriba) es un gran aficionado al arte. Abajo, el equipo de médicos colaboradores del doctor

del teatro. Me gustan porque también le gustan a mi mujer. Voy los sábados por la noche y los domingos por la tarde. Y después echo mi partida de billar. Todos los años jugamos un campeonato entre dos ingenieros y dos médicos. Son unas treinta partidas al año y al final un grupo u otro se lleva un tazo de plata. El año pasado ganamos nosotros, pero éste nos llevan los ingenieros un punto de ventaja.

Estos son los trabajos y los días de un hombre de ciencia, de un infatigable mallorquín, que en otra época se hubiera lanzado al mar Mediterráneo en pos de una brava epopeya de corsarios. Pero en el mundo actual, ganado para la ciencia, ha sabido encauzar todo su vigor plétórico e impulsivo hacia esa tremenda contienda que se dirime cada día entre la vida y la muerte, entre los microbios asesinos y el médico salvador.

Doctor Octavio APARICIO
(Fotografías de Mora.)



¡SEÑORES VIAJEROS, AL ESPACIO!

COMO SERA LA VIDA EN LAS PRIMERAS ASTRONAVES

Un cerebro electrónico marcará la ruta de la Tierra a la Luna

EL hombre apretó las correas que sujetaban su cuerpo al amplio sillón. Había comenzado la guardia. Delante de él estaban las palancas de los mandos, ahora inmovilizadas por el piloto automático; un poco más allá su campo de acción concluía ante el enorme tablero de instrumentos. Una multitud de cua-

drantes, de agujas inmóviles y oscilantes le informaba en cada momento de la vida de aquel inmenso organismo que era la nave espacial.

Sobre el tablero de instrumentos estaba la inmensa pantalla de televisión dividida en cuatro sectores. Allá afuera, en el espacio exterior, se asomaban sobre

el casco de la nave las cámaras, colocadas en cuatro puntos: proa, popa, estribor y babor. Una simple mirada a aquella inmensa pantalla bastaba para apreciar la situación de la nave dentro del sistema planetario que recorría. Sin embargo, durante horas y horas no se registraba ningún cambio apreciable en el panorama.

na dividido a través de la pantalla. La nave, que recorría enormes distancias a velocidades fantásticas, parecía inmóvil ante la magnitud de los espacios vacíos.

El piloto, tras una revisión metódica de los instrumentos, permaneció inactivo. Los controles automáticos de la nave espacial proseguirían la ruta trazada. Durante mucho tiempo todavía nadie tocaría los mandos; el camino seguía siendo el mismo.

Una sorda vibración de los mamparos de la nave transmitía a todos los rincones la inmensa fuerza de los motores. Fuera, en el espacio, la lengua de fuego de los tubos de escape se alargaba tras la nave, que siempre parecía inmóvil. No había, como en la tierra, árboles, casas, mojones que comunicaran la sensación de velocidad. A más de 30.000 kilómetros por hora, la nave espacial parecía quieta entre los astros. No había «arriba» ni «abajo» porque no existía la gravedad.

En la pantalla que reflejaba la visión del espacio desde la cola de la nave se dibujaba, ya confusa, la pálida superficie de la Tierra. Era todavía apreciable el ligero contorno de mares y tierras, pero pronto el planeta pasaría a confundirse con los demás hasta acabar figurando en el mapa celeste como un punto luminoso entre millones que se asomaban constantemente al ojo mecánico de las cámaras de televisión.

Cuatro horas más tarde el hombre que había permanecido inmóvil y vigilante durante su guardia sintió una mano que presionaba sobre su hombro; era el otro piloto que acudía a relevarlo. El recién llegado había venido sujetándose, como él, a unas barras laterales.

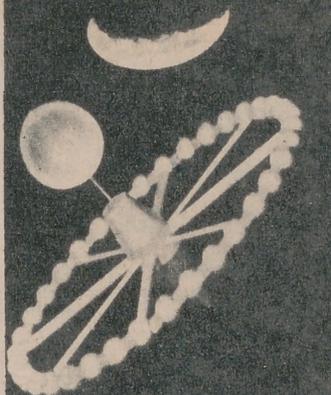
El hombre que había estado cuatro horas ante las pantallas de televisión se desligó de las correas, y tras un breve saludo dejó el puesto a su compañero.

Todo iba bien en el camino hacia otro planeta.

Cuando, dentro de muchos años, alguien abra la Historia de este tiempo encontrará en las páginas dedicadas a 1957 el comienzo de una época, la de los viajes espaciales. El hombre se prepara ahora para dar el gran salto hacia los espacios exteriores. Este año ha registrado la celebración de reuniones internacionales de tanta trascendencia como la Conferencia de Washington sobre Satélites Artificiales y Proyectiles Dirigidos, el Congreso de Astronáutica de Barcelona y el Congreso de Francfort acerca de los estudios sobre los espacios siderales.

En este último, inaugurado con un discurso del ministro federal de Transportes y Tráfico Rodado, ha revelado bien claramente las posibilidades que ha alcanzado esta nueva ciencia que ya tiene un nombre: la Astronáutica.

Los hombres estudian ahora los modos y sistemas de salir hacia afuera. Médicos, químicos, sociólogos, físicos y tantos otros expertos han puesto a punto sus proyectos. En todos ellos la concepción teórica ha sido ampliamente rebasada. Muchos de los



Así ha representado un proyectista una estación interplanetaria y una astronave en vuelo hacia ella. Abajo queda la Tierra como punto de partida

problemas que el hombre encontrará más allá de nuestra atmósfera están ya resueltos; otros quedan en vías de solución, y para algunos resta la tremenda incógnita de la comprobación práctica y real en los primeras viajes al espacio.

DE ORBITA A ORBITA

Casi desde que ha podido apreciarse la posibilidad de los vuelos espaciales los hombres de ciencia se han esforzado por suprimir uno de los mayores inconvenientes de la vida en el interior de una nave espacial: la carencia de gravedad. Dos son las soluciones que se presentan como factibles para la resolución de este problema.

La primera comporta la instalación en el interior de la nave, y en posición perpendicular a la línea de su eje mayor, de un gigantesco volante que girará a gran velocidad por la acción de un motor muy potente. El movimiento de este volante engendraría, por el principio físico de la acción y la reacción, un movimiento de igual fuerza y en sentido contrario del resto de la masa de la nave. Todo giraría, y la creación de este desplazamiento provocaría una fuerza centrípeta sustitutiva de la gravedad natural. Todo volvería a pesar: hombres y objetos se sentirían atraídos en la medida conveniente hacia el centro de la nave.

La segunda solución sólo podría ser puesta en práctica en las naves que realizaran un viaje de

órbita a órbita de dos satélites artificiales, es decir, de las que nunca salieran del espacio exterior. Construidas en el espacio, tomarían sus pasajeros en los satélites artificiales de la Tierra. Los hombres habrían llegado hasta allí desde la superficie en cohetes auxiliares, y de la misma manera desembarcarían en la Luna o en otro astro cualquiera. Estas características de la nave la relevaban de poseer una forma aerodinámica, ya que jamás habría de tropezar con el rozamiento del aire.

La nave tomaría la forma de una gigantesca pesa de gimnasia. Otra, los motores que sólo funcionarían en algunos momentos del viaje, ya que, en la mayor parte de éste, se desplazarían gracias al impulso recibido. Un largo conducto cilíndrico uniría ambas esferas y permitiría a los tripulantes llegar hasta los motores en caso de avería.

Una serie de pequeños motores auxiliares instalados en las dos esferas imprimirían a la nave un movimiento de rotación que sería, como en el caso interior, suficiente para crear una gravedad artificial.

Si estos problemas no obtuvieran las soluciones teóricas indicadas antes de que se iniciaran los viajes espaciales, las condiciones de vida en éstos serían indudablemente muy penosas. El simple descanso dentro de la nave espacial sería una dificultad más. En teoría podría bastar con adoptar una postura cómoda e intentar dormir; en cualquier si-

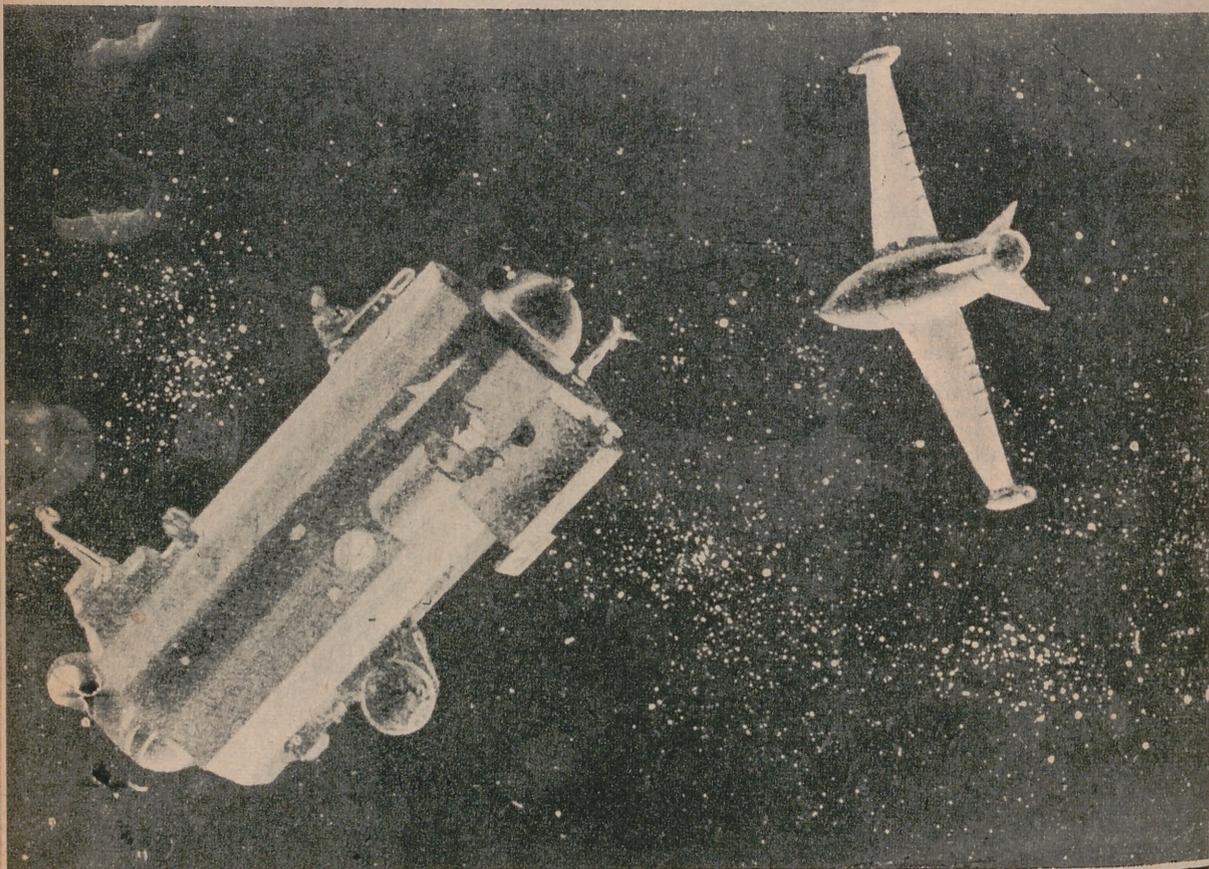
tuación flotaría cómodamente. Unos minutos más tarde el sueño llegaría, pero el hombre, al inspirar, crea una reacción que le desplaza del lugar en que quedó. Aquel cuerpo en reposo comienza a moverse en todas direcciones, según le impulsan los pequeños movimientos respiratorios. Más pronto o más tarde acaba por chocar contra algo, el sueño se interrumpe y sólo queda la dolorosa experiencia del choque.

El descanso tendrá que efectuarse, al igual que la mayoría de las actividades, mediante la utilización de correas que amarran a los tripulantes a literas y sillones.

Un estornudo es también un problema. Al conmover el cuerpo en una determinada dirección, y de una forma relativamente violenta, crea un movimiento que concluye casi siempre dolorosamente frente a una de las metálicas paredes de la nave. Por eso, cada vez que se aprecien los síntomas del estornudo, los tripulantes deberán agarrarse a lo primero que encuentren.

ALARMA: AEROLITOS

El problema planteado por la alimentación ha sido resuelto mediante el aprovisionamiento de comidas previamente guisadas en Tierra y que sólo precisarían de un calentamiento ligero durante el viaje. Los obstáculos que plantea la cocina espacial en naves no sometidas a su propia gravedad serían insalvables, siquiera durante la primera época de los



Un modelo, esta vez inglés, de una estación espacial. En el dibujo, el cohete llegado de la Tierra se aproxima al satélite artificial en construcción. Este proyecto, de más fácil y económica realización que el de Von Braun, presenta, respecto de éste, el inconveniente de la carencia de gravedad

viajes interplanetarios. Los líquidos se repartirán en todas direcciones, adoptando una vez forma esférica y otras adhiriéndose fuertemente a la superficie de los sólidos. Estas característicamente inútiles las duchas. El cas hacen, por otra parte, total la cabina de baño hasta alcanzar agua se mezclaría con el aire de pequeñas porciones, y el hombre se hallaría expuesto a perecer ahogado al no encontrar una pequeña parte de aire en la que no se contuviera agua. Por ello la higiene personal deberá ser siempre practicada por medio de esponjas adherentes sobre la piel de los tripulantes.

Todos los proyectos están conformes en dividir a las naves espaciales en una serie de compartimientos estancos, herméticamente aislados en caso de una emergencia, como pudiera ser el choque de un aeroplano contra la nave. Un sistema de alarmas avisaría a los tripulantes, y éstos tendrían tiempo suficiente para abandonar las secciones averiadas antes de que el aire se escapase por la abertura originada en el momento del choque.

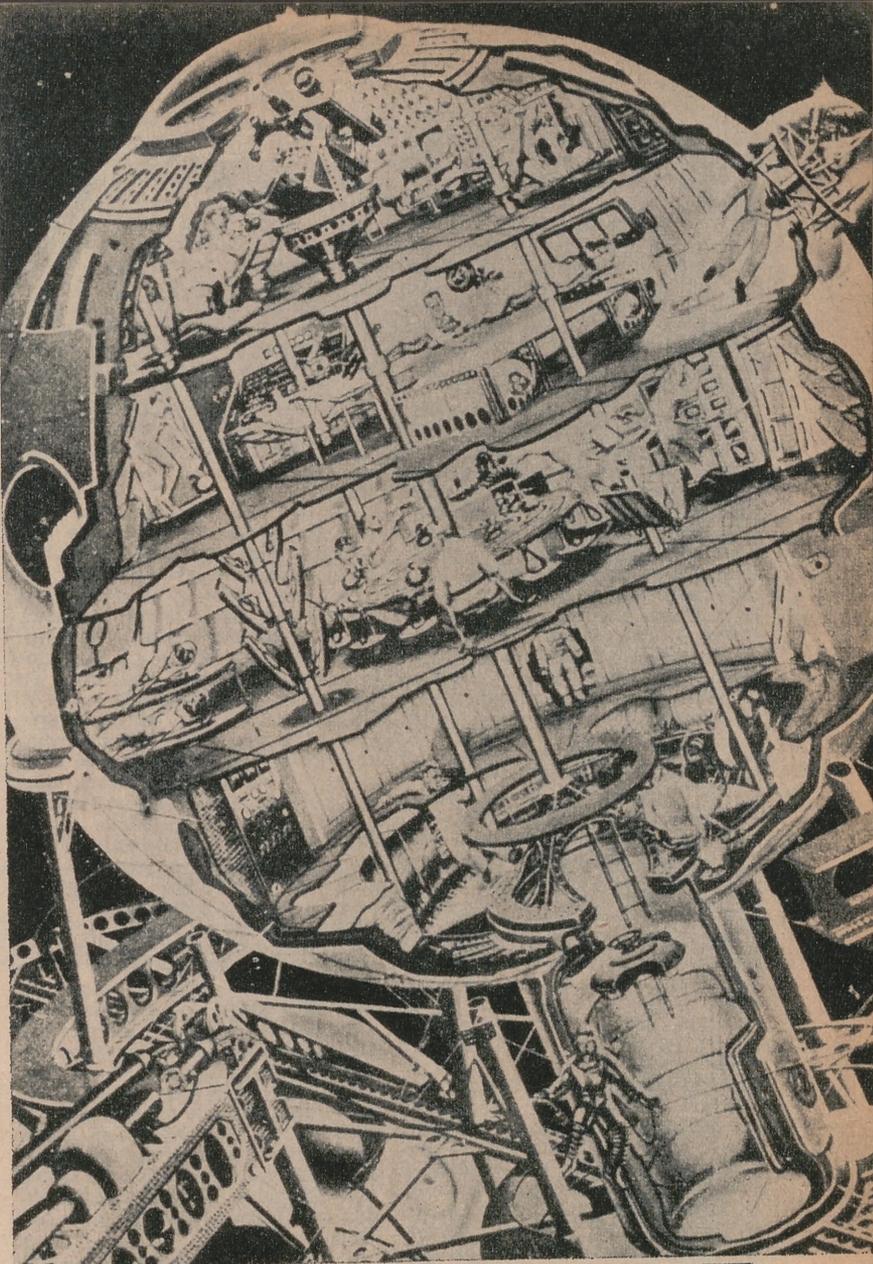
Habrà un instrumento a bordo que será objeto de especiales atenciones: la pesada máquina que constituye el cerebro electrónico. Ella será quien determine las peculiaridades de la ruta, de difícil trazado, pues juegan en ella factores muy diversos y complicados. Sin un cerebro electrónico los tripulantes no podrían calcular jamás los datos necesarios y precisos para llegar hasta el final de su viaje; emplearían un tiempo mayor que el de toda su vida. El cerebro electrónico realizaría en unos instantes cálculos que, ejecutados por los hombres, llevarían muchos años.

El sería quien determinase la inmensa curva de la ruta, pues la nave no podría seguir en los grandes espacios una dirección rectilínea. Esta curva constituiría la determinante de las influencias de atracción de los diversos astros y de su propia velocidad.

LA CAZA DE ASTEROIDES

Los proyectos de viajes espaciales coinciden casi todos en su previsión de estaciones de llegada y salida, constituidas por gigantescos satélites artificiales tripulados, cuyas órbitas girarían en torno de la Tierra y la Luna. La construcción de estos nuevos astros sería, indudablemente, muy costosa y complicada; todos sus elementos habrían de ascender hasta unos 1.750 kilómetros de altitud de la superficie en el caso de girar en torno a la Tierra, y allí serían integrados en una enorme unidad ensamblada por obreros que trabajarían en el vacío provistos de trajes a presión.

El elevado coste de estos proyectos ha inducido a los astrónomos a la búsqueda de estaciones naturales, de pequeños satélites que giran en torno de la Tierra. El doctor Glyde Tombaugh, descubridor del planeta Plutón, y el doctor Lincoln La Paz, director del Instituto Meteorológico de Albuquerque (Nuevo Méjico), tra-



He aquí un corte transversal de la nave especial según el proyecto de Von Braun. La esfera que aparece en la fotografía se ensamblaría a otras hasta construir un gran entramado. Cada una de éstas, dedicada a alojamiento de la tripulación, tendría capacidad para veinticinco personas, pero estaría preparada para acoger a cincuenta en caso de emergencia.

bajan actualmente en el descubrimiento de unos posibles y diminutos satélites que girarán a una distancia de nuestro planeta, inferior a las 10.000 millas. Los telescopios ordinarios, orientados en una particular dirección, no pueden descubrir nunca el paso rápido y apenas perceptible de estos astros, cuya existencia cierta se desconoce. Tampoco las cámaras fotográficas podrían indicar nada. Las de los observatorios se hallan acopladas a un mecanismo de relojería que permite las largas exposiciones al seguir la marcha aparente de las estrellas, pero estos satélites, si existieran, desarrollarían un movimiento inverso al de la marcha de las estrellas y, por tanto, dejarían sobre el papel fotográfico una mancha confusa, que nada revelarían.

Se desconoce el procedimiento empleado en las investigaciones de los dos sabios americanos, co-

mo asimismo las posibilidades de éxito. Lo más probable es que estas lunas carezcan de existencia real, pese a las afirmaciones formuladas en 1884 por el astrónomo Klinkerfús.

Si estas investigaciones no alcanzaran resultados podría ponerse en práctica el proyecto del famoso científico alemán Hermann Oberth, que prevé la captura de un satélite nuevo para nuestra Tierra. Entre Júpiter y Marte existe una zona particularmente abundante en pequeños astros, quizá procedentes de la fragmentación de un gigantesco planeta, que en tiempos remotos girara en torno del Sol. Allí sería fácil «capturar» por medio de grandes naves espaciales un pequeño astro de nuevo o diez kilómetros de radio. Una red de proyectiles dirigidos podría conducir al asteroide elegido hasta las proximidades de la Tierra, donde sería colocado en una órbi-

ta y giraría en torno de ella, convirtiéndose en una base mucho más barata que las proyectadas por Von Braun, Ross y Smith, entre tantos.

La colocación en la órbita sería la empresa más delicada ya que un error más insignificante podría hacer que el asteroide, fuertemente atraído por la Tierra, cayera sobre ésta, provocando una catástrofe cósmica de proporciones inimaginables.

La vida en un satélite artificial tripulado requiere una gran cantidad de energía, difícil de obtener por los procedimientos normales en la Tierra, ya que se necesitaría un continuo aprovisionamiento de combustible. Por esta razón, la mayor parte de los proyectos sobre estaciones espaciales coinciden en diseñar sobre éstas un gran espejo parabólico que captará los rayos solares, concentrando el calor y con él la energía necesaria sobre unos determinados puntos. Es preciso considerar que estos aprovechamientos energéticos serían particularmente beneficiosos en el espacio exterior, ya que nuestra atmósfera merma notablemente la capacidad de los rayos solares.

LA EMIGRACION A OTROS ASTROS

Las compuertas de las naves espaciales se abrirían muchas veces durante el curso de un mismo viaje. Cada poco tiempo será necesario revisar las toberas de gases de los motores y en naves que se realizarán siguiendo modelos como el de Von Braun sería preciso también desprenderse de los depósitos vacíos de combustible que se ensamblan en el exterior. Los técnicos encargados de las operaciones en el exterior vestirán sus trajes a presión y se introducirán en una cámara que quedará automáticamente aislada del resto de la nave. Tras un aviso y la confirmación de que todo marcha bien, comenzarán a abrirse las compuertas exteriores, el aire saldrá hacia fuera, hasta perderse por la falta de presión. Cuando concluya el silbido que anuncia el escape del aire, los hombres saldrán al exterior.

Y afuera está el espacio, donde todo se puede perder, hasta la misma vida. Una simple herramienta abandonada de las manos enguantadas, marchará lejos, entre los grandes vacíos. El hombre podría seguir el mismo ca-

mino si estuviera atado por una cuerda que le mantiene sujeto a la nave, aparentemente inmóvil. Pero hay trabajos delicados que requieren la libertad de movimientos; el técnico se libera de la cuerda; ahora, cualquier movimiento, por brusco que sea, puede hacerle tomar un camino que le aleje de la nave si no se agarra a ella. Para volver sólo hay un medio: crear una fuerza de sentido contrario e igual a la que le impulsó. Por eso, estos hombres irán provistos de pequeños sopletes; el impulso de la reducida llama será suficiente para crear esa fuerza. Sólo se precisa buen tino, puesto que un pequeño error en la dirección puede llevar al hombre lejos de la nave, sin posibilidad alguna de retorno a ella.

De ser ciertos algunos vaticinios la Humanidad habrá de emprender prácticamente estas técnicas, porque dentro de miles de años emprenderá en masa la emigración hacia otros planetas. El profesor Karl Speth ha revelado en el Congreso de Estudios sobre los Espacios Siderales, en Francfort, sus opiniones sobre la posible destrucción de la Tierra por la acción de los rayos solares. El profesor Speth profetiza para dentro de muchísimos años la arribada de todos los hombres a otro planeta, en donde se reproducirán artificialmente nuestras condiciones de vida. Claro está que él mismo, y siguiendo una línea, quizá mucho más fantástica que científica, ha enunciado otra posibilidad: la modificación de la órbita terrestre en su trayectoria elíptica en torno al Sol. Esta alteración permitiría el alejamiento de los perniciosos efectos que en el futuro producirán los rayos solares en la Tierra. Claro está que cabría preguntarse si aun cuando esta hipótesis fuera realizable, alcanzaría el hombre algún día el suficiente grado de conocimientos astronómicos para alterar una órbita de la Tierra y sustituirla por otra.

EL SALTO EN EL TIEMPO

Hace ya muchos años, cuando Einstein formuló su teoría de la Relatividad, nadie podía pensar aún en una remota aplicación de estas fórmulas a los viajes espaciales. Hoy, los nuevos caminos que se abren ante el hombre han hallado distintas aplicaciones a

las ecuaciones del científico alemán.

Por muy grandes que fueran las velocidades de los futuros ingenios espaciales, el hombre habría de circunscribirse al sistema solar. Fuera de él, la más cercana estrella se halla a un distancia de cuatro años-luz, lo que la coloca completamente fuera del alcance de los hombres. Un viaje hasta ella supondría más tiempo que la vida de los tripulantes de la nave espacial, sin tener en cuenta los problemas derivados del aprovisionamiento de los motores y el sustento de los hombres.

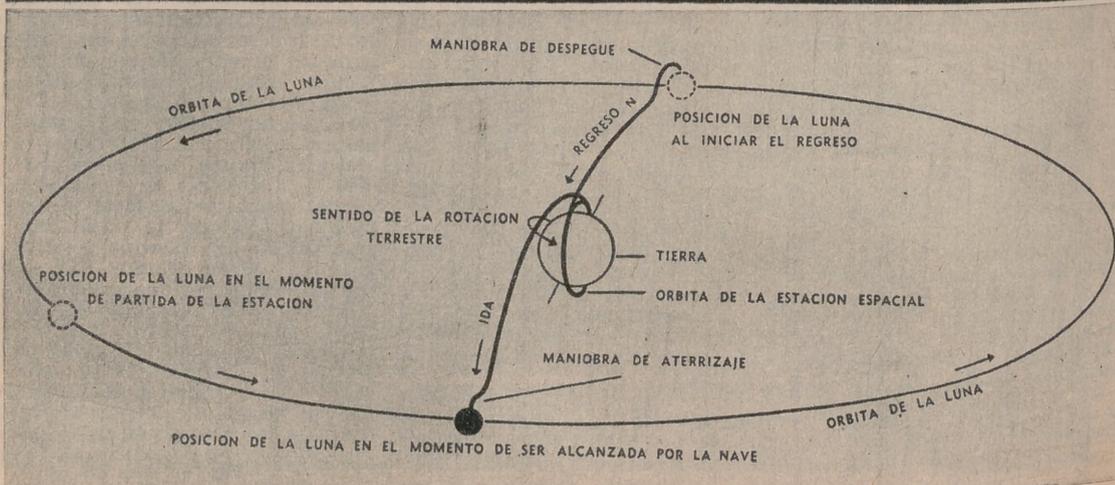
Pero una fórmula de Einstein ha logrado demostrar que a medida que la velocidad de un móvil cualquiera aumenta, disminuye el ritmo del tiempo; es decir, es «relativo». Los hombres que viajaran en una nave espacial a grandes velocidades tendrían un ritmo de vida mucho más lento que si permanecieran en la Tierra. Los instrumentos mecánicos, sus funciones vitales e incluso su propio pensamiento se acomodarían a una velocidad mucho menor. Este hecho engendra la posibilidad de emprender largos viajes a velocidades fantásticas. El «lento» tiempo les permitiría realizar largas expediciones; pero a su vuelta a la Tierra hallarían que habrían transcurrido cientos o miles de años para las generaciones que permanecerían en nuestro planeta.

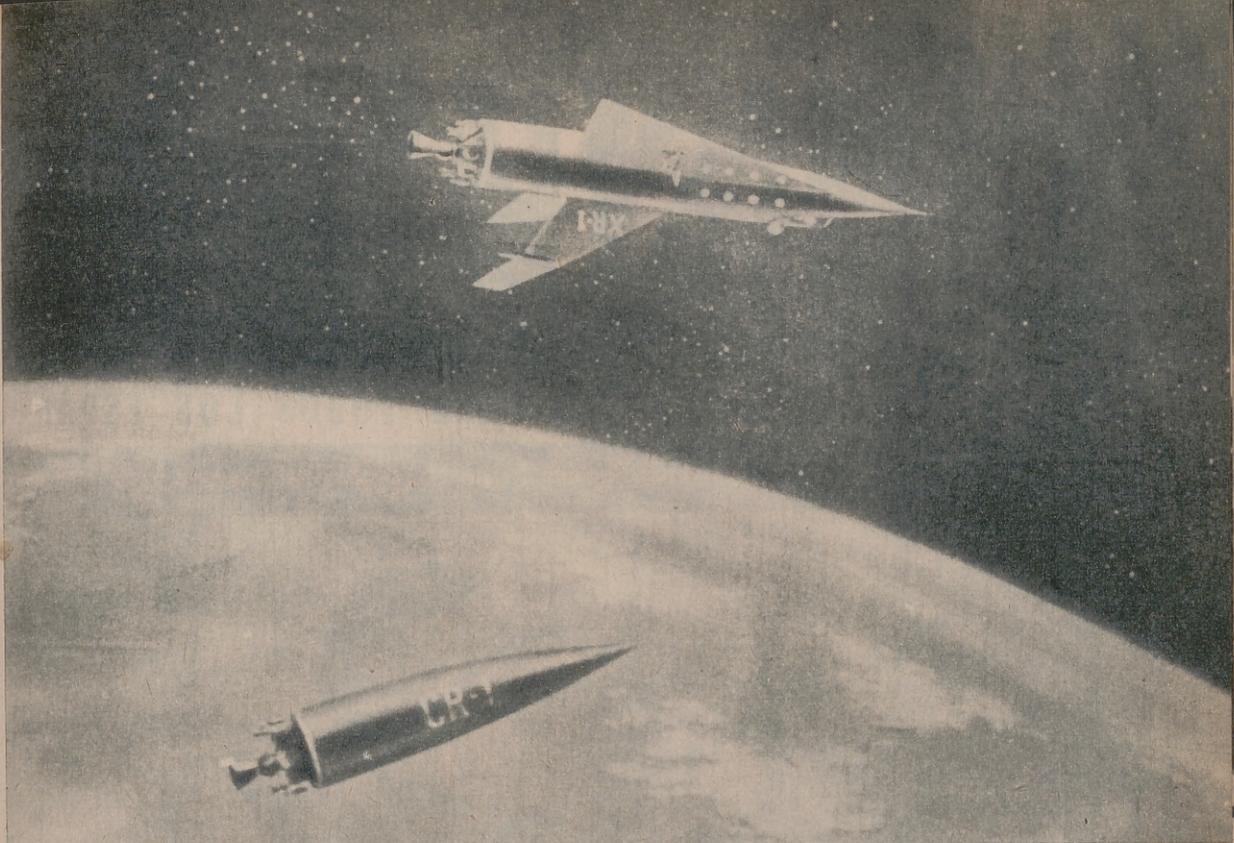
No se trata, naturalmente, de que estos navegantes del espacio hubieran descubierto el secreto de la eterna juventud. Habrían vivido lo mismo, pero a un ritmo mucho más lento, lo que les colocaría en posibilidad de dar un salto hacia adelante en relación con los hombres que vivieran en la Tierra.

Teóricamente, es, pues, posible un viaje hacia cualquier punto, por alejado que est, de nuestra propia Galaxia; es decir, del sistema de estrellas en las que figura el Sol y con él la Tierra y los restantes planetas. Sin embargo, como ha indicado don José María del Corral, catedrático de Fisiología en la Facultad de Medicina de Madrid, existen aún grandes incógnitas que velan el desarrollo práctico de esta verdad teórica.

Es preciso, primero, construir un determinado tipo de motores que permitieran a una nave espacial aproximarse a la velocidad

Aquí aparecen las trayectorias de un viaje de ida y vuelta entre la Tierra y la Luna. La nave que partiría de la estación espacial no podría emprender el regreso hasta dos horas después de su arribada a la superficie lunar





Aprovisionamiento en vuelo. La nave situada en la parte superior de la fotografía se dispone a partir de Marte en dirección a la Tierra. Un cohete que ha partido de una base en la superficie del planeta le llevará la alimentación y el combustible necesario para el viaje; así la nave espacial no precisará llegar a la superficie con las dificultades inherentes a su gran volumen.

de la luz. Esta técnica está todavía muy lejana, pero aun suponiendo que fuera realizable es preciso considerar las consecuencias que se derivarían sobre el organismo humano. Si todavía es un problema la resistencia de un cuerpo humano en un viaje a la Luna, puede calcularse lo que representaría desplazándose a la velocidad de luz. Antes de alcanzarla, los organismos de los tripulantes habrían de soportar aceleraciones ni siquiera imaginables. Quizá tampoco los elementos de la nave espacial se hallarían nunca en condiciones de resistir tales aceleraciones.

De todas maneras, la demostración teórica formulada por Einstein es una verdad sobre el papel. Tal vez algún día puedan resolverse todos los obstáculos de tipo práctico, y el viaje más allá de los planetas quede abierto para los hombres que volverían a una Tierra desconocida para ellos.

Carburantes totalmente distintos a los actuales se harían entonces necesarios para la comprobación experimental de esta teoría cierta. Se ha llegado incluso a hablar de motores accionados por la propia luz solar, pero la energía de este tipo se halla aún en su primera fase de desarrollo y no ha obtenido todavía los resultados apetecidos. El carburante más eficaz en la actualidad, el hidruro de boro, está aún muy distante de alcanzar estas velocidades.

Los carburantes utilizados en los grandes proyectiles actuales y quizá en las futuras naves del es-

pacio, tienen su origen en los experimentos realizados a partir de 1936 en las fábricas alemanas B. M. W., donde se llegaron a estudiar cerca de seis mil tipos de mezclas, entre las que destacaban las que tenían su base en el ácido nítrico.

El hidruro de boro, mezcla de hidrógeno y de boro, mejora el poder calorífico en un 50 por 100, elevando la temperatura de combustión a más de 3.000 grados; estos resultados producen una velocidad de escape de gases de unos 2.000 metros por segundo y una presión de 2.000 kilos.

EL TEDIO EN LA NAVE

Y luego, cuando el hombre tomara la ruta de otros planetas, nuevos peligros aparecerían en la navegación espacial. Hasta entonces, las exploraciones extraterrestres se habrían limitado al contorno lunar. Ahora, sonaba la hora de los grandes viajes y de mayores interrogantes. Una, entre tantas, era el aburrimiento, el tedio que se apodera de los tripulantes.

Una vez colocada en ruta la nave espacial serían muy pocas las maniobras que fuera preciso realizar. La actividad dentro de la nave quedaría reducida a las monótonas faenas diarias, siempre repetidas y siempre insignificantes. Durante días y días, los hombres estarían encerrados en estrechos compartimientos, abrumadoramente iguales, viendo las mismas caras y el mismo reducido contorno. En los primeros días del viaje, la radio había mantenido la unión con la Tierra, la Luna o las bases de los satélites

artificiales tripulados. Ahora, ya sólo quedaba el silencio de afuera. La radio captaba sólo las potentes y ensordecedoras radiaciones que llegaban a las estrellas. Los hombres estaban solos y encerrados.

Los días seguirían pasando, si quiera fuese de una manera convencional. Frente a la angustia de situaciones angustiosas y breves se levantaría el enorme tedio de tantas horas de inactividad. Poco a poco, sobre la pantalla que reflejaba la visión desde la punta de la nave, se iría haciendo mayor la imagen de un astro. Marte, Venus o el planetoides Eros, los astros más cercanos después de la Luna. Todo volvería a la actividad, y si la nave no estaba provista de gravedad artificial se irían haciendo perceptibles los todavía débiles efectos de la atracción de aquel astro. Cada vez más grande y cada vez más cerca, los contornos del planeta desaparecerían parcialmente. La cámara sólo captaría ya una gran parte de su superficie. La nave invertiría su posición. Ahora, la punta miraba hacia el espacio, y la nave, atraída por la fuerza de la gravedad, aminoraría ésta gracias a la potencia de sus motores. Lentamente, bajaba; los cohetes frenaban la caída. Minutos más tarde una sacudida conmocionaba la nave. Alguien cortaba los motores de aquel inmenso cohete. Apoyada sobre sus grandes alas de dirección, la nave había entrado en el paisaje de un planeta que ahora se abría ante los ojos de los hombres.

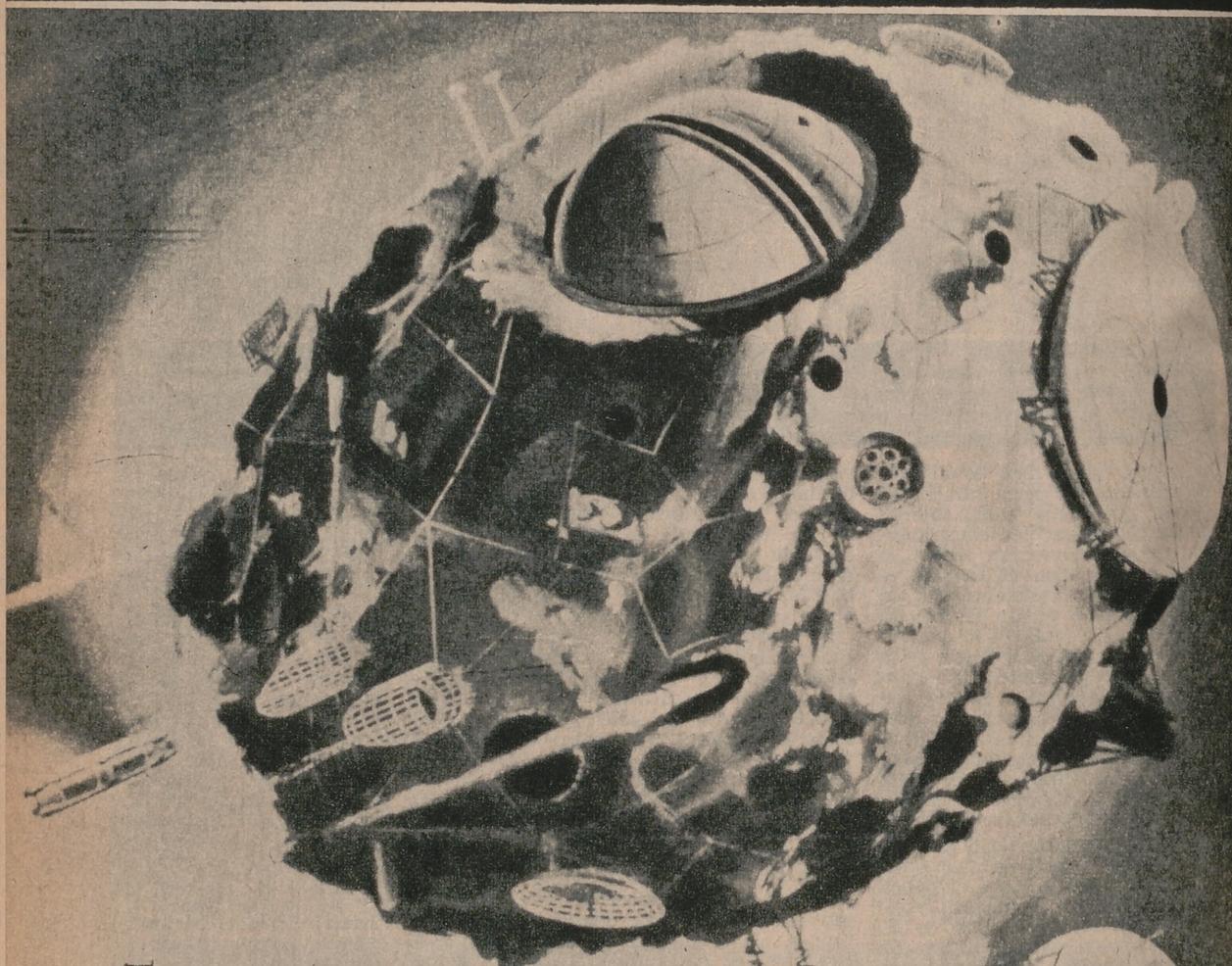
Guillermo SOLANA

Pág. 73.-E.P. ESPAÑOL

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



¡SEÑORES VIAJEROS,
AL ESPACIO!

COMO SERA LA VIDA EN LAS
PRIMERAS ASTRONAVES

UN CEREBRO ELECTRONICO MARCARA LA RUTA DE LA TIERRA A LA LUNA